

SAMIR AMIN



RUSIA

en la larga duración

SAMIR AMIN

RÚSIA EN LA LARGA DURACIÓN

SAMIR AMIN

RÚSIA EN LA LARGA DURACIÓN

EL VIEJO TOPO

©Samir Amin
Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural / Montesinos
Juan de la Cierva 6, 08339 Vilassar de Dalt (Barcelona)
Diseño: M. R. Cabot
ISBN: 97884-17700-41-6

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro. Ninguna parte de este texto puede ser reproducida, transmitida, descargada, descompilada, sometida a ingeniería inversa, o almacenada o introducida en ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, de ninguna forma o por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, conocido ahora o inventado en el futuro, sin el permiso expreso por escrito de Ediciones de Intervención Cultural.

Sumario

Presentación

Capítulo uno: Rusia en el sistema mundial, ¿Geografía o Historia?

Capítulo dos: En los orígenes: la índole del Imperio de los Zares

Capítulo tres: Treinta años de crítica al sovietismo (1960-1990)

Capítulo cuatro: Las respuestas de Lenin y Stalin al desafío del siglo

Capítulo cinco: ¿La salida del túnel?

Capítulo seis: La crisis ucraniana y el retorno del fascismo en el capitalismo contemporáneo

Balance y perspectivas

Presentación

Las reflexiones reunidas en esta obra van en contra de los comentarios que circulan actualmente elaborados por la propaganda del coro mediático al servicio de la aristocracia financiera. El Imperio de los Zares, la Unión Soviética, la nueva Rusia son presentados sin cesar como horribles maquinarias despóticas y agresivas, de las cuales los pueblos civilizados de Europa han debido y deberán siempre protegerse. En nuestros días, gracias a la potencia militar de los Estados Unidos y de la OTAN. En las conclusiones de libro retomaré mi crítica a esas opiniones mordaces.

Los textos reunidos aquí se refieren a aspectos complementarios de una historia de Rusia diferente, a lo largo del tiempo, en una perspectiva de historia global que sitúa a Rusia en el sistema mundial en cada una de las etapas sucesivas de su evolución.

Aunque esos textos hayan sido escritos en diversos momentos, que van de 1990 a 2015, todos ellos contribuyen a crear una imagen de Rusia muy distinta a la transmitida por la propaganda de los países occidentales. De hecho, solo sobre la base de una lectura lo más científicamente correcta posible (y corresponde al lector juzgar la calidad de mi intento) se podrán enfocar las diferentes perspectivas que se ofrecen para el futuro de los pueblos de Rusia y de la ex Unión Soviética, así como las condiciones de su resurgimiento en el mundo de mañana.

CAPÍTULO UNO

Rusia en el sistema mundial

¿Geografía o Historia?

El doble derrumbe del sovietismo como proyecto social diferente del capitalismo, y de la URSS –y también de Rusia– como Estado, interpela a todas las teorías que se han podido proponer, tanto en el terreno del conflicto capitalismo/socialismo, como en el análisis de los lugares y funciones de los diversos países y regiones en el sistema mundial. Estos dos ejes de análisis – el primero centrado en la historia; el segundo, en la geografía–, en la mayoría de los casos se excluyen uno al otro.

I

En la tradición del marxismo histórico, y particularmente en su versión predominante en la ex-URSS, el único gran problema del mundo contemporáneo reconocido como digno de tratamiento científico era el del paso del capitalismo al socialismo. A partir de Lenin se formuló gradualmente una teoría de la revolución y de la construcción socialista cuyas tesis yo resumiría en los siguientes términos: (i) el capitalismo debe ser finalmente eliminado de todas las partes del mundo por medio de la lucha de clases dirigida por el proletariado; (ii) la revolución socialista comenzó en determinados países (Rusia, después China) con preferencia sobre otros porque estos constituían, por diversas razones, «eslabones débiles» de la cadena del capitalismo mundial; (iii) en estos países la construcción del socialismo es posible a pesar del atraso que experimentan en su desarrollo; (iv) la transición del capitalismo al socialismo se manifiesta en y mediante el antagonismo entre dos sistemas de Estados, unos convertidos en socialistas, los otros permaneciendo (momentáneamente) capitalistas.

En este tipo de análisis, la historia –que rige las particularidades sociales y políticas que componen las diferentes sociedades del mundo moderno (y entre otras, los «eslabones débiles»)– se destaca hasta el punto de que la geografía del sistema mundial, en la cual se expresan los lugares y funciones diversas de esas sociedades, se le somete integralmente. Por supuesto, el

vuelco de la historia, al derribar «el socialismo irreversible» para volver al capitalismo, interpela la teoría de la transición y de la construcción socialista de las que hablamos.

En lo que podría ser un análisis del movimiento de la historia moderna inspirado en el principio fundamental que reside en la base de lo que llamaremos, en aras de la brevedad, la corriente de pensamiento del sistema y de la economía-mundo, la geografía asume otra dimensión. Lo que ocurre al nivel del todo (el sistema-mundo) rige la evolución de las partes que lo constituyen. Los papeles desempeñados por el Imperio ruso y por la URSS se explicarían entonces por la evolución del sistema mundial y es esta la que haría inteligible el derrumbre del proyecto soviético. Al igual que los extremistas del marxismo histórico solo toman en consideración la lucha de clases para dar cuenta de la historia, existe también una posible interpretación extremista del sistema mundo que prácticamente la elimina, debido a que ella sería incapaz de modificar el curso impuesto por la evolución del sistema en su globalidad.

En este punto, yo recordaría también que teorías referentes a la especificidad del lugar particular de Eurasia en el sistema mundial precedieron en varias décadas las formulaciones del sistema-mundo. Ya en los años veinte, historiadores rusos (Troubetskoï y otros) habían hecho propuestas al respecto, echadas al olvido por el conformismo soviético oficial y resucitadas a lo largo de los últimos años.

Aquí yo abogaré por una síntesis de los dos tipos de análisis propuestos, haciéndolo precisamente en el caso ruso-soviético, habiendo ya, por otra parte, defendido en términos más generales esta misma perspectiva que considero resulta enriquecedora para el marxismo (S. Amin, 1992).

II

El sistema del mundo, visto entre el año 1000 y el año 1500, está visiblemente compuesto por tres bloques principales de sociedades avanzadas (China, la India, el Medio Oriente) a los cuales se añade después, de forma gradual pero a un ritmo de desarrollo sumamente rápido, un cuarto polo: Europa. Ahora bien, es precisamente en esta región, marginal hasta el año 1000, donde van a concretarse las transformaciones cualitativas de toda índole que darán comienzo al capitalismo. Entre Europa y el Asia oriental – fronteras desde Polonia a Mongolia– se extiende el océano eurasiático, cuya

posición en el sistema global de la época dependerá en gran medida de la articulación de los cuatro polos en lo que yo denominé el sistema del mundo antiguo (precapitalista, o tributario si se acepta mi calificación de los sistemas sociales que lo componen).

Me parece imposible ofrecer una lectura convincente del nacimiento del capitalismo sin responder simultáneamente a dos tipos de cuestiones relativas a: (i) las dinámicas de las transformaciones locales en respuesta a los desafíos que enfrentan las sociedades, en particular las dinámicas de las luchas sociales; (ii) la articulación de estas dinámicas que se expresa en la evolución del sistema del mundo antiguo tomado en su globalidad, en particular la transformación de los papeles de las diferentes regiones que lo componen (y, por tanto, en lo que se refiere a lo tratado aquí directamente acerca de las funciones de la región eurasiática).

III

Tomar en consideración el punto de vista global, y relativizar de ese modo las realidades regionales, significa ante todo reconocer que, hasta muy tardíamente en la historia, los dos bloques asiáticos (China y la India) concentran la gran mayoría de la población civilizada del mundo antiguo.

Por añadidura, impresiona la regularidad del crecimiento de esos dos bloques, que crecen en población casi 50 millones de habitantes en cada uno dos siglos antes de C., con cifras, respectivamente, de hasta 330 y 200 millones en 1800 y 450 y 300 en 1850. Esta progresión fabulosa debe compararse con el estancamiento del Medio Oriente a partir, precisamente, de la época helenística. La población de esta última región alcanza probablemente su punto máximo –50 millones– en esta época para declinar enseguida casi de modo regular y estabilizarse en torno a los 35 millones en vísperas de la revolución industrial y de la penetración europea (recordemos, asimismo, por ejemplo, que la población de Egipto, que había sido de 10 a 14 millones de habitantes en determinadas épocas de la Antigüedad faraónica, descendió a 2 millones de habitantes en 1800, y que la decadencia de Mesopotamia y de Siria fue del mismo tipo). Esta situación debe compararse también con el estancamiento de la Europa bárbara hasta el año 1000 (de 20 millones de habitantes dos siglos antes de C. a probablemente menos de 30 hacia el año 1000; después, con la explosión europea (180 millones de habitantes en 1800, 200 en 1850).

Se comprende entonces que Europa, cuando toma conciencia de sí misma, se verá realmente obnubilada por la consecución del objetivo de relacionarse, e incluso de conquistar, a ese fabuloso Oriente. Hasta una época tan tardía como el siglo XVIII, el Imperio chino sigue siendo para los europeos la referencia suprema, la sociedad más civilizada, la mejor administrada, y sus tecnologías las más finas y las más eficaces (Etiemble, 1972). Además, su poderío es tal que solo a partir de finales del siglo XIX se considera la posibilidad de atacarla. Por el contrario, la India, más frágil, había sido ya conquistada y su colonización había desempeñado un papel decisivo en el avance británico. La seducción del Extremo Oriente es el resorte principal que mueve las iniciativas de Europa. El descubrimiento –de pasada– y después la conquista de las Américas absorberá las energías europeas durante tres siglos. La función de Eurasia debe situarse en esta perspectiva.

El Medio Oriente, que defino como la región heredera del helenismo (que hace la síntesis de cinco culturas: Egipto, Mesopotamia, Siria-Fenicia, Grecia-Anatolia, Irán), constituye un tercer polo de civilización avanzada.

La intensidad de los intercambios entre estos tres polos rige pues, naturalmente, la dinámica del mundo antiguo. Esas «Rutas de la Seda», como se les ha llamado, atravesaban la región meridional de Eurasia, el Asia central, del mar Caspio a China, al sur de la estepa Kazakh, del Tian Shan y de Mongolia (S. Amin, 1991).

No obstante, el estancamiento relativo del polo del Medio Oriente (por motivos cuyo análisis no compete a este estudio) tiene como resultado una decadencia gradual de esos intercambios. Esta evolución tendrá al menos dos consecuencias importantes. La primera es que Europa, al tomar conciencia de ello a partir de las Cruzadas, verá en el Medio Oriente no la región rica a ser conquistada de por sí, sino la zona de tránsito que hay que atravesar o circunvalar para llegar a las verdaderas regiones interesantes de Asia. La segunda es que China y la India desviarán gradualmente su mirada del Oeste hacia el Este para asegurarse las periferias que van a interesarles verdaderamente en Corea, en Japón, en Vietnam y en el Sudeste Asiático. Los dos polos orientales no se interesarán en la búsqueda activa de relaciones con el Medio Oriente en decadencia, y mucho menos con Europa. La iniciativa, pues, se concentrará en manos de los europeos. El océano eurasiático y el océano marítimo serán entonces los dos medios de paso en competencia para permitir a los europeos llegar a Asia.

IV

Europa, como ya se dijo, es marginal hasta el año 1000. Al igual que África –que lo seguirá siendo después del año 1000–, Europa constituye una zona en la cual los pueblos todavía no se han verdaderamente asentado ni constituido en sociedades estatales tributarias. Pero esta periferia pobre del sistema antiguo va a despegar súbitamente, desde la estructura particular que asocia la forma tributaria periférica feudal (la fragmentación de los poderes) y el universalismo europeo de la Cristiandad romana. En la marcha que conducirá finalmente a hacer de ella el centro del mundo capitalista e industrial a partir del siglo XIX, pueden distinguirse períodos sucesivos que, a su vez, definen los papeles que desempeñará Eurasia en la dinámica acelerada de ese sistema.

Las Cruzadas (1100-1250) constituyen el primer momento de esa rápida evolución. Europa occidental («franca») trata entonces de romper el monopolio del Medio Oriente, paso obligado (y costoso) en sus relaciones con el Asia oriental. Ese monopolio es, por cierto, común y compartido entre la Bizancio cristiana ortodoxa y el Califato islámico árabe-persa. Las Cruzadas están dirigidas contra esos dos adversarios y no solo contra el mahometano infiel, como se dice tan a menudo. Pero finalmente expulsados estos de la región, los europeos se verán obligados a tratar de superar el obstáculo.

Para el Medio Oriente, las Cruzadas representarán un acelerador de su decadencia, alejando aún más el interés de los chinos de Occidente. Las Cruzadas, en efecto, facilitan la «turquización» del Medio Oriente, es decir, la transferencia acentuada de los poderes a tribus militares turcomanas llamadas con ese objetivo, lo cual, de ese modo, prepara la destrucción simultánea de Bizancio y del Califato que, a partir de 1450-1500, serán sustituidos por el Imperio Otomano.

Por otro lado, las Cruzadas enriquecen las ciudades italianas al darles el monopolio de la navegación en el Mediterráneo, y preparan su papel activo en la búsqueda de medios para soslayar el Medio Oriente. Resulta interesante, pues, señalar aquí que los dos océanos se abren gracias a italianos: Marco Polo, que atraviesa el océano eurasiático ruso-mongol y, dos siglos más tarde, Cristóbal Colón, que abre la vía atlántica.

V

Eurasia entra en la historia en ese momento, precisamente entre 1250 y 1500, es decir, durante la segunda fase de la historia que analizamos. Esta entrada en la historia margina las antiguas «Rutas de la Seda» que conectaban Medio Oriente con China y con la India por el sur del Asia central, en beneficio de un vínculo directo Europa-China pasando más al norte, por la Eurasia del Imperio de Gengis Khan (precisamente la ruta de Marco Polo). Ello, a su vez, da inicio a la lucha secular entre los rusos de los bosques y los turco-mongoles de las estepas por el control de Eurasia. La formación del Estado moscovita, su liberación del yugo mongol, después su expansión acelerada a través de Siberia, su conquista militar de las estepas del sur hasta los mares Negro, Caspio, Aral y hasta el Cáucaso, y finalmente la de la propia Asia central meridional y de la Transcaucasia, constituyen las etapas de este avance prodigioso.

Eurasia adquiere en esta historia características particulares que la diferencian grandemente de formaciones europeas y de la de China. No es como se ha dicho con frecuencia con bastante superficialidad que se haya convertido (o siga siendo) «medio-asiática» (y la expresión tiene obviamente un sentido peyorativo). Eurasia, en realidad, está demasiado alejada del modelo chino para merecer ese calificativo. Pero tampoco se constituye en un Estado denso y homogéneo como ocurrirá gradualmente en Europa con las Monarquías absolutas, y después en la forma de los Estados-naciones burgueses modernos. La ocupación de un territorio tan vasto como un océano atenúa esas características, a pesar de la voluntad de poder de San Petersburgo a partir de 1700 en cuanto a imitar el absolutismo europeo. En el Imperio ruso la relación entre los rusos y los pueblos turco-mongoles de la estepa tampoco se asemeja a lo que harán los europeos en la colonización de ultramar. Los primeros «no explotan» el trabajo de los segundos como harán los europeos en sus colonias; el poder (ruso, se entiende) controla el espacio ocupado por unos y otros. Esta especificidad se perpetuará a su manera en la URSS, donde los rusos dominan en términos políticos y culturales, pero no explotan económicamente a los otros (los flujos de valor, por el contrario, van aquí de Rusia al Asia central). Fue como resultado de la vulgarización de los medios de comunicación de moda que esos sistemas profundamente distintos se confundieron en el vocablo común y superficial de Imperio (S.

Amin, *Le défi de la mondialisation*).

Eurasia, sin embargo, solo cumplió la función de océano que enlazaría a Europa con China durante un breve período, entre 1250 y 1500, por añadidura en una etapa en que Europa no contaba aún con una capacidad de absorción lo suficientemente fuerte para dar a la función de intermediario de Eurasia el esplendor lucrativo que tendrá más tarde el comercio marítimo. De hecho, desde 1500 la vía Atlántico-Océano Índico sustituye la larga travesía continental. Pero esa sustitución no es solo geográfica. En su camino por el oeste, los europeos han descubierto América y la han conquistado y transformado en periferia de su naciente capitalismo, un destino al cual había escapado Eurasia y que no podría serle impuesto. De ese modo, los europeos aprendieron también a colonizar (transformar en periferias del capitalismo mundial) Asia (comenzando por la India, las Indias neerlandesas y las Filipinas), después África y el Medio Oriente, con fórmulas que no son las que la expansión rusa en Asia había inventado.

VI

La vía marítima «remargina» a Eurasia a partir de 1500 hasta 1900 e incluso después de esa fecha. Pero los rusos respondieron a ese desafío de una manera original y, en muchos aspectos, brillante. Foursov hizo observar que precisamente en 1517 el monje Philopheus proclama a Moscú como tercera Roma, observación que merece en efecto atención porque, al ocurrir poco tiempo después de que se abriese la vía marítima, brinda a Rusia una perspectiva alternativa, un papel exclusivo en la historia. Algunos –como Berdiaev, por ejemplo– señalarán que el comunismo soviético persigue ese objetivo del papel mesiánico de Rusia en el progreso de toda la humanidad.

Rusia, pues, se construye a partir de ahí haciendo una síntesis eficaz de repliegue sobre sí misma y de apertura a Occidente. La primera dimensión, la de su construcción autocentrada, sitúa por tanto su modelo en las propias antípodas de lo que es periferización en el capitalismo mundial. Algo semejante solo lo vemos en la construcción autocentrada de los Estados Unidos tras su independencia en 1914 o incluso en 1941. He aquí dos espacios que se organizan como continentes autocentrados, obedeciendo a un poder político único. No ha habido otros así, con excepción de China a partir de 1950. Sin embargo, no se dejará de comparar los mediocres resultados obtenidos por Rusia-URSS frente a los brillantes logros alcanzados por los

Estados Unidos. Hay una explicación convencional para ello, que contiene una gran parte de verdad: la ventaja que representaba para los Estados Unidos el no contar con una herencia feudal (argumento que yo refuerzo señalando que Nueva Inglaterra no se constituyó como periferia del capitalismo). Pero debe agregarse que, «aislados» en el continente americano, los Estados Unidos se libraron de las vicisitudes de la política europea y solo tenían un adversario –México– demasiado débil para ser algo más que una presa a la cual despoja de la mitad de su territorio. Rusia, en cambio, no evita los conflictos europeos y ha tenido que enfrentarse a competidores de Europa occidental y central, fue por ello invadida por los ejércitos de Napoleón, sufrió la humillación de la guerra de Crimea, y después fue de nuevo invadida en dos ocasiones, en 1914 y en 1941.

Esta interferencia continua entre la historia de Rusia y la de Europa era en parte, además, el resultado de la opción rusa –después soviética– de no encerrarse en Eurasia, sino de seguir siendo o llegar a ser lo más moderna –es decir, europea– posible. Esta fue la opción del Imperio de San Petersburgo, simbolizado por el águila bicéfala que orienta hacia el oeste una de sus cabezas. Pero fue también la opción de la URSS al inscribir su ideología en la tradición del movimiento obrero europeo. El rechazo total que proclama de las ideologías esclavófila y euroasiática que siempre sobrevivieron en el Imperio ruso a pesar de su opción oficial occidentalista, es una consecuencia evidente de ello.

VII

La revolución rusa no me parece en absoluto haber constituido un epifenómeno que en definitiva apenas habría modificado el curso de la historia una vez cerrado el paréntesis soviético. No veo otra explicación convincente de esa revolución que la de hacer intervenir simultáneamente la historia (las contradicciones nuevas introducidas por el capitalismo) y la geografía (la posición de Rusia en la economía-mundo capitalista).

Porque el capitalismo sin duda introduce un desafío nuevo para toda la humanidad, para los pueblos de esos centros avanzados o de sus periferias atrasadas. En este punto esencial yo sigo siendo integralmente marxista, en el sentido de que el capitalismo no puede continuar existiendo «indefinidamente»: la acumulación permanente y el crecimiento exponencial que ella implica conducen a la humanidad a una muerte segura.

Su superación por otra forma de civilización, más avanzada, necesaria, es, además, preparada por ella misma mediante el extraordinario salto hacia adelante de los medios de acción de la humanidad que la acumulación habría permitido (y esto es un paréntesis en la historia) y la maduración ética y cultural que la habría acompañado.

La pregunta que se hicieron los rusos en 1917 no era, pues, ni artificial ni el curioso producto de su pretendido «mesianismo», ni particular de las circunstancias del país. Se trata de una pregunta que se sigue planteando a la humanidad entera.

En mi opinión, las únicas preguntas que nos interpelan son, por tanto, las siguientes: (i) ¿por qué esa necesidad de superar el capitalismo se ha manifestado con tanta fuerza aquí, en Rusia, después enseguida en China, y no en los centros capitalistas avanzados? (ii) ¿por qué la URSS fracasó en transformar esa necesidad en una palanca de transformación progresista irreversible?

En mi respuesta a la primera pregunta, la geografía del sistema mundial interviene sin duda de una manera decisiva. Por otra parte, la formulación leninista en términos de «eslabón débil» es en mi opinión un primer intento de explicación que iba en ese sentido que Mao generalizaría para las periferias del sistema en la teoría de la revolución continua por etapas a partir de la *Nueva Democracia*. Se trata de una explicación que toma en cuenta la polarización producida por la expansión mundial del capitalismo, aunque solo lo haga de una manera imperfecta, como podemos ver hoy. Yo señalaría aquí que Rusia, que cree «iniciar la revolución mundial» no es una periferia. Posee la estructura autocentrada de un centro, pero atrasada, lo que explica la violencia de los conflictos sociales que tienen lugar allí. También señalaría que la segunda gran revolución –la de China– se desarrolla en el único gran país que no está verdadera y totalmente periferizado, como lo están América Latina, África, el Medio Oriente, la India y el Sudeste Asiático, sin haber sido nunca colonizado. Por consiguiente, yo sustituiría la bien conocida fórmula del marxismo chino –un país «semi-feudal, semi-colonial»– por una fórmula que me parecería más correcta: un país «tres cuartas partes tributario, una cuarta parte colonial», ¡mientras que las otras periferias son «una cuarta parte tributarias (o feudales si se quiere) y tres cuartas partes coloniales»!

La segunda pregunta exige una respuesta que precisamente parte del cuestionamiento de la teoría de la «transición socialista» esbozada más arriba.

Esta me parece inexacta tanto en el plano de la historia como en el de la geografía del capitalismo. Procedía de una subestimación de la polarización (geográfica) centros/periferias, que pasó por alto que no se trataba ahí del producto de circunstancias históricas particulares (siendo entonces la tendencia «natural» de la expansión capitalista el homogeneizar el mundo), sino del producto inmanente de esta propia expansión. Por tanto, pasaba por alto que la revuelta de los pueblos víctimas de ese desarrollo forzosamente desigual continuará a lo largo del tiempo mientras exista el capitalismo. Procedía, además, de la hipótesis de que el nuevo modo de producción (socialista) no se desarrolla en el seno del modo antiguo (capitalista), sino al lado de este, en países que han roto ya con el capitalismo. Yo sustituí esta hipótesis por la que plantea que al igual que el capitalismo se desarrolló primero en el seno del feudalismo antes de romper su cascarón, la «larga transición» del capitalismo mundial al socialismo mundial está también definida por el conflicto interno en todas las sociedades del sistema entre las tendencias y fuerzas de reproducción de las relaciones capitalistas y las tendencias y fuerzas (anti-sistémicas) cuya lógica procede de otras aspiraciones, esas que definen precisamente al socialismo. Y aunque no sea este el sitio para desarrollar esas tesis nuevas referentes a la «larga transición», es necesario recordarlas porque, según mi criterio, constituyen la explicación del fracaso soviético.

VIII

Podemos ahora concluir planteando los interrogantes capaces de esclarecer el debate acerca del futuro, no solo de Rusia, sino también del sistema mundial.

El fracaso soviético no hace volver a Rusia ni al siglo XIX, ni al período moscovita pre-San Petersburgo. Porque ni para Rusia ni para cualquier otro país el volver atrás tiene sentido en la historia. En lugar de caer en ese tipo de ejercicio superficial, yo prefiero mirar al futuro partiendo del análisis del presente y de lo que este muestra de nuevo con respecto al pasado.

Cómo salir del capitalismo, ir más allá de este, sigue siendo la pregunta central para los rusos, los chinos y todos los demás pueblos del mundo. Si se acepta la tesis de la larga transición esbozada aquí, la etapa inmediata que constituye el desafío al cual todos nosotros nos enfrentamos estaría definida por la construcción de un mundo pluripolar que, en las diferentes regiones

que lo componen, permita un desarrollo máximo de las fuerzas anti-sistémicas. Para los rusos y los demás pueblos de Eurasia (ex-URSS) ello implica no un desarrollo capitalista ilusorio, sino la reconstrucción de una sociedad capaz de ir más allá de este. Los chinos enfrentan el mismo problema, al igual que todos los demás pueblos. Saber si los rusos o los chinos serán capaces de hacerlo en el futuro inmediato, o si otros pueblos lo harán con menos dificultad, conlleva una serie de problemas que se salen del marco de este estudio.

Referencias

- Amin, Samir (1991). «The Ancient World System versus the Modern Capitalist World System». *Review*, XIV, Summer, pp 349-86.
- Amin, Samir (1992). «Capitalisme et Système-monde», *Sociologie et Sociétés*, XXIV, 2, aut., 181-202.
- Amin, Samir, «Le défi de la mondialisation», *Actuel Marx*, in English, RIPE (Review of International Political Economy, 1992).
- Etiemble (1972). *L'Europe chinoise*. Paris: Gallimard.
- , *N. S. Trubetskoy's Letters and Notes*; Mouton; The Hague 1975.
- Anatoly Liberman (Ed.); N. S. Trubetskoy, *The Legacy of Gengis Khan and other essays on Russia's identity*; University of Michigan Press, Ann Arbor, 1993.
- George Vernadsky; *History of Russia*; Yale University Press.

CAPÍTULO DOS

En los orígenes: la índole del Imperio de los Zares

La imagen del Imperio de los Zares difundida por la propaganda actual es la de la construcción de un sistema despótico en expansión geográfica mediante la conquista de los pueblos no rusos de Europa y de Asia y de su sometimiento a un régimen colonial odioso. Una «teoría general» de la formación, de la expansión y del derrumbe inevitable de los «Imperios» fue propuesta, en particular por Paul Kennedy (*Naissance et déclin des grandes puissances*; Payot 1989), cuyo método yo no comparto por considerarlo ahistórico y, por consiguiente, no científico, y sobre cuya crítica volveré a tratar al concluir este libro.

En las páginas siguientes trataré de plantear las dos tesis que defiendo en ese sentido. La primera se refiere a la formación de la Gran Rusia (que integra en el mismo Estado a los rusos, los bielorrusos y los ucranianos) y que me parece análoga a la Francia y la Gran Bretaña modernas. La segunda trata sobre la expansión del Imperio desde las fronteras de Alemania hasta las de China, que considero tuvo un carácter diferente al de la construcción de los Imperios coloniales del capitalismo occidental, británico, francés u otro.

Los medios de comunicación nos han obligado a todos a seguir de cerca, por un lado, el referéndum escocés de septiembre de 2014 y, por otro, el conflicto que opone hasta el presente a Rusia y a Ucrania desde la primavera de 2014. Todos hemos escuchado dos opiniones contrarias: la unidad de Gran Bretaña debía salvaguardarse en el propio interés de los pueblos inglés y escocés y, además, los escoceses decidieron libremente, mediante un voto democrático, permanecer en la Unión; por el contrario, nos dicen que la independencia de Ucrania, deseada y escogida por el pueblo ucraniano, es puesta en tela de juicio por las ambiciones expansionistas de la Gran Rusia del dictador Putin. Volvamos sobre esos hechos que se nos presentan como evidencias indiscutibles para el observador de buena fe.

La formación británica

La Gran Bretaña (el Reino Unido) reúne a cuatro naciones (estos son los términos utilizados por David Cameron): la inglesa, la escocesa, la galesa y la irlandesa del Norte. Estas cuatro naciones tienen que continuar viviendo juntas en un solo Estado porque ello es de su interés. La elección de los independentistas escoceses ha sido, pues, presentada como irracional, emocional, sin fundamento serio. La independencia no habría aportado nada bueno a los escoceses.

Los recursos petrolíferos con los que cuenta Escocia se agotarán más pronto de lo que se piensa, y de su explotación se encargan unas compañías internacionales y extranjeras (se sobreentiende que podrían retirarse en la hipótesis de un voto a favor de la independencia). Los escoceses pretenden conservar determinadas ventajas sociales en materia de educación y de salud que el Parlamento de Westminster ha abolido por su adhesión a los dogmas del neoliberalismo adoptados e impuestos por la Unión Europea. David Cameron promete tener en cuenta estas reivindicaciones mediante una ampliación de los poderes locales (de cada una de las cuatro naciones del Reino Unido). Ahora bien, la decisión final no está en sus manos sino en las del Parlamento de Westminster y en las de Bruselas. Una Escocia independiente tendría que negociar, si así lo deseara, su adhesión a la Unión Europea; y el proceso será penoso, largo y difícil. No se nos dice por qué ha de ser así, pues, a fin de cuentas, si Escocia conserva las legislaciones europeas mayores ya vigentes (que los independentistas no han cuestionado) no veo por qué no puede ser reconocida de entrada como un Estado más de la Unión Europea. No veo por qué este proceso de transferencia tendría que imponerle un recorrido tan penoso como aquel al que se somete a los países que vienen de lejos (Lituania o Bulgaria, por ejemplo), obligados a reformar en profundidad su sistema económico y social. Los medios de comunicación incluso se han atrevido a decir, sin una pizca de ironía, que una Escocia independiente ya no podría exportar su whisky, ni a Inglaterra ni a ninguna parte.

En este debate ha habido un gran silencio: nadie ha establecido una comparación con Noruega, un país del tamaño demográfico de Escocia, que comparte los mismos recursos petrolíferos del Mar del Norte. Noruega ha elegido, por añadidura, quedarse fuera de la Unión Europea y goza por ello de un margen de autonomía que le permite salvaguardar –si así lo desea– su política social. Noruega ha elegido, sin embargo, alinearse cada vez más con

las políticas económicas liberales de la Unión Europea (cuyas consecuencias, negativas a mi modo de ver, no vamos a discutir aquí).

Más allá del debate centrado en los intereses de los escoceses tal como los perciben hoy unos y otros, se perfilan dos lecturas diferentes de la historia. Los escoceses, como los galeses y los irlandeses, eran celtas (y hablaban en estas lenguas) combatidos por los invasores ingleses (anglosajones) primero, y después anglonormandos de las islas británicas. Finalmente fueron vencidos e integrados en lo que ha sido una “Gran Inglaterra”. Una Inglaterra en la que la arrogancia de la monarquía y de la aristocracia respecto a los vencidos no ha sido borrada de la memoria de estos; aunque, según parece, esto ya se ha dejado atrás, si bien algo tarde, tal vez solamente después de la Segunda Guerra mundial, con el triunfo del Partido Laborista y los avances sociales que hizo posible.

De todos modos, los escoceses han sido totalmente integrados; han perdido definitivamente el uso de su lengua. Igual que los occitanos y los bretones en Francia. No sirve de nada felicitarse o lamentar estas evoluciones (anglicización o francización); se trata de un hecho histórico e irreversible. Los escoceses se habrían beneficiado de la Unión, gracias a la cual han tenido un acceso fácil a la emigración hacia las ciudades industriales de Inglaterra, las colonias y los dominios, los Estados Unidos; han aportado un montón de oficiales al ejército británico para dirigir a los soldados reclutados en las colonias (un poco como han hecho los corsos en Francia). No discutiré aquí los aspectos de estos hechos calificándolos de positivos o de negativos. Pero sobre todo, y este me parece que es el argumento más contundente, Escocia e Inglaterra han sido configuradas como una sola economía capitalista moderna perfectamente unificada (como el norte de Francia y Occitania). Sin duda, actualmente hay más escoceses (o personas de ascendencia escocesa tal vez algo más lejana) que viven y trabajan en Inglaterra que en su país de origen. Y es en esto que Escocia no puede compararse con Noruega.

Y sin embargo, pese a esta integración profunda, que, además hay que admitir que ya no es discriminatoria, los escoceses se consideran distintos de los ingleses. La monarquía y la aristocracia inglesa habían inventado la versión anglicana de la “Reforma”, es decir, de hecho un catolicismo sin Papa (sustituido por el rey de Inglaterra). Los escoceses eligieron otra vía, la de las Iglesias reformadas calvinistas. La diferencia ya no tiene importancia hoy, pero la tuvo en el siglo XIX e incluso en la primera mitad del siglo XX.

La lectura oficial de la historia, durante mucho tiempo aceptada por los pueblos implicados, no duda en calificar de “globalmente positiva” la unión de las cuatro naciones del Reino Unido contemporáneo. Es lo que David Cameron y los dirigentes británicos vinculados con los principales partidos del Reino Unido, no han dejado de repetir. Pero es también la opinión que han expresado la mitad de los electores escoceses. Podría decirse: al precio de una fractura de la opinión difícil de cicatrizar aunque la mitad “independentista” ha hecho esta elección irracional (contraria a sus intereses) por romanticismo. Lo que no se dice es que se han movilizado sistemáticamente unos medios excepcionales para convencer a los electores. Calificar a estos medios de chantaje o de terrorismo intelectual no es exagerado. La elección, pese a ser formalmente perfectamente libre y transparente, no constituye por sí misma la prueba de la legitimidad, la credibilidad y la durabilidad de la elección que ratifica.

La historia de la formación y de la continuidad del Reino Unido no habrá sido, pues, finalmente, más que una hermosa historia solo manchada por su fracaso en Irlanda del Sur (Eire). La conquista de Irlanda por los arrogantes lords ingleses que se apoderaron de sus tierras y redujeron a los campesinos a una condición muy próxima a la servidumbre, con sus efectos demográficos desastrosos (hambrunas reiteradas, emigración masiva, despoblación), no fue más que una forma particularmente brutal de colonización. El pueblo irlandés resistió aferrándose a su catolicismo y acabó por reconquistar su independencia en 1922. Pero sigue siendo un hecho que la colonización acabó por imponer, hasta hoy mismo, el uso dominante de la lengua inglesa. El Eire es actualmente un Estado de la Unión Europea cuyos lazos de dependencia con respecto al capitalismo británico solo se ven atenuados por los lazos de dependencia que le atan a otros socios mayores del mundo de la economía liberal contemporánea.

Resumiendo, pues, la conclusión que se nos sugiere es que las diferencias heredadas de la historia por las cuatro naciones del Reino Unido actual no imponen la desintegración de la Gran Bretaña. La historia del capitalismo británico se pinta de color rosa, no negro.

La formación rusa y después soviética

El discurso de los medios de comunicación respecto a la Gran Rusia —el antiguo Imperio Ruso de los zares— y después respecto a la Unión Soviética se dirige a nosotros de una manera muy distinta. En este caso nos imponen otra conclusión: las diferencias habrían sido tales que no había otra solución que la fragmentación en Estados independientes distintos y disociados los unos de los otros. Pero observemos la cosa más de cerca. La formación de la Gran Rusia en el marco del Imperio Ruso de los zares y después su transformación profunda por la construcción de la Unión Soviética, ¿ha sido acaso, como se pretende hacernos creer, una historia negra regida exclusivamente por el ejercicio permanente de la violencia extrema?

Yo estoy claramente en contra de este discurso: la unificación de los tres pueblos eslavos (pan-ruso, ucraniano y bielorruso) por los zares de Moscú, y después la expansión rusa más allá, en dirección al oeste del Báltico, al este y al sur de Siberia, de Transcaucasia y del Asia Central, no fueron más violentas ni menos respetuosas de la identidad de los pueblos afectados de lo que lo ha sido la formación del capitalismo histórico del Occidente atlántico (y en este marco, la del capitalismo británico) y de su expansión colonial. La comparación favorece incluso a Rusia. Recuerdo algunos ejemplos de los cuales el lector podrá encontrar desarrollos más extensos en otros de mis escritos.

(I) La unificación de los tres pueblos “rusos” (pan-ruso, ucraniano y bielorruso) la llevó a cabo efectivamente la conquista militar de los zares, del mismo modo que la construcción de Francia o de la Gran Bretaña las llevaron a cabo las conquistas militares de sus reyes. Esta unificación política fue el vector mediante el cual la lengua rusa se impuso (“naturalmente”) a las lenguas locales. Estas, por otro lado, eran considerablemente más próximas unas a otra de lo que lo eran, por ejemplo, la langue d’Oil y la langue d’Oc en Francia; el inglés respecto a las lenguas celtas; o los dialectos italianos de Sicilia y Venecia. Presentar la rusificación lingüística como un horror impuesto exclusivamente por la violencia, por oposición a la expansión supuestamente amable del francés, del inglés o del italiano, es dar la espalda a la realidad de la historia. Una vez más, no me pronuncio aquí respecto a la naturaleza de estas expansiones lingüísticas: ¿enriquecimiento a largo plazo o empobrecimiento cultural? Se trata de hechos históricos de idéntica naturaleza.

Los rusos no eliminaron a los señores del suelo (“feudales”) ucranianos y

bielorrusos; estos se integraron en el mismo sistema que dominaba en la Gran Rusia. Y los siervos, y después de 1865 los campesinos libres de Ucrania y Bielorrusia, no recibieron un trato muy diferente del que recibían los de la Gran Rusia: igual de malo, si se quiere.

La ideología comunista de los bolcheviques pintó con tonos sombríos la historia del zarismo, por buenas razones de clase. Debido a ello la Unión Soviética reconoció las diferencias (negadas en el Occidente “civilizado”) y creó unas Repúblicas distintas. Además, para combatir el peligro de ser acusados de chovinismo pan-ruso, los soviéticos dieron a estas Repúblicas unas fronteras que sobrepasaban ampliamente las que habría inspirado una estricta definición etnolingüística. Un territorio –como la Crimea rusa– podía ser transferido a otra República (en este caso, a Ucrania) sin que ello representase ningún problema. La Novaia Rossia (la Nueva Rusia, la región de Donetsk), distinta de la Malaia Rossia (la Pequeña Rusia, Ucrania) podía ser confiada a la administración de Kiev antes que a la de Moscú, sin que tampoco esto provocase ningún problema. Los bolcheviques no habían ni imaginado que dichas fronteras podrían llegar a convertirse en las de unos Estados independientes.

(II) Los rusos conquistaron los países bálticos en la misma época en que los ingleses se establecían en Irlanda. Los rusos no perpetraron horrores comparables a los cometidos por los ingleses; respetaron los derechos de los señores del suelo (en este caso de los barones bálticos de origen alemán); no discriminaron a los súbditos locales del zar, ciertamente mal tratados, pero no más de lo que lo eran los siervos pan-rusos. Los países bálticos rusos no han conocido nada comparable a la salvaje expropiación sufrida por el pueblo de Irlanda del Norte, expulsado por la invasión de los oran- gistas. Más tarde los soviéticos restablecieron los derechos fundamentales de los pueblos de las Repúblicas bálticas: el uso de su lengua y la promoción de sus propias culturas.

(III) La expansión del Imperio de los zares más allá de las regiones eslavas no es comparable a la conquista colonial de los países del capitalismo occidental. La violencia ejercida por los países “civilizados” en sus colonias no tiene parangón. Pues se trataba en este caso del despliegue de la acumulación por expropiación de pueblos enteros, sin dudar a recurrir al exterminio puro y simple, es decir, al genocidio si se consideraba necesario (los indios de América del Norte, los aborígenes de Australia, exterminados

precisamente por los ingleses...). O en última instancia, a poner bajo la tutela salvaje del poder colonial a la India, África y el Sudeste asiático. Los zares, precisamente porque su sistema no era todavía el del capitalismo, conquistaron unos territorios sin expropiar a sus habitantes. Algunos de los pueblos conquistados e integrados en el Imperio se han rusificado en diferentes grados, especialmente mediante el uso de la lengua rusa y a menudo con el olvido de la propia. Este fue el caso de lo que llegaron a ser muchas de las minorías de origen turco-mongol, pero que conservaron su religión musulmana, budista o shamanista. Otros han conservado su identidad nacional y lingüística, Transcaucasia y Asia central al sur del Kazajstán. Ninguno de estos pueblos fue exterminado como los indios de América del Norte o los aborígenes australianos. La administración autocrática brutal de los territorios conquistados y la arrogancia rusa prohíben pintar de color de rosa esta historia. Pero sigue siendo menos negra de lo que lo fue el comportamiento de los ingleses en Irlanda (no en Escocia), en la India, en América del Norte, o el de los franceses en Argelia. Los bolcheviques, por su parte, pintaron de negro esta historia, siempre por las mismas buenas razones de clase.

El sistema soviético ha aportado cambios, y para mejor. De entrada, ha devuelto a estas Repúblicas regiones y distritos autónomos, constituidos en territorios enormes, el derecho a su expresión cultural y lingüística, despreciada por el poder de los zares. Estados Unidos, Canadá y Australia no han hecho nunca lo mismo con sus “indígenas” y no están precisamente dispuestos a hacerlo. El poder soviético ha hecho mucho más: ha organizado un sistema de transferencia de capital desde las regiones ricas de la Unión (Rusia occidental, Ucrania, Bielorrusia, y más tarde los países bálticos) hacia las regiones en desarrollo del Este y del Sur. Ha unificado el sistema de salarios y de derechos sociales a la escala de todo el territorio de la Unión, cosa que las potencias occidentales no han hecho nunca con sus colonias, por supuesto. Dicho de otro modo, los soviéticos han inventado una auténtica ayuda al desarrollo, que constituye un contrapunto a la falsa ayuda al desarrollo de los países llamados “donantes” de la actualidad.

Este sistema de una economía perfectamente integrada a la escala de la Unión no estaba llamado por naturaleza a tener que desintegrarse. No había ninguna necesidad objetiva que impusiese la desintegración de la Unión en Estados distintos, incluso en conflicto los unos con los otros. El discurso de

los medios de comunicación necesario de los imperios” no convenía. Y pese a ello Rusia se desintegró. Hay que explicarlo.

La desintegración de la URSS: ¿fatalidad o coyuntura creada por la historia reciente?

Los pueblos de la Unión Soviética no eligieron la independencia. No hubo ninguna consulta electoral, ni en Rusia ni en ninguna parte de la Unión, anterior a las declaraciones de independencia, proclamadas por los poderes establecidos, que tampoco habían sido verdaderamente elegidos. Son, pues, las clases dirigentes de las Repúblicas, y en primer lugar las de Rusia, las que tienen la responsabilidad íntegra de la disolución de la Unión. La única cuestión que se plantea es, por consiguiente, la de saber por qué han hecho esta elección, cuando la han hecho. Pues los dirigentes de las Repúblicas del Asia central no querían separarse de Rusia; fue esta última la que las colocó ante el hecho consumado: la disolución de la Unión.

No me extenderé más sobre esta cuestión aquí, pues ya he desarrollado mis argumentos al respecto en otra parte. Yeltsin y Gorbachev, suscritos a la filosofía del restablecimiento integral e inmediato del capitalismo liberal mediante la “terapia de choque”, querían desembarazarse de las voluminosas repúblicas del Asia central y la Transcaucasia (beneficiarias en la Unión de las transferencias de capitales procedentes de Rusia). Europa, por su parte, se encargó de imponer la independencia de las Repúblicas bálticas, que fueron inmediatamente anexionadas a la Unión Europea. En Rusia y en Ucrania las mismas oligarquías salidas de la nomenklatura soviética se apoderaron tanto del poder político absoluto como de las principales riquezas constituidas por los grandes complejos de la economía soviética, privatizadas de prisa y corriendo en beneficio exclusivo suyo. Fueron ellas las que decidieron separarse en Estados distintos. Las potencias occidentales –Estados Unidos y Europa– no fueron las responsables del desastre en esta primera fase de su despliegue. Pero comprendieron inmediatamente las ventajas que podían obtener de la desaparición de la Unión y se convirtieron enseguida en agentes activos interviniendo en los dos países (Rusia y Ucrania) y fomentando la hostilidad entre sus corruptas oligarquías.

Por supuesto que el desmoronamiento no fue el producto exclusivo de su

causa inmediata: la elección desastrosa de las clases dirigentes realizada en 1990-1991. El sistema soviético estaba carcomido desde hacía por lo menos dos décadas. Y el abandono de la democracia revolucionaria de 1917 en beneficio de la gestión autocrática del nuevo capitalismo de Estado soviético está en definitiva en el origen de la glaciación de la era de Breznev, de la adhesión de la clase política dirigente a la perspectiva capitalista, y del desastre.

Pese a haber mantenido para su gestión económica interna el modelo del capitalismo neoliberal (en una versión tipo “Parque Jurásico”, para retomar la frase de Alexandre Buzgalin), la Rusia de Putin no ha sido adoptada por las potencias del imperialismo colectivo contemporáneo (el G7: Estados Unidos, Europa y Japón) como un socio igual. El objetivo de Washington y de Bruselas es destruir al Estado ruso (y al Estado ucraniano) para reducirlos al estatus de regiones sometidas a las exigencias de la expansión del capitalismo de los oligopolios occidentales. Y Putin se ha dado cuenta de ello tarde, cuando las potencias occidentales han preparado, financiado y apoyado lo que no puede sino calificarse como el golpe de estado eurofascista de Kiev.

La cuestión que se plantea ahora es nueva: ¿romperá Putin con el neoliberalismo económico para implicarse, como ya han hecho otros (la China en particular), en un proyecto auténtico de renacimiento económico y social, el de la alternativa “euro-asiática”, una alternativa que ha manifestado tener la intención de construir? En el bien entendido que esta construcción solo puede avanzar si se apoya sobre dos pilares: la conducción de una política internacional independiente y la reconstrucción económica y social.

¿Dos pesos, dos medidas?

Comparando el asunto escocés y el ucraniano, es inevitable constatar la duplicidad del discurso y de la acción de las potencias occidentales: dos pesos, dos medidas. La misma duplicidad que se da en multitud de otros ejemplos en los que no me extenderé aquí: “a favor” de la unidad alemana, pagada muy cara por los “Ostis” anexionados, pero “en contra” de la unidad de Yugoslavia, de Irak, de Siria... En realidad, detrás de esta apariencia se perfila el único criterio que rige las elecciones de los poderes del imperialismo colectivo (Estados Unidos, Europa, Japón): el punto de vista del

capital financiero dominante. Pero para ver claramente cuáles son las opciones de este hay que proceder al análisis del sistema del capitalismo contemporáneo.

El Estado en el capitalismo contemporáneo

No voy a repetir aquí los aspectos más destacados de los análisis que he llevado a cabo en algunos de mis escritos más recientes, que permiten responder a la cuestión planteada en este artículo: por qué motivos (y con qué métodos) las políticas dominantes se dedican a reforzar al Estado en un lugar y a destruirlo en otros.

1. El sistema de producción capitalista se ha embarcado desde hace unos treinta años (a partir de 1980) en una transformación cualitativa que es posible resumir en una frase corta: la emergencia de un sistema de producción mundializado que sustituye gradualmente los sistemas de producción nacionales anteriores (en el centro de los sistemas autocentrados y de manera simultánea agresiva- mente abiertos, en las periferias de los sistemas dominados de formas y en grados variables), ellos mismos articulados entre sí en un sistema mundial jerarquizado (caracterizado entre otras cosas por el contraste centros/periferias y por la jerarquía de las potencias imperialistas).

En la década de 1970, Sweezy, Magdof y yo mismo avanzamos ya esta tesis, formulada por mí y por André Günder Frank en una obra publicada en 1978. Decíamos allí que el capitalismo de los monopolios estaba entrando en una nueva era, caracterizada por el desmantelamiento progresivo –pero rápido– de los sistemas productivos nacionales. La producción de un número cada vez mayor de mercancías ya no puede definirse con la etiqueta “made in France” (o en la Unión Soviética, o en EEUU), sino que debería llevar la etiqueta “made in the world”, porque su proceso de fabricación ha estallado y se ha fragmentado en segmentos localizados aquí y allí, o sea, por todo el planeta.

El reconocimiento de este hecho, que se ha vuelto banal, no implica una sola explicación relativa a la principal razón de la transformación en cuestión. Por mi parte, yo lo explico por el salto adelante del grado de centralización del control del capital de los monopolios, que he calificado de paso del capitalismo de los monopolios al estadio de los monopolios generalizados. En unos quince años (entre 1975 y 1990) un buen número de dichos monopolios (u oligopolios) localizados en los países de la tríada dominante (Estados

Unidos, Europa, Japón) han llegado a ser capaces de controlar el conjunto de las actividades productivas, en su país y en el mundo entero, reduciéndolas al estatus de subcontratistas de iure o de facto, y por ello mismo de puncionar una porción importante de la plusvalía producida por estas actividades, engrosando así la renta de los monopolios dominantes en el sistema. Los medios que permiten la gestión de este sistema de producción esparcido por todo el mundo se han finalmente unificado gracias entre otras cosas a la revolución informática. Pero a mi modo de ver no se trata más que de unos medios puestos en práctica en respuesta a una necesidad objetiva nueva creada por el salto delante de la centralización del control del capital, mientras que para otros el medio –la revolución informática y la de las tecnologías de producción– es él mismo la causa de la transformación considerada.

El desmantelamiento de los sistemas productivos nacionales, ellos mismos producto de la larga historia anterior del desarrollo del capitalismo, afecta a todos los países del mundo (o casi). En los centros (la tríada) este desmantelamiento de los sistemas productivos nacionales puede parecer relativamente lento y limitado por el peso del sistema heredado y siempre presente. Pero avanza cada día un poco más. En cambio, en las periferias que habían avanzado en la construcción de un sistema nacional industrial modernizado (la URSS, Europa del Este, y en un grado menor, aquí y allí, en Asia, África y América Latina), la agresión del capitalismo de los monopolios generalizados (que se expresa a través de la sumisión –voluntaria o forzosa– a los principios del llamado neoliberalismo mundializado) se ha traducido en un desmantelamiento violento, rápido y total de los sistemas nacionales en cuestión, y en la transformación de las actividades productivas localizadas en estos países en subcontratistas. La renta de los monopolios generalizados de la tríada, beneficiarios de este desmantelamiento, se convierte en renta imperialista. Yo he calificado esta transformación, vista desde las periferias, de “*recompradorización*”¹. Esta ha afectado a todos los países del antiguo Este (la ex Unión Soviética y la ex Europa del Este) y a todos los países del Sur. China es la única excepción parcial.

La emergencia de este sistema productivo mundializado abolió la coherencia de las lógicas (diversas y desigualmente eficaces) del “desarrollo nacional”, pero no la ha sustituido por una nueva coherencia, que sería la del

sistema mundializado. La razón de ello es, como diré más adelante, la ausencia de una burguesía y de un Estado mundializados. Por este motivo, el sistema de producción mundializado es incoherente por naturaleza.

Otra consecuencia importante de esta transformación cualitativa del capitalismo contemporáneo: la emergencia del imperialismo colectivo de la tríada que sustituye a los imperialismos nacionales históricos (de Estados Unidos, de la Gran Bretaña, del Japón, de Alemania, de Francia y de algunos otros). El imperialismo colectivo halla su razón de ser en la toma de conciencia, por parte de las burguesías de las naciones de la tríada, de la necesidad de su gestión común y solidaria del planeta, y singularmente de las sociedades de las periferias sometidas o a someter.

2. Algunos extraen de la tesis de la emergencia de un sistema productivo mundializado dos correlatos: la emergencia de una burguesía mundializada y la de un Estado mundializado cuya base objetiva la constituye el nuevo sistema productivo. Mi lectura de las evoluciones y de las crisis en curso me ha conducido a rechazar estos dos correlatos.

No hay burguesía (o digamos, clase dominante) mundializada en curso de constitución, ni a escala mundial ni siquiera a escala de los países de la tríada imperialista. Se constata una aceleración de los flujos de inversión directos y de las inversiones de cartera procedentes de la tríada (y en particular de los flujos principales entre los socios transatlánticos). De todos modos, a partir de mi lectura crítica de los trabajos empíricos importantes que se han llevado a cabo sobre el tema, me he visto llevado a dar importancia al hecho de que la centralización del control del capital de los monopolios operaba en el interior de los Estados-nación de la tríada (Estados Unidos, cada uno de los socios de la Unión Europea, Japón) con más fuerza que aquella con la que opera en las relaciones entre los socios de la tríada, o incluso entre los de la Unión Europea. Las burguesías (o los grupos oligopólicos) están en conflicto en el interior de las naciones (y el Estado nacional gestiona esta conflictividad, al menos en parte) y entre las naciones. Es así como los oligopolios alemanes (y el Estado alemán) han asumido la dirección de los asuntos europeos, no para el beneficio igual de todos, sino en primer lugar para su propio beneficio. A escala de la tríada es evidentemente la burguesía de los Estados Unidos la que dirige la alianza, una vez más con un reparto desigual de los beneficios.

La idea según la cual la causa objetiva –la emergencia del sistema productivo mundializado– comporta ipso facto la de una clase dominante

mundializada, se basa en la hipótesis subyacente según la cual el sistema ha de ser coherente. En realidad puede no serlo; y este es el motivo por el cual este sistema caótico no es viable.

En las periferias la mundialización del sistema productivo ha ido acompañada por la sustitución de los bloques hegemónicos de las épocas anteriores por un nuevo bloque hegemónico dominado por la nueva burguesía *compradore*, beneficiaria exclusiva del desmantelamiento de los sistemas anteriores (el medio por el cual esta transformación ha tenido lugar es bien conocido: la “privatización” de los elementos del antiguo sistema dislocado; en el bien entendido que los activos implicados han sido cedidos a un precio artificial sin relación alguna con su verdadero valor). Estas nuevas burguesías *compradore* no son elementos constitutivos de una burguesía mundializada, sino solamente aliados subalternos de las burguesías de la tríada dominante.

Del mismo modo que no existe una burguesía mundializada en fase de constitución, tampoco hay un Estado mundializado a la vista. La principal razón de ello es que el sistema mundializado existente no atenúa sino que acentúa el conflicto (ya visible o potencial) entre las sociedades de la tríada y las del resto del planeta. Digo bien “conflicto de sociedades” y por consiguiente, potencialmente, conflicto entre Estados. Pues las ventajas de la posición dominante de la tríada (la renta imperialista) permiten al bloque hegemónico constituido en torno a los monopolios generalizados beneficiarse de una legitimidad que se traduce a su vez por la convergencia de todos los grandes partidos electorales de derecha y de izquierda y su idéntico alineamiento en las políticas económicas neoliberales y en las políticas de intervención en los asuntos de las periferias. Por el contrario, las burguesías neo-*compradore* de las periferias no parecen a los ojos de sus pueblos ni legítimas ni creíbles (porque las políticas a las que sirven no permiten la “recuperación” y provocan a menudo la caída en el *impasse* de un lumpen-desarrollo). La inestabilidad de los poderes existentes es entonces la regla.

No existe una burguesía mundializada ni siquiera a escala de la tríada, o a la de la Unión Europea, ni tampoco existe un Estado mundializado a estas escalas. Hay solamente Estados aislados, aceptando por añadidura la jerarquía que permite que su alianza funcione: la dirección general la ha asumido Washington; la de Europa la ha asumido Berlín. El Estado nacional sigue estando al servicio de la mundialización tal como es. Se trata en este caso de un Estado activo, pues el despliegue del neoliberalismo y de las

intervenciones exteriores le exige serlo. Se comprende entonces que su debilitamiento debido a las eventuales fragmentaciones producidas por cualquier motivo de divergencia no sea del agrado del capital de los monopolios generalizados (y de ahí la hostilidad a la causa escocesa examinada más arriba).

En las corrientes posmodernistas circula la idea según la cual el capitalismo contemporáneo ya no tiene necesidad de un Estado para gestionar la economía mundial, y que por ello los sistemas de Estado están en vías de decaimiento en beneficio de la emergencia de la sociedad civil. No voy a repetir aquí los argumentos que he desarrollado en otra parte a modo de contrapunto de esta tesis ingenua, propagada por lo demás por los poderes dominantes y por el coro mediático que está a su servicio. No hay capitalismo sin Estado. La mundialización capitalista no podría desplegarse sin las intervenciones del ejército de Estados Unidos y sin la gestión del dólar. Ahora bien, ejército y moneda son instrumentos del Estado, no del mercado.

Pero como no existe un Estado mundial, Estados Unidos pretende cumplir esta función. Las sociedades de la tríada consideran legítima esta función; las otras sociedades no. Pero no importa. La autoproclamada “comunidad internacional”, es decir, el G7 más Arabia Saudita, convertida al parecer en una República democrática, no reconoce la legitimidad de la opinión del 85% de la población del planeta.

Se da pues una asimetría entre las funciones del Estado en sus centros imperialistas dominantes y las del Estado en las periferias sometidas o a someter. El Estado, en las periferias *compradorizadas*, es inestable por naturaleza y, por ello, es un enemigo potencial, cuando no es ya un enemigo real.

Están los enemigos con los que las potencias imperialistas dominantes están obligadas a coexistir, por lo menos hasta hoy. Es el caso de China, porque esta ha rechazado (hasta hoy) el punto de vista neo-*compradore* y lleva a cabo su proyecto soberano de desarrollo nacional integrado y coherente. Rusia se ha convertido en un enemigo en la medida en que Putin rechaza el alineamiento político con la tríada y quiere cortar el paso a las ambiciones expansionistas de esta en Ucrania, si bien no imagina (¿todavía?) la posibilidad de salir de los carriles del liberalismo económico.

En su gran mayoría, los Estados *compradore* en el Sur (es decir, los Estados al servicio de sus burguesías *compradore*) son aliados, no enemigos,

hasta el punto de que dan la impresión de que tienen el país en sus manos. Pero en Washington, en Londres, en Berlín y en París saben que estos Estados son frágiles. En la medida en que un movimiento popular de revuelta –con o sin estrategia alternativa viable– les haga tambalear, la tríada se considera con derecho a intervenir. La intervención puede entonces llevar a considerar la destrucción de estos Estados y, tras ella, de las sociedades afectadas. Esta estrategia está en marcha en Irak, en Siria y en otras partes. La razón de ser de la estrategia del control militar del planeta por parte de la tríada dirigida por Washington se sitúa por entero en esta visión “realista” que constituye un contrapunto a la visión ingenua –al estilo Negri– del Estado mundializado en fase de construcción.

3. ¿Ofrece la emergencia del sistema de producción mundializado a los países de la periferia mejores oportunidades de “recuperación”?

El discurso de propaganda ideológica de los poderes dominantes –por ejemplo, el expresado por el Banco Mundial– se esfuerza en hacerlo creer: entrad en la mundialización, jugad el juego de la competencia, registrad unos índices de crecimiento razonables e incluso fabulosos y acelerad vuestras posibilidades de recuperación. En los países del Sur, las fuerzas sociales y políticas alineadas con el neoliberalismo retoman evidentemente este discurso. Las izquierdas ingenuas –a lo Negri– también.

Ya lo he dicho y lo repito: si la perspectiva de una recuperación mediante métodos capitalistas y en el capitalismo mundializado fuese posible, ninguna fuerza social, política, ideológica podría cerrarle el paso, ni siquiera en nombre de otro porvenir preferible para toda la humanidad. Pero esto simplemente no es posible: el despliegue del capitalismo mundializado en todas las etapas de su historia, y hoy como ayer en el marco de la emergencia del sistema productivo mundializado, no puede sino producirse, reproducirse y profundizar el contraste centros/periferias. La vía capitalista es un callejón sin salida para el 80 por ciento de la humanidad. Las periferias siguen estando, por ello, en la “zona de las tempestades”.

¿Entonces? No existe otra alternativa que la opción a favor de la construcción de un sistema nacional autónomo basado en la implementación de un sistema industrial autocentrado asociado a una renovación de la agricultura en la perspectiva de la soberanía alimentaria. No diré nada más aquí, pues ya he ofrecido algunos desarrollos sobre el tema. No se trata de un retorno nostálgico al pasado –soviético o nacional popular– sino de la

creación de las condiciones que permitan el despliegue de un segundo despertar de los pueblos del Sur que podría articularse con las luchas de los pueblos del Norte, víctimas igualmente del capitalismo salvaje en crisis, y para los que la emergencia del sistema productivo mundializado no tiene nada que ofrecer. Entonces la humanidad podrá avanzar por el largo camino que lleva al comunismo, etapa superior de la civilización humana.

Referencias

A propósito de Rusia, la URSS y el conflicto ucraniano:

L'histoire globale; Les Indes Savantes 2013, Cap 7. La Russie dans le système mondial.

Pour un Monde Multipolaire; Syllepse 2005, Cap. 3. La Russie, sortie du tunnel ?

Russia and the Ukrainian crisis; *Pambazuka* 17/4/2014.

The return of fascism in contemporary capitalism, *Monthly Review*, Septembere 2014.

Alexandre Buzgalin, *Ukraine – West – Russia, geopolitical economy of the conflict*; Moscow, August 2014.

Y, como contraste, China:

Chine 2013, *La Pensée*, N° 375, Juillet-Septembre 2013.

A propósito del capitalismo contemporáneo:

L'implosion du capitalisme, Delga 2012.

Cap. 1, Le capitalisme des monopoles généralisés.

Cap. 2, Le Sud: émergence et lumpendevlopment

Cap. 4, L'alternative socialiste: de l'audace.

Samir Amin et André Gunder Frank, N'attendons pas 1984; in A. G. Frank, *Réflexions sur la nouvelles crise économique mondiale*, Maspero 1978.

Capitalisme transnational ou Impérialisme collectif, *Recherches Internationales*, N° 89, 2011.

Contra Hardt and Negri, *Monthly Review*, October 2014.

¹. Con la expresión *compradorización*, Samir Amin hace referencia a la complicidad de las burguesías nacionales con los intereses oligopolísticos e imperiales.

CAPÍTULO III

Treinta años de crítica del sovietismo (1960-1990)

Dejando de lado a los individuos con dotes de profetas, nadie puede presumir de no haberse sorprendido con el rápido y absoluto colapso de los sistemas políticos y económicos en Europa del Este y la URSS. Sin embargo, una vez pasada la sorpresa, es útil volver sobre los análisis de estos sistemas que se habían hecho desde hacía unos treinta años. Arriesgándome a parecer inmodesto me atreveré a decir que, desde 1960, me he situado en una corriente de la izquierda, muy minoritaria, que había previsto, a grandes trazos, lo que al fin sucedió bruscamente entre 1989 y 1991. Desde luego, este colapso, que anticipábamos como muy probable, no era el único desenlace posible de la crisis del sistema soviético. No creo en ningún determinismo lineal sin falla en la historia; las contradicciones que atraviesan a cualquier sociedad encuentran siempre solución a través de respuestas distintas en su contenido social, es decir, siempre existió la posibilidad de que el régimen soviético cayese por la derecha (como sucedió) o de que evolucionase (o cayese) por la izquierda. Esta última posibilidad, ahora excluida en el futuro inmediato, sigue manteniendo no obstante una vigencia en la historia, no sólo porque esta nunca tiene fin, sino también y sobre todo porque dudo mucho que la actual solución de derecha estabilice las sociedades del Este, ni siquiera a medio plazo. La lucha para resolver de otra forma sus problemas puede continuar.

Con todo, al releer lo que he escrito sobre estos temas en los últimos treinta años (1960-1990) no puedo dejar de señalar sus puntos débiles y su errores, que la posterior evolución de los acontecimientos permite ahora descubrir.

También habrá que situar estos análisis, opiniones y hasta previsiones, aunque siempre de una probabilidad más o menos grande, en función de las condiciones que rigen las evoluciones producidas. Pues, en el transcurso de estos treinta años, el sistema soviético ha evolucionado, y ha procurado dar respuestas a su crisis, pasando por diferentes fases:

—De la muerte de Stalin (1953), y sobre todo del XX Congreso (1956), a la

caída de la experiencia jrushchoviana (1964), el período está marcado por un primer intento de superar el estalinismo, y por el conflicto ideológico y político surgido por este hecho entre Moscú y Pekín.

–El período que sigue –llamado de la “glaciación brezhneviana”– se prolonga hasta la llegada de Gorbachov (1985).

–La tentativa de “perestroika” de Gorbachov, iniciada en 1985, se agota para acabar en unos pocos años colapsando (1989-1991).

Paralelamente, China intentó dar otras respuestas a los problemas de la “construcción del socialismo” –según su propio lenguaje–, sucesivos y distintos: la tentativa maoísta (1961-1976) que culmina en la Revolución Cultural (a partir de 1966), y luego el deslizamiento progresivo que conduce a la estrategia económica y política de Deng Xiaoping, característica de la década de los ochenta.

Estas mismas evoluciones y fases sucesivas han de articularse con las que se produjeron a nivel mundial, tanto en el aspecto de la expansión capitalista (y principalmente en lo relativo a la evolución de la construcción de la Europa de la CEE, la competencia EEUU–Japón–UE, las nuevas formas de la mundialización económica. etc.), como en el de los equilibrios militares entre las dos superpotencias y las respuestas políticas vinculadas a la carrera de armamentos (y sobre todo, en la época de Brezhnev, las iniciativas soviéticas hacia el Tercer Mundo, o en el conflicto con China, así como las estrategias estadounidenses de guerra fría, hasta la carrera de la “guerra de las galaxias” iniciada por Reagan a partir de 1980). Por ello, las decisiones internas y las políticas internacionales se enmarañan a lo largo de estos treinta años.

Desde luego, el sistema soviético no data de 1960 y nuestras reflexiones parten de nuestros análisis de la revolución de 1917 (y de la revolución china), del leninismo, del maoísmo y del estalinismo. Pero nuestra intención aquí no es presentar una nueva lectura de la historia de los setenta y cinco años de existencia de la URSS. No nos extenderemos sobre los cuarenta años del período 1917-1957, en el que las sucesivas fases de la evolución del sistema soviético se articulan con diferentes momentos de la historia mundial, ni siquiera sobre el periodo estalinista de posguerra y las primeras guerras frías.

Igualmente, debo añadir una nota personal a lo que precede. Como egipcio viví la experiencia nasseriana y, sin jactancia por mi parte, quiero recordar que desde 1960 preví que la lógica del sistema nasseriano había de conducir a

lo que se desarrolló a partir de 1971 con la “*infitah*” sadatiana (la “apertura”): el retorno al redil de la *compradorización*¹. (Renové estas preocupaciones a propósito de la primera generación de las otras experiencias “socialistas” en África –Argelia, Mali, Guinea, Ghana–, en la primera mitad de la década de los sesenta). Esta opinión, entonces rechazada como absurda por la gran mayoría de la izquierda egipcia e internacional, me había inducido a acercarme a grandes rasgos a la crítica que el PC chino hacía a la dirección soviética, en lenguaje todavía oscuro desde 1957-1958 y abiertamente en la *Carta en 25 puntos* (1963), y, luego, a ver en la Revolución Cultural –desde 1966, por lo tanto antes de que 1968 popularizara sus temas en Occidente– el esbozo de una respuesta correcta a la “crisis del socialismo”.

I

1. Sin duda desde 1960, incluso a partir de 1957, dejé de considerar que la sociedad soviética pudiese llamarse socialista, y a considerar el poder como obrero, aun cuando se alegara que estaba “deformado por la burocracia”, según la célebre expresión trotskista. Para empezar, llamé burguesía a la *clase* (y digo con rotundidad, la clase) dirigente y *explotadora*. Con esto quiero decir que esta clase (la “*nomenklatura*”), con todas sus aspiraciones, se miraba en el espejo de “Occidente”, cuyo modelo ansiaba reproducir. Es lo que Mao había formulado con claridad en una frase pronunciada en 1963, dirigiéndose a los cuadros del PC chino: “Vosotros (es decir, vosotros, cuadros del PC chino) habéis construido una burguesía. No lo olvidéis: la burguesía no quiere el socialismo, quiere el capitalismo”.

Saqué las conclusiones lógicas de este análisis respecto al partido y a la actitud de las clases populares para con ese poder. Para mí estaba claro que las clases populares no se reconocían en ese poder (aunque éste siguiera proclamándose socialista), al que consideraban, por el contrario, como su adversario social real, y con toda la razón. En estas condiciones, el partido era un “cadáver en descomposición desde hacía mucho tiempo” y se había convertido en realidad en un instrumento de control social por parte de las clases dirigentes explotadoras sobre las clases populares. Completando el trabajo de las instituciones represivas (el KGB), el PC organizaba redes clientelares de carácter popular (con el control y la distribución de todas las

ventajas sociales, incluso las más insignificantes), bloqueando de este modo una posible rebelión. En este aspecto, este tipo de partido no es de naturaleza distinta a la de numerosos partidos únicos del Tercer Mundo, que desempeñan las mismas funciones (con la etiqueta del nacionalismo radical, como el nasserismo, el FLN argelino, el Baaz y una larga lista de partidos en Mali, Guinea, Ghana, Tanzania, etc., o incluso sin esta etiqueta, en países que han optado abiertamente por el capitalismo, como Costa de Marfil). Se trata pues de una forma generalizada, propia de las situaciones en que la burguesía en vías de formación aún no ha establecido su hegemonía ideológica (“la ideología de la clase dominante es la ideología dominante de la sociedad” dice Marx a propósito del capitalismo maduro) y, por eso, no aparece ejerciendo un poder legítimo (que implica un consenso creado por la adhesión de la sociedad a la ideología de su clase dominante).

Este tipo de ejercicio del poder, que divide a las clases populares gracias al clientelismo, tiene un efecto despolitizador, cuyos estragos no hay que subestimar. Los hechos demuestran hoy que la despolitización en la URSS es de tal magnitud que las clases populares creen que el régimen que se quitan de encima era socialista, y por eso aceptan ingenuamente que el capitalismo es mejor.

Todos los partidos contruidos según este modelo se derrumban como un castillo de naipes en el momento en que sus dirigentes pierden el poder de los aparatos del Estado: nadie está dispuesto a arriesgar su vida por la defensa de un sistema de esa naturaleza. Por esta razón, las luchas en la cumbre en este tipo de partido adquieren la forma de revoluciones palaciegas, sin intervención de las bases, que, indefectiblemente, aceptan el veredicto de quienes han vencido. Por eso no había quedado sorprendido con la reconversión inmediata de la “Unión Socialista” [egipcia] del nasserismo en el sadatismo, ni con la desaparición espontánea de otros partidos de la misma índole en numerosos países del Tercer Mundo. Tampoco me sorprendí con la pasividad de que dieron prueba los “millones” de comunistas soviéticos a partir de 1989.

2. Dado que, para mí, ya era evidente que la sociedad soviética no era socialista, siempre me pareció muy difícil calificarla en términos positivos.

No volveré a hablar de las razones que hicieron que me negara a reconocer en ella la aplicación de los principios fundamentales del socialismo, sobre las que me he explayado en numerosas ocasiones. Para mí, el socialismo implica

algo más que la abolición de la propiedad privada (lo que es una definición negativa); implica positivamente otras relaciones con el trabajo, distintas de las que definen la condición del salariado, otras relaciones sociales, que permitan a la sociedad en su conjunto (y no a un aparato que actúa en su nombre) señorear su evolución social, lo que a su vez implica una democracia avanzada, más avanzada que la mejor democracia burguesa. En ninguno de estos aspectos la sociedad soviética era distinta de las sociedades burguesas de los países industrializados, y cuando se apartaba de ello lo hacía para peor, al aproximar su práctica autocrática al modelo dominante en las regiones del capitalismo periférico.

No obstante, me negué a calificar a la URSS de capitalista, a pesar del hecho de que su clase dirigente era –en mi opinión– burguesa. Mi argumento es que el capitalismo implica la fragmentación de la propiedad del capital, lo cual constituye la base de la competencia, y que la centralización estatal de esta propiedad impone una lógica de acumulación. Además, en el terreno político mi argumento es que la revolución de 1917 no fue una revolución burguesa, y no lo fue tanto por el carácter de las fuerzas sociales que la protagonizaron como por la ideología y el proyecto social de sus fuerzas dirigentes, y que esta realidad no puede considerarse insignificante.

No doy gran importancia a cual ha de ser la calificación en términos positivos del sistema. Utilicé a este respecto las expresiones sucesivas de capitalismo de Estado y de capitalismo monopolista de Estado, cuyas ambigüedades critiqué, para adoptar finalmente el término neutro de “modo de producción soviético”. Lo que me parecía más importante era la cuestión de los orígenes, de la formación y de la evolución de este sistema y, en este marco, la de su futuro.

No fui de los que alguna vez lamentaron la revolución de 1917 (“No había que hacerla porque no existían las condiciones objetivas de una construcción socialista; había que detenerse en la revolución burguesa”). Porque, para mí, la expansión mundial del capitalismo es polarizante y, por eso mismo, es inevitable que los pueblos que son víctimas de ella –en la periferia del sistema– se rebelen contra sus consecuencias. Uno no puede sino acompañar a estos pueblos en su rebelión. Ahora bien, detenerse en la revolución burguesa es traicionar a estos pueblos, ya que el capitalismo necesariamente periférico que resultaría de ello no permite dar respuestas aceptables a los problemas que han motivado su rebelión.

Las revoluciones rusa y china inauguraron una larga transición cuyo resultado es fatalmente incierto: la dinámica de su evolución puede conducir al capitalismo (central o periférico), como puede hacer progresar, en su propia sociedad y a escala mundial, un avance hacia el socialismo. Lo que es importante, en el marco de este modo de ver las cosas, es analizar la dirección objetiva en que se progresa. Las dos tesis que me parecen importantes en el análisis de la evolución soviética, y que comparto todavía (es cierto que con una minoría de la izquierda comunista), son las siguientes:

–Que la colectivización tal como la aplicó Stalin a partir de 1930 rompió la alianza obrera y campesina de 1917 y dio lugar, a través del fortalecimiento del aparato autocrático estatal, a la formación de la “nueva clase”, esto es, la burguesía estatal soviética.

–Que el propio leninismo, debido a algunas de sus limitaciones históricas, había preparado (involuntariamente) el terreno para que surgiese esta opción funesta. Con esto quiero decir que el leninismo no rompió radicalmente con el economicismo de la II Internacional (por consiguiente, del movimiento obrero occidental, hay que decirlo): entre otras cosas, son prueba de ello, por ejemplo, sus concepciones respecto a la neutralidad social de las tecnologías.

La sociedad de la larga transición se enfrenta realmente con exigencias contradictorias: por una parte, en cierta medida tiene que “*alcanzar*”, en el sentido de que tiene que desarrollar las fuerzas productivas; por la otra, se propone –en su tendencia al socialismo– “*hacer otra cosa*”, es decir, construir una sociedad liberada de la alienación economicista, que, por naturaleza, sacrifica “las dos fuentes de la riqueza”: el ser humano (reducido a fuerza de trabajo) y la naturaleza (considerada como inagotable objeto de la explotación humana). ¿Pero puede? Siempre pensé que la respuesta era positiva, pero difícil: en realidad, era un compromiso que había que desarrollar progresivamente en el buen sentido (“para hacer otra cosa”). El economicismo del leninismo contenía en germen una opción que progresivamente iba a hacer prevalecer el objetivo de “*alcanzar*” sobre el de “*hacer otra cosa*”.

Mi temprana adhesión –desde 1958– al maoísmo, y luego –desde 1966– a la Revolución Cultural, de la que no reniego, proviene de este análisis de que el leninismo no había roto suficientemente con el economicismo occidental (lo expresé asombrándome de que el propio Lenin se hubiese sorprendido de la traición de Kautsky en 1914). Me adherí pues a las tesis de que Mao

restablecía un verdadero retorno a Marx, deformado por el movimiento obrero occidental (y el imperialismo no ha sido un factor secundario en esta deriva), antes de serlo (y de seguir siéndolo, en parte) por el leninismo.

El maoísmo presentaba de ese modo una crítica del estalinismo desde la izquierda, mientras que Jrushchov la había hecho desde la derecha. Jrushchov decía: no se han hecho suficientes concesiones a las presiones económicas (la revolución tecnológica y científica, la mundialización) y a sus implicaciones políticas (dar más poderes a los directores de empresas, es decir, a la burguesía soviética). Jrushchov decía: con estas condiciones, *alcanzaremos* más pronto. Mao decía: en cada etapa no hay que perder de vista el objetivo final. Éste era el sentido de “poner la política en los puestos de mando” (un sentido que no tiene nada que ver con la fácil acusación de “voluntarismo”). Y para no perder de vista ese objetivo final, el maoísmo ponía énfasis, entre otras cosas, en la igualdad entre los obreros y los campesinos (una cuestión esencial en China, pero que lo era también en la Rusia de 1930), con objeto de reforzar (y no romper) su alianza. Explicité este objetivo en los términos de ¿“qué ley del valor hay que aplicar”: someterse a la que rige el capitalismo mundializado (y aceptar por ello un desarrollo capitalista periférico), imaginar la construcción de una economía nacional autocentrada, *desconectada* del sistema mundial, pero análoga a la del capitalismo avanzado (la “ley del valor que rige el modo de producción estatista soviético”), creando de ese modo una burguesía nacional (soviética); o construir relaciones entre las clases populares, basadas en una “ley del valor de la transición socialista”? Mao estaba convencido –con toda razón, como la evolución ulterior ha demostrado, tanto en la URSS como en China– de que la cuestión había de zanjarse a nivel del poder: impugnar el monopolio del PC, crisol de la formación de la nueva burguesía. De ahí su consigna, que desencadenó la Revolución Cultural: “¡Fuego contra el Cuartel General!” (el PC). Él creyó –¿iba desencaminado?– que ese era el único modo de hacer progresar el control de los trabajadores sobre la vida social y hacer retroceder el de la burocracia. No pensó que las concesiones a las leyes del mercado –otorgar más poder a los directores de empresas, más competencia entre ellos– harían progresar el poder social del pueblo. ¿Iba desencaminado? No digo que no hubiera que hacer concesiones al mercado. La NEP lo había hecho, en su momento con éxito. Había que hacerlas, incluso más atrevidas que las que se emprendieron. Pero ante todo había que:

- Acompañarlas con una democratización política.
- Reforzar los poderes reales de los trabajadores en detrimento de los de la burguesía de los “tecnócratas”.
- Enmarcar el mercado con una férrea política estatal basada en la ley del valor de la transición socialista.

Los yugoslavos trataron de hacerlo, pero tímidamente y finalmente mal: demasiada apertura exterior; demasiadas concesiones, que dejaron que se acentuasen las tendencias internas a la desigualdad entre las repúblicas en nombre de la competitividad; descentralización excesiva, que puso a los colectivos de la autogestión en situación de competencia mutua. En la URSS no se hizo nada similar, en China tampoco, salvo en términos de intención en la época maoísta, abandonados luego.

Creo todavía que el maoísmo tenía razón, aun cuando la evolución posterior de China parezca contradecirlo. En realidad, esta evolución no lo contradice, sino más bien al contrario, lo confirma: las concesiones al capitalismo fortalecen a la burguesía y debilitan las posibilidades de las clases populares. Sin duda hoy, con la perspectiva que proporciona el tiempo transcurrido, no sólo es admisible, sino incluso necesario abrir el debate sobre los límites históricos del maoísmo, como se ha hecho con Lenin (insuficiente ruptura con el economicismo) e incluso con Marx (subestimación de la polarización inherente a la expansión capitalista mundial).

3. En mi opinión, la cuestión central en relación con el “modo de producción soviético” era saber si se trataba de una solución inestable, característica de la transición (obligada a evolucionar, sea hacia el capitalismo, sea hacia el socialismo), o de un modo “estable”, nuevo, y hasta prefigurador, pese a sus defectos, del futuro de las demás sociedades (las capitalistas).

Sobre este punto ya he formulado mi autocrítica. Pensé en cierto momento –entre 1975 y 1985– que el modo soviético era una forma estable, incluso de vanguardia, de lo que la tendencia normal del capitalismo habría de engendrar en otras partes con la centralización del capital, que llevaría de los monopolios privados al del Estado. Había entonces indicios que iban en este sentido. No hablo de la estabilidad aparente de la URSS brezhneviana. Me refiero ya sea a tesis antiguas (la teoría de Bujarin sobre el capitalismo monopolista de Estado), ya sea a tesis de esa época: la “convergencia de sistemas” que Jan Tinbergen creyó descubrir, que acercaba no sólo la URSS

al Oeste avanzado, sino también el Oeste avanzado a la URSS, unas posiciones que iban en ese sentido y que habían tomado las alas izquierdas de las socialdemocracias fuertes (en Suecia, por ejemplo, con el proyecto de rescate de la industria por los sindicatos), el eurocomunismo, etc. Ahora bien, parecía que la centralización estatal del capital, al suprimir la competencia – y, por tanto, la opacidad del mercado (iniciada por la proximidad entre los precios administrados por los monopolios y los administrados por el Gosplan)–, inauguraba el retorno al predominio de la ideología. Una ideología que no era un retorno a las religiones metafísicas de la época tributaria, sino la de la mercancía triunfante. Ahí estaba la poderosa imagen del 1984 de Orwell (a cuya recuperación contribuí entonces) y el análisis de las bases del consenso monolítico de las sociedades supuestamente liberales y democráticas de Occidente, que ofrecía *El hombre unidimensional* de Marcuse, que reavivó en mi memoria mi lectura de Polanyi. “El modo estatal: forma suprema del capitalismo”... ¿por qué no? En este caso, el modo soviético, pese a sus aspectos primitivos, prefiguraba el (triste) futuro (¡Stalin habría soñado con tener a su disposición la cadena de televisión CNN, famosa desde la guerra del Golfo, en lugar del *Pravda*, para conseguir una opinión pública monolítica!). A todo ello incorporé la observación de que, en la revolución burguesa, la lucha de los campesinos contra los señores feudales no había dado como resultado la victoria de los oprimidos, sino la ascensión del tercero en discordia: la burguesía. Entonces ¿por qué la lucha de los obreros (o de los asalariados) contra los capitalistas no iba a convenir a la “nueva clase”?

Los hechos me quitaron la razón. No sólo el régimen soviético se reveló inestable, sino también la ofensiva de la derecha mundial, a partir de 1980, fue en sentido inverso: desregulación, privatización, posiciones que van viento en popa.

Con todo, regreso a esta autocrítica, quizá para matizarla. Que el modelo soviético haya sido incapaz de constituirse en alternativa definitiva, imitada progresivamente por los demás, sea. Los hechos están ahí para demostrarlo. Pero quizá eso sólo se deba a sus propias debilidades. Eso no excluye que en otros lugares –en el mundo desarrollado– se evolucione más tarde, una vez pasada la oleada de la utopía liberal de estos años (y ya queda poco para ello) en un sentido prefigurado por el modelo prehistórico que la URSS habría ejemplificado.

En todo caso, por mi parte he regresado a consideraciones menos alejadas del presente, centradas en la inestabilidad de la transición, de la cual el modelo soviético da el ejemplo de un ciclo histórico que se clausura. Me pareció que la denominación de “fase socialista” era más engañosa que útil. Se puede, desde luego, calificar este mismo socialismo de primitivo, etc. Estos últimos años –pero ya antes de que se desintegrara definitivamente el sistema soviético a partir de 1989– me pareció que la caracterización de esta transición en términos-de “nacional-popular” era más provechosa. Subraya la contradicción entre los objetivos de esta fase y la lógica de la expansión capitalista mundializada (contradicción simbolizada por el calificativo *nacional*, que alude a mi concepto de *desconexión*), al igual que subraya el contenido contradictorio del bloque popular (que no es ni burgués, ni proletario, es decir, de vocación socialista). Analizada así, la larga transición es inestable por naturaleza. Puede conducir al capitalismo, como sucede en la URSS. Pero podría conducir a otra parte, y volveré a hablar de ello en mi conclusión.

4. Al término del ciclo soviético, ya cerrado, se impone un balance. Éste no es ni “globalmente positivo” ni, a la inversa, “globalmente negativo”. La URSS, y tras ella China y hasta los pequeños países de Europa oriental, construyeron economías autocentradas modernas como ningún país del capitalismo periférico consiguió hacer. La razón de ello es que la burguesía soviética fue producto de una revolución nacional popular (llamada socialista), mientras que las burguesías del Tercer Mundo, constituidas en la estela de la expansión mundial del capitalismo, son, en su naturaleza dominante, de tipo *compradore*. Simultáneamente, el carácter ambiguo de la revolución –su dimensión socialista– moldeó una sociedad en la que los trabajadores adquirieron derechos sociales (derecho al trabajo, servicios sociales) que no siempre tienen su equivalente ni siquiera en el capitalismo central desarrollado (donde algunos de estos derechos se conquistaron tardíamente, mediante la lucha, generalmente después de 1918 y aun de 1945, en parte precisamente por el temor al comunismo), ni, con mayor razón, en el capitalismo periférico salvaje.

Pero hoy la opción capitalista declarada de la URSS y de Europa del Este hace posible de nuevo la perifерización de sus economías y sociedades, para la que las clases populares (e incluso las burguesías locales), a las que la despolitización producida por el despotismo estatista ofusca, no están

preparadas. Al haber subestimado esta despolitización y sus efectos desastrosos, hoy evidentes, yo había llegado a creer que los pueblos y las clases dirigentes del Este serían capaces de controlar la evolución hacia el capitalismo, al cual aspiraban, a través de reformas vinculadas a una transición gradual a la democratización política. Había creído que, en estas condiciones, las clases populares podían influir en la evolución en un sentido favorable para el progreso del socialismo: un mejor equilibrio entre las aspiraciones socialistas de los trabajadores (no sólo derechos sociales, sino una intervención más activa en la gestión económica de su empresa y del país) y las exigencias del mercado (en las cuales se reflejan, entre otras cosas, las aspiraciones de la burguesía, pero que no se reducen a esta dimensión), capaz de reabrir el debate sobre el socialismo (a través de una renovada alianza nacional popular) a escala mundial (tanto en Occidente como en las periferias). Debo hacer mi autocritica acerca de este punto, puesto que hoy esta perspectiva está excluida y la evolución a la derecha, hacia un capitalismo salvaje, es irreversible. Pero ¿estoy equivocado si consideramos esto a más largo plazo, cuando los resultados de esta periferización impongan su evidencia; cuando los trabajadores hayan comprobado que las disminuciones drásticas de su nivel de vida no son sacrificios momentáneos impuestos por la transición (como creen), sino definitivos?

De cualquier forma, ya hacía tiempo que el sistema soviético había entrado en una fase de crisis aguda, que desembocaría en su crisis final. Yo había analizado esta crisis –puesta de manifiesto en los repetidos fracasos del sistema, incapaz de pasar de la acumulación extensiva, que había constituido su éxito durante la primera mitad de su existencia, a la fase de una acumulación intensiva (y este fracaso demostraba, a mi modo de ver, que no se trataba de un modo de producción capitalista, puesto que éste se basa por definición en una acumulación intensiva)– en términos de luchas sociales, por la resistencia de los trabajadores (gracias al derecho al trabajo, al hecho de que los directores de empresa no tienen la legitimidad que tiene el patrón en Occidente, etc.). Con otras palabras, dije que el compromiso social que había caracterizado la primera fase del sistema y había permitido la acumulación extensiva (y, tras ésta, cierta “modernización popular”: educación masiva, gran movilidad social, etc.) estaba agotado. Togliatti y luego Berlinguer lo dijeron también, a su manera. Había, pues, que o ir adelante con una crítica de izquierda del estalinismo, o acelerar la evolución hacia la derecha, hacia

un capitalismo normal y una “modernización elitista”, a la Tercer Mundo. La burguesía optó por esta última solución: el mercado (para “hacer trabajar” a las clases populares con la amenaza del paro: se había expresado en estos términos desde hacía tiempo) y la privatización (para estabilizar la burguesía, cerrando el acceso demasiado abierto que implica la movilidad social: esta reivindicación sólo apareció claramente en los últimos años del sistema).

Siempre me negué (y todavía me niego) a asimilar esta crisis específica del “modo soviético” a las crisis del capitalismo, cuya dinámica es totalmente diferente.

Siempre rechacé (y todavía rechazo) los análisis del sistema ofrecidos por los aparatos de propaganda del capitalismo, popularizados mediante los medios de comunicación.

—La oposición presentada entre la “economía de la escasez” (del socialismo) y la “economía de la abundancia” (del capitalismo) constituye un discurso ideológico vacío. Es evidente que la escasez (las colas, etc.) era producida por la fijación (voluntaria) de precios, que permitía un gran acceso al consumo, una concesión a las presiones igualitaristas ejercidas tanto por las clases populares como por las capas medias. Está claro que al subir masivamente los precios ya no hay colas... pero la escasez, aparentemente desaparecida, está todavía ahí, para quienes ya no tienen acceso al consumo. Las tiendas en México y en Egipto rebosan de productos, y no hay colas delante de las carnicerías, aunque el consumo de carne per cápita sea ahí muy inferior al que había en la Europa del Este. Sin embargo, esta tesis infantil ha enriquecido al húngaro Kornai, avalado por el Banco Mundial.

—La “economía de mando” opuesta al “mercado autorregulado”, puesta de moda por los universitarios estadounidenses, es también de un simplismo ideológico insultante. La economía soviética real se ha basado siempre en una mezcla de ajustes por el mercado (que operaban *ex post* y/o previstos por el Plan, correctamente o no) y terminantes órdenes administrativas (sobre todo en materia de inversiones). El mercado, idealizado por la ideología dominante del liberalismo, nunca ha sido autorregulado más allá de las coacciones del sistema social en el cual funciona y de las políticas estatales que definen sus límites. El verdadero problema está en otra parte: la dinámica de la acumulación que opera en el marco de la centralización estatal del capital (que corresponde a una clase-Estado integrada) es diferente de la de la acumulación capitalista, que, en la época moderna, no proviene de las leyes

del mercado definidas en abstracto e idealmente, sino de la competencia que se establece entre los monopolios.

–La subordinación de todo el aparato económico a las exigencias de la prioridad concedida al campo militar fue, hasta cierto punto, un hecho, por lo menos desde 1935. ¿Significa esto que el sistema soviético es “militar”, y – como se insinúa– que, por eso, lleva en su seno el expansionismo (mediante la conquista) “como el nubarrón trae la tormenta”? Critiqué estas bobadas ideológicas, que van de consuno con la simplificación según la cual el capitalismo es necesariamente y siempre “promotor de guerras”. El análisis de la importancia relativa –y del peso social– de los gastos militares no puede llevarse al terreno de la lógica pura de los modos de producción, su verdadero terreno es el análisis de la estructura y la coyuntura de los sistemas globales, nacionales (locales) e internacional (regional). En esta óptica resulta evidente que la carrera de armamentos fue impuesta a la URSS por sus auténticos enemigos (y falsos amigos) que son las potencias capitalistas, EEUU a la cabeza, quienes iniciaron la guerra fría.

–El discurso sobre el “totalitarismo”, en sus versiones universitarias presuntuosas (a la Arendt) o en las infantilizadas por los medios de comunicación (para hacer pasar al adversario como “el Imperio del mal”: el término es el que utilizó un presidente estadounidense, aunque nadie lo comparó con el discurso del ayatolá Jomeini, quien, al fin y al cabo, se expresaba en términos análogos), no tiene consistencia. ¿Hemos olvidado que afirmaba que la sociedad, que se había vuelto amorfa, nunca podría liberarse de este tipo de despotismo?

5. Critiqué desde el principio –es decir, desde mediados de la década de los sesenta– las propuestas hechas por los reformadores soviéticos. Vi en ellas una tentativa de superar los atolladeros del estalinismo por la derecha, pero no por la izquierda.

Estas propuestas ejemplificaban lo que denominé “utopía de la construcción de un capitalismo sin capitalistas”. La escuela de Novosibirsk, que fue de donde salieron la mayoría de los que influyeron en Gorbachov, llevó la lógica walrasiana a su límite: imaginó un mercado autorregulado puro y perfecto, que exige –Walras lo había comprendido así y Barone ya lo había expresado desde 1908– no la propiedad privada parcelada, sino la absoluta centralización estatal de la propiedad y la subasta permanente del acceso a los medios de producción para todos los individuos, que serían libres

de ofrecerse vendiendo su fuerza de trabajo u organizando la producción (empresarios). Este viejo sueño saint-simoniano de la gestión científica de la sociedad, recuperado por la socialdemocracia alemana (Engels fue el primero en ver en ello el sueño de un capitalismo sin capitalistas), expresa, llevado a su extremo, la alienación economicista de la ideología burguesa, cuyo carácter irreal y utópico trató de demostrar el materialismo histórico.

Ahora bien, esta filosofía es la clave de todas las concepciones reformistas, de Jrushchov a Gorbachov, pasando por sus versiones “suavizadas” en la época de Brezhnev. La historia ha demostrado que estas concepciones eran insostenibles y que la deriva hacia la derecha conduciría hasta su estación final: la transformación de la burguesía soviética en la burguesía corriente que conocemos, hecha de propietarios privados.

Estas tentativas explican que la “revolución de los años 1989-1991” haya sido hecha por arriba, por la propia clase dirigente, y no por abajo, por el pueblo. Yo había hecho una observación análoga, en su momento, en relación con la “contrarrevolución sadatiana” de 1971, de la que dije que no era propiamente una contra- rrevolución, sino la aceleración de una evolución latente ya en la época naseriana. Los medios de comunicación occidentales quieren presentar las revoluciones del Este como las de la libertad, evitando analizar la vulnerabilidad de la democratización, que corre mucho peligro de ser sólo un medio para una transición al capitalismo salvaje, siempre necesariamente despótico, como se puede ver por la experiencia histórica de las periferias capitalistas. En cambio, dije que estas revoluciones sólo habrían merecido este nombre si la superación del sistema hubiese sido hecha por la izquierda, y que realmente no han sido más que aceleraciones (aunque portentosas y por eso mismo inesperadas) de la evolución natural del sistema (pese a la tesis de la congelación totalitaria).

Con todo, Gorbachov creyó señorear ese proceso de reformas, y no imaginó que sería sobrepasado por la mayoría de la clase que representaba (la *nomenklatura*), como demostró el ascenso de Yeltsin, y tampoco imaginó la impotencia del Partido Comunista, que iba a revelarse incapaz de actuar como correa de transmisión del proyecto a nivel popular. La burguesía soviética (la *nomenklatura*) será así la burguesía de mañana, que se apropia directamente de los medios de producción privadamente, ya no colectivamente, a través de su Estado. No se trata, pues, de una revolución social, sino de un cambio político de tal magnitud que exige cambios

radicales a nivel de la clase dirigente (como había sucedido en la “contrarrevolución sadatiana”). Por eso mismo, la ascensión paralela de una capa de nuevos ricos aventureros (las “mafias” en la URSS, semejantes a la burguesía llamada “parasitaria” en Egipto), la dramática fragmentación política de la antigua *nomenklatura* y la manipulación de las aspiraciones nacionales de los pueblos de la difunta Unión fueron difíciles de evitar. Esto conviene, desde luego, a las potencias occidentales, que explotan hábilmente esta situación (con el chantaje que ejercen en el terreno de la ayuda financiera) para empujar las fronteras de Rusia a las de la Moscovia del siglo XVI, arruinando así cualquier esperanza futura para este país de ser un competidor importante en el escenario mundial.

Aquí también me autocritico. Creí –como Gorbachov– que el sistema era capaz de reformarse y que, aun cuando el proyecto de reforma fuese más bien de derecha (en su concepto de la gestión económica), su dimensión democrática positiva permitiría a las fuerzas populares influir en una evolución hacia la izquierda. Subestimé el desastre que la despolitización iba a ocasionar. A nivel popular, esta despolitización debilitó a las clases trabajadoras, incapaces de utilizar en su provecho la democratización, de elaborar un contraproyecto positivo. Su desconcierto las devuelve a la pasividad y/o a la ilusión, principalmente de los nacionalismos. A nivel de la clase dirigente, domesticada por el poder supremo, la despolitización no es menos dramática. La fragmentación de la clase dirigente (“conservadores”, “gorbachovianos”, “populistas de derecha”, etc.) resultante de ello hace imposible la reforma ordenada por arriba. Creí que el nacionalismo de gran potencia de esta clase actuaría como parapeto. Parece que subestimé el feroz apetito de los candidatos al “consumismo”, dispuestos a sacrificarlo todo por una rápida satisfacción de su ambición de enriquecimiento. Lo mismo que sobrestimé el patriotismo (soviético) de las clases populares. En realidad, a éstas les trae totalmente sin cuidado las satisfacciones que podía proporcionar la categoría que tenía su país. Este rechazo del patriotismo es probablemente sano en algunos de sus aspectos, pues permitirá a largo plazo volver a poner el proyecto social en el escenario. Pero también es eminentemente peligroso, puesto que a más corto plazo los adversarios exteriores no dejarán de aprovecharse de él para tratar de periferizar Rusia y las demás naciones de la difunta Unión y hacer de ellas –para Europa occidental y sobre todo para Alemania– su “América Latina”.

II

1. Para la URSS, como para cualquier otra sociedad histórica, las opciones políticas hacia el exterior se articulan estrechamente con las exigencias de la dinámica social interna. Ya dije que las tesis ideológicas –de que la URSS habría sido intrínsecamente agresiva, por ejemplo, o, por el contrario, que siempre buscó la paz– nunca me convencieron. Como contrapunto, siempre ofrecí análisis concretos realistas de la manera en cómo la articulación interior/exterior podría operar en la URSS, por una parte, y en China y en las diferentes regiones del capitalismo desarrollado (EEUU, Japón, la Europa de la CEE), por la otra, y de ese modo orientar el sistema mundial hacia diferentes escenarios posibles, con variables grados de probabilidad. Por supuesto, en este marco las ideas que las clases dirigentes se hacen de la realidad (ideas correctas o deformadas) no pueden ignorarse. Esto es válido para todos los poderes establecidos, sean soviéticos o cualesquiera otros. :

Evidentemente, no hay ninguna garantía de que tales análisis realistas sean necesariamente correctos. Influidos por los acontecimientos en cada momento, sufren muchas veces los peligros de una extrapolación abusiva, luego desmentida. Daré unos cuantos ejemplos que constituyen otros tantos motivos de autocrítica.

2. El análisis de la política exterior de la URSS –y su evaluación desde una perspectiva humanista, democrática y socialista a escala mundial– debe remitirse explícitamente a la fase del sistema mundial en la cual se sitúan las políticas objeto de la crítica.

Hasta la década de los sesenta, el sistema soviético estuvo relativamente aislado y en posiciones defensivas. Esta apreciación que hice entonces me sigue pareciendo correcta, incluso con la perspectiva del tiempo. En ese marco expuse algunas tesis, sobre las cuales no me extenderé aquí, pero que recordaré brevemente.

–Las potencias occidentales –fascistas y democráticas– nunca renunciaron, desde 1917, a debilitar la URSS, y esta, pese a su papel determinante en la victoria de 1945, quedó agotada por el enfrentamiento, y además amenazada por el monopolio nuclear de EEUU. En estas condiciones, los acuerdos de Yalta no constituyeron un reparto del mundo entre imperialismos victoriosos,

sino un mínimo de garantías que consiguió la Unión Soviética respecto a su propia seguridad.

—La Unión Soviética, como China, Vietnam o Cuba, nunca pretendió exportar su revolución, sino que, al contrario, todas ellas aplicaron siempre una diplomacia prudente, fijándose el objetivo preferente de proteger su propio Estado. Por eso, todas las revoluciones se hicieron casi contra la voluntad del “hermano mayor”: la de China contra los consejos de Moscú, mientras que las de Vietnam y Cuba se impusieron por sí mismas. Este hecho nunca me pareció chocante e intenté comprender sus razones, sin aceptar no obstante que los revolucionarios deban someterse a ello. Por el contrario, deben hacer caso omiso, pero, como contrapartida, no han de contar más que con sus propias fuerzas. Es, además, lo que han hecho los revolucionarios que han triunfado (China, Vietnam, Cuba, Kampuchea, Nicaragua).

—La iniciativa de la guerra fría fue emprendida por Washington en 1947. La URSS se atuvo rigurosamente al reparto de Yalta (prueba de ello fue su actitud para con la revolución griega) y no abrigó el proyecto de invadir el Occidente europeo en ningún momento. El discurso sobre el belicismo soviético es pura propaganda atlantista. El zhdanovismo (el mundo repartido en dos campos) es típicamente defensivo (se trata de justificar la no intervención de la URSS fuera de las fronteras de Yalta) e inaugura un período de aislamiento de la URSS y, a partir de 1949, de China, impuesto por el bloque atlantista, el cual nunca dejó de intervenir en el Tercer Mundo (guerras coloniales, guerras de agresión israelíes, etc.).

La URSS y China inician la salida de su aislamiento a partir de la conferencia de Bandung (1955), al comprender el beneficio que pueden obtener de un apoyo —aun limitado— a los movimientos de liberación del Tercer Mundo. Nunca he criticado este apoyo, históricamente positivo, pero nunca esperé de él más de lo que podía dar, limitado por la búsqueda de una coexistencia pacífica, rechazada por el bloque atlantista.

Simultáneamente, el esfuerzo militar soviético conduce, pero sólo tardíamente (hacia 1970), a un equilibrio disuasivo real. A partir de este momento, pero sólo de este momento, la URSS se convierte en superpotencia y se entra, con eso, en un nuevo período.

3. La bipolaridad que caracteriza los veinte años que preceden al colapso soviético de 1989-1991 sigue siendo asimétrica, por el hecho de que la URSS sólo alcanzó la categoría de superpotencia por su dimensión militar, sin que,

en el terreno económico, hubiese sido capaz de competir con los imperialismos occidentales.

Por otro lado, nunca hubo simetría ni entre las acciones de las dos superpotencias ni en su alcance. EEUU, y detrás de él Europa y Japón, desarrolló una diplomacia cuyo objetivo era evidente y sus métodos conocidos: asegurarse la dominación de las periferias (el acceso a las materias primas, a los mercados, a las bases militares, etc.). A través de esta estrategia común, EEUU implantó su hegemonía, y más tarde, cuando en lo económico comenzó a desgastarse su ventaja sobre sus aliados, la utilizó para mantener esta hegemonía en decadencia (la guerra del Golfo es un capítulo reciente de esta estrategia).

Los objetivos de la intervención soviética más allá de las fronteras de Yalta siguen siendo más difíciles de definir.

Sostuve que el objetivo principal de estas intervenciones fue aflojar la tenaza occidental, e incluso, a la larga, romper la alianza atlántica separando a los europeos de EE.UU. El medio por excelencia escogido con este fin fue el apoyo a los movimientos de liberación del Tercer Mundo y a los gobiernos del nacionalismo radical (Palestina y mundo árabe, Cuerno de África, Angola y Mozambique, Estados “socialistas” de África). Al recordar a Europa su vulnerabilidad (amenaza potencial a su abastecimiento petrolero, por ejemplo), la incitaba, de ese modo, a separarse de EEUU y a negociar. Sin embargo, el objetivo estratégico no era debilitar a Europa para luego invadirla, sino empujarla a establecer una coexistencia pacífica activa, capaz de apoyar el desarrollo económico de la URSS (un desarrollo, a su vez, desviado a la derecha). De Gaulle fue el único político europeo que comprendió –y aceptó– esta perspectiva: El proyecto estratégico soviético fracasó, y ni las sonrisas de Jrushchov ni el garrote esgrimido por Brezhnev dieron el resultado esperado, como tampoco las renovadas sonrisas de Gorbachov y Yeltsin hicieron renunciar a los europeos a su objetivo, que consiste en debilitar al máximo a la URSS y favorecer su fragmentación.

Desde luego, el apoyo dado por la URSS a los pueblos y gobiernos del Tercer Mundo era, en este marco, limitado. Siempre me resigné a ello, aceptándolo como tal (y calificándolo de positivo), sin nunca suscribir sus legitimaciones teóricas (como la teoría de la “vía no capitalista”, que critiqué en su momento), que eran negativas para el éxito de las fuerzas progresistas del Tercer Mundo. ¡Por supuesto, en este aspecto fui vilipendiado por los

lacayos de la Academia de Moscú (algunos de cuyos nombres están hoy a la cabeza de la lista de las personalidades que se proclaman ¡anticomunistas!) y los incondicionales de la URSS en África, Oriente Próximo, Cuba y Vietnam!

Desde mi punto de vista, las intervenciones de la URSS no expresaban la voluntad agresiva de “exportar la revolución” y de imponer en realidad su dominación, sino más bien una estrategia defensiva en su situación de debilidad relativa, a pesar de la paridad conseguida en materia de disuasión nuclear.

Con todo, estas intervenciones se vieron a veces como la expresión de una fuerza creciente. Aquí se impone un examen del debate referente al “socialimperialismo” (un vocablo forjado por los chinos en 1963). Se trataba de un proyecto de compromiso social entre la burguesía soviética y su pueblo (el “compromiso revisionista”), análogo, después de todo, al compromiso socialdemócrata en Occidente, que habría permitido un expansionismo exterior (análogo a la expansión colonial apoyada por el consenso imperialista en Occidente). No había en ese concepto nada que fuese sorprendente e imposible de imaginar. La verdadera pregunta no era, pues, saber si la burguesía soviética habría deseado o no su puesta en marcha, sino si era capaz de ello. La respuesta a esta pregunta sigue estando abierta, a mi modo de ver.

Hubo ciertamente claras señales de que una parte al menos del poder soviético había pensado en algún momento emprender esta vía. En el transcurso de la década de los sesenta, un verdadero plan de agresión contra China había comenzado a aplicarse, señalándose abiertamente el objetivo de una desmembración de ese país, que había que repartir entre la URSS, Japón y las potencias occidentales (un libro del siniestro Victor Louis es explícito en torno a este tema).

En estas condiciones, no me autocriticaré respecto a lo que escribí entonces, en consonancia con la hipótesis del socialimperialismo. Pero también es verdad que Moscú se echó atrás algunos años más tarde.

No obstante, el régimen de Brezhnev siguió pareciendo fuerte – exteriormente– y la mayor parte de los análisis antisocialistas parecen haberlo juzgado así entonces. Por mi parte, tuve algunas dudas sobre esta fuerza aparente, y me expliqué precisamente por esta razón que hubiese renunciado a su agresividad contra China. Expresé entonces más bien el temor de un posible patinazo de ese régimen (la inútil invasión de Afganistán era prueba

de este tipo de peligro), cuya fuerza se apoyaba cada vez más exclusivamente en el poder militar, mientras que ya no se esforzaba por convencer al mundo de sus convicciones socialistas. Por el contrario, en este aspecto hacía concesiones que, en mi opinión, demostraban sus dificultades económicas y el éxito —muy relativo— de las opciones de derecha que aplicaba para superarlas.

4. Los análisis de unos y otros en el transcurso de las décadas 1970-1990 relativos a los diferentes escenarios posibles de evolución del sistema mundial valen lo que vale este tipo de ejercicio, cuyos límites y peligros he mencionado. Sigue siendo, sin embargo, un ejercicio útil, porque obliga a poner en primer plano lo que muy a menudo permanece implícito en los análisis que no se someten al rigor de esos razonamientos (temerarios) que llevan hasta el fin la lógica de su desarrollo.

No pasaré revista, ni siquiera rápidamente, a los principales debates a los cuales fui invitado durante este período. Algunos están hoy definitivamente superados. Por ejemplo, la idea de un escenario global que afiance a escala mundial las posiciones del “socialimperialismo” soviético, saque provecho de la decadencia estadounidense y proceda a un acercamiento entre su propio “com- promiso revisionista” interno y un compromiso más o menos análogo que apoye una Europa de izquierda, apenas tiene sentido hoy, si algún día lo tuvo, más allá de un juego intelectual. Sin embargo, me pareció interesante un momento y me autocritico sobre este punto, al estar basado el error en una subestimación de las debilidades internas del sistema soviético y en una sobrestimación de la izquierda europea.

En cambio, los debates referentes a los grandes reagrupamientos de alianzas internacionales posibles (eje París-Bonn-Moscú, eje Washington-Tokio-Pekín, etc.) siguen siendo vigentes, como la discusión de los escenarios con los que estos reagrupamientos podrían articularse (adhesión atlantista de Europa, profundización de la divergencia EEUU-Europa, evolución de Europa hacia la izquierda). Los argumentos mantienen su validez aun cuando la evolución de las coyunturas en uno u otro sentido valore o desvalore las probabilidades de los diferentes escenarios considerados. Cuatro series de preguntas que hice siguen siendo centrales, en mi opinión, incluso hoy, después del colapso del sistema soviético:

—¿Puede la incorporación del Este al sistema mundial ser un elemento importante en la salida de la crisis del capitalismo mundial (pues se trata

ciertamente de esta crisis, ¿dado que el “socialismo” ya no existe!)? Pregunta hecha hace más de cinco años, hoy más que nunca de actualidad, aun cuando la respuesta que di (la URSS burguesa controlará su incorporación al sistema mundial) me parece, a corto plazo por lo menos, desmentida por los hechos.

—¿Es viable el proyecto de la reconstitución de un mercado mundial integrado? Pregunta hecha igualmente hace más de cinco años (independientemente de si la URSS —incorporada a este mercado— ocuparía en él un lugar de nuevo centro capitalista o de nueva periferia industrializada) y que sigue siendo de actualidad. Mantengo en este aspecto mi posición de principio, a saber, que se trata de una utopía (ver a este respecto lo que expuse en *L'Empire du chaos*).

—¿Hace el debilitamiento de las luchas sociales, en beneficio inmediato de la rivalidad y del conflicto entre los Estados (existentes y potenciales, estos últimos resultantes de la descomposición de los Estados multinacionales), que el Estado y la nación sean sujetos activos de la historia de la misma manera que lo son las clases? Aquí uno vuelve a toparse con el viejo debate de la década de los sesenta a partir de la tesis china de los “tres mundos”: “los Estados quieren la independencia; las naciones, la liberación; los pueblos, la revolución”. No le doy más vueltas, pero no encuentro que lo que pude expresar sobre este tema entonces resulte hoy desmentido, muy al contrario. Mi tesis sobre el caos recupera en realidad este discurso, para proseguirlo en las condiciones de nuestra época.

—¿Van los cambios que se van concretando hacia la constitución de un bloque euroasiático (Europa-URSS), en el sentido gaullista y del proyecto gorbachoviano de la “casa común”? ¿O el carácter veleidoso de las políticas de Europa, sus contradicciones internas, su adhesión atlantista y el acercamiento Moscú-Washington han alejado esta “pesadilla para EEUU”? Creo que en lo inmediato es este segundo respiro dado a la hegemonía estadounidense, que eclipsa de nuevo a Europa (en beneficio de los “brillantes segundos” de EEUU: Japón y Alemania), lo que va viento en popa. Aquí también remito a *L'Empire du chaos* y a lo que expuse al respecto en *La géopolitique de l'hégémonie américaine*.

El colapso del sistema soviético —aunque previsible desde hacía tiempo— es, sin duda, un acontecimiento primordial de nuestra época. Todos los razonamientos y esquemas referentes al porvenir deben repensarse, desde luego, en las nuevas condiciones creadas por este acontecimiento. Remito al

lector a *L'Empire du chaos* y a *La géopolitique de l'hégémonie américaine*.

¿Significa este colapso el “fin del socialismo y del marxismo” como se complacen en repetir los medios de comunicación dominantes, el “fin de la historia”, el triunfo de un consenso monolítico que preserva la perenidad del espíritu capitalista? Me parece que son pamplinas, aunque, evidentemente, estamos ante el cierre de una época.

La época del Socialismo I, constituido en el siglo XIX, se clausuró en 1914 con la bancarrota de los partidos socialdemócratas de la II Internacional, convertidos abiertamente en cómplices de sus imperialismos nacionales. Con toda razón Lenin declaró en ese momento que este Socialismo I había muerto.

El Socialismo II, que le sucedió, el de la III Internacional y el leninismo, ha muerto a su vez hoy, después de una larga enfermedad. Desde 1963 escribí que el progreso del socialismo exigía una ruptura con el soviétismo tan radical como la que Lenin habrá efectuado en 1914. Es, por lo demás, significativo que hoy el sistema soviético, en su rotunda adhesión al capitalismo, se acerque a las posiciones “anti-Tercer Mundo” (es decir, ¡anti-75% de la humanidad!) dominantes en la cultura occidental.

La muerte del hijo no resucita al padre. Corresponde al nieto proseguir la obra de sus antecesores. ¡Viva pues el venidero Socialismo III!

¿Se perfilan ya las líneas directrices de este Socialismo III por construir?

Creo que sí, y en este terreno me atrevo a exponer las tres conclusiones que saqué en el transcurso de los últimos treinta años de mi doble crítica del sistema soviético y de la mundialización capitalista:

–Reivindicar la dimensión del “hacer otra cosa” en lugar de la prioridad dada al “*alcanzar* cueste lo que cueste”.

–Aceptar que la polarización mundial implica que la “*desconexión*” es inevitable, aunque, evidentemente, sus modalidades deben revisarse constantemente a la luz de las presiones de la evolución general.

–Desarrollar una acción sistemática orientada hacia la reconstrucción de un mundo policéntrico que abra espacios de autonomía para el progreso de los pueblos.

Estas tres condiciones gobiernan un posible y necesario renacimiento de un internacionalismo de los pueblos de todo el planeta capaz de combatir el “internacionalismo del capital”, abriendo de ese modo la perspectiva –aun cuando sea lejana– de un socialismo que sólo puede ser mundial: que esté a la

altura del reto de la mundialización, so pena de degenerar rápidamente y perecer.

Hace unos diez años propuse que se abriese un debate sobre la “transición más allá del capitalismo”, al reflexionar de nuevo sobre la experiencia histórica en su larga duración, liberada de la contraposición escolástica “reforma o revolución”. En este marco sugerí reconocer que había dos formas de transición: una, que implicaba cierta conciencia ideológica capaz de explicitar las exigencias del nuevo proyecto social (esta vía, que denominé revolucionaria –sin excluir que pudiera llevarse a cabo mediante una sucesión de reformas progresivas y coherentes– fue la del paso al capitalismo), y la otra, que no implicaba ninguna conciencia ideológica, abriéndose paso entonces por sí mismas las presiones objetivas (denominé esta vía “decadencia”, porque implica efectivamente la descomposición anárquica del antiguo sistema, y encontré un ejemplo de ello en el paso al feudalismo europeo).

El mundo moderno afronta una situación análoga: así como la centralización tributaria del imperio romano se había convertido en un obstáculo para el progreso de los pueblos bárbaros y este progreso exigía la fragmentación de esta centralización, que dio lugar al feudalismo, y a base de la cual se reconstruyó mucho más tarde una nueva centralización del excedente, que dio paso al capitalismo, del mismo modo hoy la centralización del excedente por el capitalismo a escala mundial se ha convertido en un obstáculo para el progreso de las tres cuartas partes de la humanidad. La reconstrucción de un sistema mundial unificado que supere la polarización capitalista pasa entonces por la descomposición del sistema de centralización capitalista del excedente (la “desconexión”).

¿Dominará la humanidad esta transición (aunque fuese, en el mejor de los casos, relativamente)? No podrá hacerlo sino a través del surgimiento de un movimiento por el Socialismo III, a nivel mundial y consecuente. En su defecto, las presiones objetivas se abrirán paso a través de una larga decadencia de la sociedad, con la violencia estallando en conflictos insensatos, es decir, con la barbarie. En una época como la nuestra, cuando la potencia de los armamentos puede destruir todo el planeta, cuando los medios de comunicación pueden domesticar las multitudes con una eficacia espantosa, cuando el egoísmo a corto plazo –el individualismo antihumanista–, erigido en valor fundamental, pone en peligro la

supervivencia de la Tierra ante la catástrofe ecológica, la barbarie amenaza con ser fatal.

Más que nunca, la opción no es capitalismo o socialismo, sino socialismo o barbarie.

[1.](#) *Compradorización*: alianza de las burguesías locales con el capital foráneo para la explotación de un país en detrimento de la población general.

CAPÍTULO CUATRO

Las respuestas de Lenin y Stalin al desafío del siglo

Los revolucionarios comunistas ante desafíos de la realidad

Lenin, Bujarin, Stalin, Trotski en Rusia; Mao, Zhou Enlai, Deng Xiaoping en China, modelaron la historia de esas dos grandes revoluciones del siglo XX. En este capítulo me limito a examinar las experiencias de Rusia y de China, sin ignorar las de las otras revoluciones socialistas del siglo XX (Corea del Norte, Vietnam, Cuba), que inspirarían reflexiones análogas.

Líderes de partidos comunistas revolucionarios, responsables después del Estado, que enfrentaban los problemas de la revolución triunfante en los países del capitalismo periférico, se vieron obligados a «revisar» (empleo deliberadamente este término, considerado como sacrílego por muchos) las tesis heredadas del marxismo histórico de la Segunda Internacional. Lenin y Bujarin, yendo más lejos que los análisis de Hobson y de Hilferding acerca del capitalismo de los monopolios y el imperialismo, sacaron de ello la conclusión política más importante: la guerra imperialista de 1914-1918 (prevista solo por ellos o casi) hacía necesaria y posible una revolución conducida por el proletariado. Bujarin lo escribe en 1915 (*L'impérialisme et l'accumulation du capital*) y Lenin en 1916 (*El imperialismo, fase superior del capitalismo*).

Con la ventaja que da el poder retroceder en el tiempo, yo señalaré aquí los límites de sus análisis: Lenin y Bujarin consideran al imperialismo como etapa nueva («suprema») asociada al paso hacia el capitalismo de los monopolios. Yo he cuestionado esta tesis y considerado que el capitalismo histórico ha sido siempre imperialista, en el sentido de generar una polarización entre sus centros y sus periferias desde su origen (el siglo XVI), profundizada durante todo su despliegue mundializado ulterior. El sistema del siglo XIX pre-monopolista no era menos imperialista, y Gran Bretaña mantenía su hegemonía precisamente debido a su dominación colonial de la India. Lenin y Bujarin pensaban que la revolución, iniciada en Rusia («el eslabón débil») debía continuarse en los centros (particularmente en

Alemania). La esperanza que ambos compartían se basaba en una subestimación de los efectos de la polarización imperialista, que aniquila la perspectiva revolucionaria en los centros.

No obstante, Lenin, y más aún Bujarin, aprenden con rapidez la lección que les impone la historia. La revolución, hecha en nombre del socialismo (y del comunismo), es de hecho otra cosa: en gran medida una revolución campesina. ¿Qué hacer entonces? ¿Cómo asociar al campesinado a la construcción del socialismo? ¿Haciendo concesiones al mercado y respetando la nueva propiedad campesina adquirida, avanzando entonces lentamente hacia el socialismo? La NEP aplicará esta estrategia.

Sí... pero, en efecto, Lenin, Bujarin y Stalin comprenden también que las potencias imperialistas no aceptarán nunca ni la Revolución, y ni siquiera tampoco la NEP. Porque la Rusia soviética, aunque lejos de poder construir el socialismo, se libera del yugo que el imperialismo busca imponer a todas las periferias del sistema mundial que domina; la Rusia soviética se desconecta, se desvincula. Después de las calientes guerras de intervención, la guerra fría será permanente, de 1920 a 1990. El Occidente imperialista, al igual que los nazis, no tolera la existencia misma de la Unión Soviética. Por su parte, Lenin y después Stalin, tratan por todos los medios de hacerles entender que ellos no buscan «exportar» su revolución; ellos buscan la coexistencia pacífica por todos los medios diplomáticos a su alcance. En el período de entreguerras, Stalin había buscado desesperadamente la alianza de las democracias occidentales contra el nazismo. Las potencias occidentales no responden a esa invitación y, por el contrario, tratan de llevar a la Alemania hitleriana a hacerle la guerra a la Unión Soviética. El triste acuerdo de Múnich en 1937, seguido del rechazo de la mano que Stalin les tiende en 1939, son pruebas de ello. Stalin logrará, de forma muy ventajosa, hacer fracasar la estrategia de las potencias «democráticas» mediante el acuerdo de última hora con Alemania inmediatamente después de la invasión de Polonia. Más tarde, con la entrada de los Estados Unidos en la guerra, Stalin renovará sus intentos de basar la posguerra en una alianza duradera con Washington y Londres. Él jamás renunciaría a ello. Pero también en este aspecto la política de coexistencia y de paz buscada por la Unión Soviética será frustrada por la decisión unilateral de Washington y de Londres de poner fin a la alianza de guerra tomando la iniciativa de la guerra fría, inmediatamente después de Potsdam, cuando los Estados Unidos cuentan con el monopolio de las armas

nucleares. Los Estados Unidos y sus aliados subalternos de la OTAN buscan sistemáticamente una política de «roll back», sin interrumpir sus esfuerzos de 1946 a 1990 y después de esta fecha. La OTAN, presentada ante las opiniones ingenuas como un instrumento defensivo contra las ambiciones agresivas atribuidas a Moscú, reveló su verdadera naturaleza con la anexión de la Europa oriental y las nuevas misiones que esta organización agresiva se ha fijado en el Medio Oriente, en el Mediterráneo, en el Cáucaso, en el Asia central y posteriormente en Ucrania. (Véase: Geoffrey Roberts, *Les guerres de Stalin*; prefacio importante d'Annie Lacroix Riz).

¿Qué hacer entonces? ¿Tratar de imponer la coexistencia pacífica haciendo si fuese necesario algunas concesiones, absteniéndose de intervenir de forma demasiado activa en el escenario internacional? Pero al mismo tiempo, es preciso armarse para enfrentar nuevas agresiones, difíciles de evitar. Y ello implica acelerar la industrialización que, a su vez, entra en conflicto con los intereses del campesinado y amenaza, por ende, con romper la alianza obrero-campesina sobre cuya base funciona el Estado salido de la revolución.

Desde 1947, la potencia imperialista dominante en esa época, los Estados Unidos, proclamaba el reparto del mundo en dos esferas, la del «mundo libre» y la del «totalitarismo comunista». La realidad que representaba el Tercer Mundo era tremendamente ignorada, considerándosele privilegiado por pertenecer al «mundo libre» por ser «no comunista» y la «libertad» considerada solo como la del despliegue del capital, sin tener en cuenta la realidad de la opresión colonial o semicolonial. Al año siguiente, Jdanov en su famoso informe (de hecho, Stalin), que estuvo en los inicios de la creación del Kominform (forma atenuada de renacimiento de la Tercera Internacional), repartía también el mundo en dos esferas, la esfera socialista (la URSS y la Europa oriental) y la esfera capitalista (el resto del mundo). El informe omitía las contradicciones que, en el seno de la esfera capitalista, oponen los centros imperialistas a los pueblos y naciones de periferias enfrascadas en las luchas por su liberación.

La doctrina Jdanov perseguía un objetivo prioritario: imponer la coexistencia pacífica y, de ese modo, calmar los ardores agresivos de los Estados Unidos y de sus aliados subalternos europeos y japonés. En contrapartida, la Unión Soviética aceptaría adoptar un perfil bajo, absteniéndose de intervenir en los asuntos coloniales que las potencias imperialistas concebían como sus asuntos internos. Los movimientos de

liberación, incluida la revolución china, no fueron apoyados con entusiasmo en esa época, y se impusieron por sí mismos. Pero sus victorias (en particular, obviamente la de China) aportaba cambios en la correlación internacional de fuerzas. Moscú solo tomó esa medida después de Bandung, lo cual le permitió, mediante su apoyo a los países en conflicto con el imperialismo, salir de su aislamiento y convertirse en un protagonista importante en los asuntos mundiales.

El informe Jdanov fue aceptado sin reservas por los partidos comunistas europeos y por los de la América Latina de esa época. Por el contrario, casi de inmediato chocó con la resistencia de los partidos comunistas de Asia y del Medio Oriente. Resistencias disimuladas en el lenguaje de la época, afirmando siempre «la unidad del campo socialista» alineado detrás de la URSS, pero que abiertamente irían a tomar cuerpo a medida que se desarrollaban las luchas por la reconquista de la independencia, sobre todo después de la victoria de la revolución china (1949).

Yo puedo, sin embargo, aportar un testimonio personal acerca de esta historia, habiendo tenido la feliz oportunidad de participar desde 1950 en uno de los grupos de reflexión involucrados que reunían a comunistas egipcios, irakíes, iraníes y algunos otros. La información concerniente al debate chino, inspirado por Zhou Enlai, solo fue puesta en conocimiento nuestro mucho más tarde, en 1963, por el camarada Wang Hué (enlace con el comité de redacción del cual yo participaba en la revista *Révolution*). Ya habíamos escuchado ecos del debate indio y de la ruptura que ello había provocado, afirmada más tarde por la construcción del CPM. Sabíamos que los debates en el seno del PC indonesio y en el de Filipinas se desarrollaban siguiendo líneas paralelas.

Esta historia hará comprender que Bandung no salió directamente de la cabeza de los dirigentes nacionalistas (Nehru y Sukarno en particular, y mucho menos de Nasser) como lo dan a entender los escritos contemporáneos, sino que fue el fruto de una crítica radical de izquierda, realizada en esa época en el seno de partidos comunistas. La conclusión común de esos grupos de reflexión se resumía en una frase: a escala mundial, el combate contra el imperialismo reúne fuerzas sociales y políticas cuyas victorias son decisivas para iniciar los avances socialistas posibles en el mundo actual.

Esta conclusión dejaba abierta la pregunta central: ¿quién «dirigirá» estas

batallas antiimperialistas? Para simplificar: ¿la burguesía (llamada entonces nacional) que los comunistas deberían por tanto apoyar, o un frente de las clases populares «dirigido» por los comunistas y no por las burguesías (en realidad antinacionales)? La respuesta a esta pregunta sigue siendo fluctuante, a veces confusa. En 1945 los partidos comunistas involucrados se habían alineado en torno a la conclusión que Stalin había formulado: las burguesías, en todas partes del mundo (en Europa alineada con los Estados Unidos, así como en los países coloniales y semicoloniales –términos de la época), «arrojaron a la basura la bandera nacional» (palabras de Stalin); los comunistas son, por ende, los únicos que pueden agrupar un frente unido de las fuerzas que se niegan a someterse al orden norteamericano imperialista/capitalista. La conclusión coincidía con la de Mao, formulada en 1941, pero conocida (por nosotros) más tarde solo cuando la «*Nueva Democracia*» fue traducida a los idiomas occidentales en 1952. La tesis sostenía que para la mayoría de los pueblos del planeta, la larga ruta hacia el socialismo solo puede abrirse por conducto de una «revolución democrática nacional, popular, antifeudal y antiimperialista (términos de la época) dirigida por los comunistas». Y de manera velada, entre líneas, se leía: otros avances socialistas no están en el orden del día en otras partes, es decir, en los centros imperialistas. Estos solo podrán perfilarse aquí como posibles cuando los pueblos de las periferias hayan infligido derrotas consecuentes al imperialismo.

El triunfo de la revolución china alentaba esta conclusión. Los partidos comunistas del Sudeste Asiático daban inicio en Tailandia, en Malasia y en Filipinas en particular, a guerras de liberación inspiradas en el modelo vietnamita. Más tarde, en 1964, Che Guevara propondrá, en la misma línea de pensamiento, «uno, dos, tres Vietnam». Las propuestas de vanguardia en las iniciativas de los «países de Asia y de África» independientes y antiimperialistas formuladas por los correspondientes grupos de reflexión comunistas fueron precoces y precisas. Se les reencontrará en el programa de Bandung y del No Alineamiento. Esas propuestas se centraban en la reconquista necesaria del control de los procesos de acumulación (el desarrollo autocentrado y separado). Así, ocurre que esas proposiciones son adoptadas, aunque al precio de atenuaciones considerables en algunos países, a partir de 1955-1960, por el conjunto de las clases dirigentes en el poder en los dos continentes. Y he aquí que, al mismo tiempo, las luchas

revolucionarias dirigidas por los partidos comunistas en el Sudeste Asiático son todas ellas derrotadas (excepto en Vietnam, por supuesto). ¿Entonces qué? La conclusión que parecía deber imponerse: la «burguesía nacional» no ha agotado aún su capacidad de combate antiimperialista. A esta propia conclusión llegó la Unión Soviética al decidir apoyar el frente de los No Alineados, mientras que la tríada imperialista les declaraba la guerra abierta.

Los comunistas de los países involucrados se dividieron entonces entre dos tendencias y se enfrentaron en conflictos penosos y a menudo confusos. Unos sacaban la conclusión de que era necesario «apoyar» a los poderes establecidos en conflicto con el imperialismo, aunque ese apoyo tuviese que permanecer «crítico». Moscú planteaba sus argumentos inventando la tesis de la «vía no capitalista». Los otros conservaban lo esencial de la tesis maoísta según la cual el frente de las clases populares independientes de la burguesía podía llevar a cabo el combate contra el imperialismo. El conflicto entre el PC chino y la Unión Soviética, visible desde 1957, proclamado a partir de 1960, reforzaba, desde luego, esta segunda tendencia en el seno de los comunistas asiáticos y africanos.

Pero ocurre que, a su vez, el potencial de Bandung se agota en unos quince años, recordando si era necesario los límites de los programas antiimperialistas de las «burguesías nacionales». Las condiciones estaban ya creadas para permitir la contraofensiva del imperialismo, la *re-compradorización* de las economías del Sur. No obstante, como para desmentir ese retorno impuesto por los hechos a la tesis de la impotencia definitiva y absoluta de las burguesías nacionales —habiendo sido Bandung en este enfoque solo un «paréntesis pasajero» enrolado en la guerra fría— ocurre que algunos países del Sur logran, en el marco de esta nueva mundialización dominada por el imperialismo, imponerse como «emergentes». Pero «emergentes» en qué sentido: ¿en el de los mercados emergentes abiertos a la expansión del capital de los oligopolios de la tríada imperialista, o en el de las naciones emergentes capaces de imponer una revisión seria de los términos de la mundialización, de reducir el poder que ejercen los oligopolios y de recentrar la acumulación sobre sus propios desarrollos nacionales? La interrogante del contenido social de los poderes establecidos en los países emergentes (y en los demás países de la periferia), de las perspectivas que ello abre o cierra, está, pues, de nuevo en el orden día del debate insoslayable sobre qué será —o podría ser— el mundo «después de la crisis».

¿Podrá ser mejor en el momento actual, cuando se abre un «segundo despertar del Sur»? Y sobre todo, ¿será posible esta vez edificar convergencias entre las luchas en el Norte y en el Sur? Porque estas cruelmente faltaron en la época de Bandung. Los pueblos de los centros imperialistas en ese entonces finalmente permanecieron alineados tras sus clases dirigentes imperialistas. El proyecto socialdemócrata de la época era en sí mismo difícil de imaginar sin la renta imperialista con que se beneficiaban las sociedades opulentas del Norte. Bandung y el No Alineamiento, en esas condiciones, quizás solo se vieron como un episodio de la guerra fría, incluso «manipulado» por Moscú. La dimensión real de esta historia de la primera oleada de emancipación de los países de Asia y de África que había logrado convencer a Moscú de brindarle su apoyo, se esfumaba. El período no es el de la «bipolaridad» y de la guerra fría, sino el de un mundo multipolar (Occidente, el Este soviético, China, el Sur) que obligaba al imperialismo a recular.

Se comprenden entonces los rodeos de Lenin, Bujarin y Stalin ante el doble desafío de la cuestión agraria y de la agresividad de las potencias occidentales. En términos teóricos se oscila de un extremo al otro: unas veces se adopta una actitud determinista inspirada en el enfoque por etapas del marxismo heredado (primero, la etapa de la revolución democrática burguesa, después la del socialismo), y otras veces se cede ante el voluntarismo (la acción política permite saltar etapas). Finalmente, a partir de 1930/1933 (y en relación con el aumento del fascismo), Stalin impone la opción de la industrialización y del armamento acelerados. La colectivización es el precio de ello. También aquí evitemos juzgar con demasiada rapidez: todos los socialistas de la época (y todavía más los capitalistas) comparten los análisis de Kautsky sobre este punto y están convencidos de que el futuro pertenece a la gran explotación agrícola (aquí hago alusión a las tesis de Kautsky, *La question agraire*; primera edición 1899). La idea de que la explotación familiar modernizada es más eficaz que la gran explotación deberá esperar mucho tiempo antes de ser admitida. Los agrónomos (en particular los de la escuela francesa) comprendieron antes que los economistas que la división extrema del trabajo del modelo industrial no era conveniente en la agricultura; el agricultor se enfrenta a las exigencias de tareas polivalentes difíciles de prever.

La ruptura de la alianza obrero-campesina como resultado de la opción de

la colectivización está en los orígenes del abandono de la democracia revolucionaria y del desvío autocrático.

¿Trotski lo hubiese hecho mejor? Estoy seguro de que no. Su actitud ante la revuelta de los marinos de Kronstad y sus rodeos ulteriores demuestran que él no es distinto de los otros dirigentes del bolchevismo en el poder. Pero desde 1927, exiliado, sin tener ya responsabilidad ninguna en la navegación del buque soviético, puede complacerse con repetir sin descanso los sagrados principios del socialismo. Se vuelve igual a muchos marxistas académicos que pueden darse el lujo de afirmar su adhesión a los principios sin preocuparse por ser eficaces en la transformación de la realidad. Hay notables excepciones de intelectuales marxistas que, sin haber ejercido responsabilidades en la dirección de partidos revolucionarios, y mucho menos del Estado, no han dejado de prestar atención a los desafíos que han enfrentado los socialismos de Estado (aquí citaré a Baran, Sweezy y Hobsbawn, entre otros).

Los comunistas chinos aparecen más tarde en el panorama revolucionario. Mao sabe aprender entonces la lección del andar con rodeos de los bolcheviques. China se enfrenta a los mismos problemas que la Rusia soviética: revolución en un país atrasado, necesidad de vincular al campesinado a la transformación revolucionaria, hostilidad de las potencias imperialistas. Pero Mao puede ver ya con más claridad que Lenin, Bujarin y Stalin. Sí, la revolución china es antiimperialista y campesina (anti-feudal). Pero no es demócrata burguesa, es demócrata popular. La diferencia es considerable, exige una larga perspectiva de mantenimiento de la alianza obrero-campesina. Ello permitirá a China no cometer el error fatal de la colectivización forzosa, e inventar otra vía que asocie la propiedad estatal sobre todo el suelo agrario, el acceso igual de los campesinos a la utilización de la tierra y la explotación familiar renovada. Mao da una respuesta nueva a la cuestión agraria, basada en la pequeña explotación familiar renovada sin pequeña propiedad, reduciendo la presión migratoria hacia las ciudades, permitiendo vincular el objetivo estratégico de la soberanía alimentaria con la construcción de un sistema industrial nacional completo y moderno. En lo referente al tratamiento de la cuestión agraria por el maoísmo, remito a mis análisis en mi artículo «China 2013» (*La Pensée*, 2013). La fórmula es sin duda la única respuesta posible a la cuestión agraria para todos los países del Sur contemporáneo, incluso cuando solo en China y en Vietnam se hayan

reunido las condiciones políticas que permiten su aplicación.

Las dos grandes revoluciones han tenido dificultades para estabilizarse, ya que se han visto obligadas a conciliar la perspectiva socialista y las concesiones al capitalismo. ¿Cuál de estas dos tendencias prevalecerá? Estas revoluciones, por consiguiente, solo van a estabilizarse a partir de su «termidor », para retomar el término utilizado por Trotski. Pero ¿a cuándo remite entonces el mencionado termidor en Rusia, a 1930 (como declara Trotski)? ¿O a la NEP de los años 1920? ¿O a la glaciación de Brezhnev? Y en cuanto a China, ¿Mao opta por el termidor desde 1950? ¿O habrá que esperar a Deng Xiaoping para hablar del termidor de 1980?

El retomar las lecciones de la Revolución francesa no constituye un hecho fortuito. Las tres grandes revoluciones de los tiempos modernos (la francesa, la rusa, la china) son grandes precisamente porque se proyectan mucho antes de las exigencias inmediatas del momento. La revolución francesa se afirma con la convención montañera de Robespierre, una revolución tan popular como burguesa, del mismo modo que las revoluciones rusa y china ambicionan llegar al comunismo, incluso cuando este no se encuentra en el orden del día de las exigencias: no ser derrotado, preservar la perspectiva de ir más lejos más tarde. Termidor no es la Restauración. Esta se impone en Francia, no con Napoléon, sino solo a partir de 1815. Debe saberse también que la restauración no puede borrar integralmente la transformación gigantesca de la sociedad realizada por la revolución. En Rusia la restauración es aún más tardía: será la obra de Gorbachov y de Yeltsin. Y también aquí esta restauración sigue siendo frágil, como lo demuestran los desafíos a los que Putin se ha venido enfrentando. En China no hay (¡o todavía no hay!) Restauración. Eric Hobsbawn, (*Aux armes historiens*, 2013), Florence Gauthier y varios otros historiadores de la revolución francesa no equiparan Termidor y Restauración, como sugiere la simplificación trotskista.

CAPÍTULO CINCO

¿La salida del túnel?

En las páginas anteriores propuse mi enfoque del lugar que el espacio eurasiático (desde Polonia a China) había ocupado en las etapas sucesivas de la formación del sistema mundial y, en ese marco, definí los retos que el Imperio ruso y después la URSS habían intentado aceptar. Aquí me propongo analizar los desafíos a los cuales se ha venido enfrentando la Rusia post-soviética. Las transformaciones sufridas por Rusia durante los últimos quince años, por muy gigantescas que puedan parecer, no tienen el carácter de una «revolución» (o de una «contrarrevolución»), sino que traducen la aceleración de las profundas tendencias que operaban ya desde los años 1930 en el propio sistema soviético.

En este tema, no me limito a constatar que la sociedad soviética no era (o ya no era) «socialista», como habían querido los promotores de la revolución de 1917, sino que constituía una forma particular de capitalismo (que yo he resumido en la fórmula «un capitalismo sin capitalistas») llamada a convertirse en un capitalismo «normal» (es decir, con capitalistas), lo cual es en verdad el proyecto de la nueva clase dirigente (ella misma, además, salida de la anterior), incluso si, como se verá, la realidad del sistema que ha establecido está lejos de responder al proyecto de que se trata. Yo iré más lejos y propondré un examen de las características del sistema soviético (como sistema social, sistema de poder y modo de integración al sistema mundial), y después de la persistencia parcial de estas bajo formas deterioradas en la nueva Rusia.

Las características fundamentales del decadente sistema soviético

Para hacer el siguiente análisis, he tomado los rasgos sobresalientes que en mi criterio permitían captar lo esencial de lo que llegó a ser el sistema soviético en su última fase, la del brezhnevismo. La revolución de 1917 fue una gran revolución en la historia de la humanidad, portadora de ricas promesas, necesarias y generosas, y el objeto de este capítulo no es recontar

su historia para hacer de ello un proceso liquidacionista como resulta elegante hacer hoy, y mucho menos dar a entender que los rasgos sobresalientes que se destacan aquí ya estaban contenidos en la revolución, o en el leninismo, o incluso en el stalinismo. La opción de esta caracterización solo aspira a esclarecer la naturaleza del desvío en curso y de los retos que ello representa en adelante para la supervivencia de los pueblos de la ex Unión Soviética.

Yo defino el sistema soviético por medio de cinco características fundamentales: el corporativismo, el poder autocrático, la estabilización social, la desconexión con respecto al sistema capitalista mundial y su inserción en este como superpotencia. El concepto de «régimen totalitario», vulgarizado por el discurso ideológico dominante, se muestra aquí, como en otras partes, soso y vacío, incapaz de analizar la realidad de la sociedad soviética, de sus modos de gestión, así como las contradicciones que han regido su evolución y la transformación que experimenta en la actualidad.

Uno: un régimen corporativista

Entiendo que la clase obrera (considerada como convertida en «dirigente») había perdido su conciencia política unificadora, tanto por voluntad de las políticas aplicadas por el poder como por las condiciones objetivas del exagerado aumento de sus efectivos provocado por la industrialización acelerada. Los trabajadores de cada empresa –o grupo de empresas reunidas en un combinado– constituían con sus cuadros y sus directores un «bloque» social/económico, y defendían juntos su lugar en el sistema. Esos «bloques» se enfrentaban unos con otros a todos los niveles: en las «negociaciones» («regateo») entre los ministerios y los departamentos del Gosplan, y en las relaciones cotidianas con las empresas de otros combinados con partes del suyo. Los sindicatos, reducidos a la gestión del trabajo (condiciones del empleo y del trabajo) y a los beneficios sociales de los trabajadores involucrados, encontraban su lugar natural en ese sistema corporativista.

Dicho corporativismo cumplía funciones decisivas en la reproducción y la expansión del sistema en su conjunto. Constituía un doble sustituto: (i) del principio de la «rentabilidad» que en última instancia rige las decisiones sobre las inversiones en el capitalismo; y (ii) del mercado que, en el capitalismo, define siempre las normas según las cuales se determinan los precios. El corporativismo constituía la realidad que «la planificación» ocultaba por sus pretensiones de hacer prevalecer una «racionalidad llamada científica» de la gestión macroeconómica del sistema productivo.

El corporativismo implicaba la acentuación de las dimensiones regionalistas en las negociaciones/regateo de los bloques en competencia. Ese regionalismo no tenía como fundamento principal la diversidad «nacional» (como lo había en la Yugoslavia federal titista). Las relaciones entre Rusia – nación preponderante numérica e históricamente– y las demás naciones tenían la índole de las relaciones «coloniales». Prueba de ello son los flujos de redistribución de las inversiones y de los beneficios sociales que operaban en detrimento de los «rusos», y a favor de las regiones periféricas. En ese plano, yo he rechazado las tonterías que equiparan a la URSS con un sistema «imperial», la Rusia que domina a sus «colonias internas», a pesar del sentimiento de «preponderancia» de la nación rusa (incluso de la arrogancia de algunas de sus expresiones). ¡Los bálticos quizás aprendan que ellos han trocado las posiciones ventajosas que gozaban en la URSS a cambio de la posición de dominados en la Unión Europea! ¡Los habitantes del Cáucaso y los pueblos del Asia central verán que serán tratados por los occidentales de forma brutal como colonias, habiendo perdido los poderes de negociación que tenían en la URSS! Los mencionados regionalismos eran de hecho los de las pequeñas regiones (en el seno de las repúblicas a las cuales pertenecían), que tenían intereses comunes que defender en el sistema global que garantizaba su independencia, de hecho cada vez más desigual de lo que pretendía el discurso racionalizante del Gosplan.

Dos: un poder autocrático

La selección del término no intenta debilitar la crítica del sistema. Podrá constatarse sin dificultad «la ausencia de democracia», ya sea en el modelo representativo (siendo aquí las elecciones nada más que ceremonias sin sorpresa) o ya sea en el modelo participativo, más avanzado por naturaleza, como lo habían imaginado los revolucionarios de 1917, los sindicatos y todas las formas posibles de organizaciones sociales que han sido totalmente sometidas, domadas, prohibiéndoseles así su participación efectiva en la toma de decisiones en todos los niveles.

Pero esta constatación no otorga ninguna cualidad explicativa al seudo concepto de «totalitarismo». El poder autocrático era disputado en el seno de la clase dirigente –los representantes de los bloques corporativistas. La fachada de autocracia enmascaraba la realidad: un poder basado en la resolución «pacífica» de los conflictos corporativistas, que sabe tratar con delicadeza a unos y a otros.

También aquí la gestión autocrática de los referidos conflictos revestía necesariamente dimensiones regionales. La lógica del sistema implicaba una pirámide de poderes empotrados entre sí, que iban desde la gestión (siempre autocrática) de los intereses locales hasta los intereses de la Unión, pasando por las Repúblicas. Esta dimensión regional, a veces pero no necesariamente «étnica», facilitó la fragmentación de la Unión y las amenazas de fragmentación de las Repúblicas (Rusia en primer lugar) que constituyen hoy un desafío peligroso para los poderes centrales.

Tres: un orden social estabilizado

No pretendo pasar por alto las violencias extremas que han acompañado la construcción del sistema soviético, y que han sido de diverso tipo.

Al inicio de la revolución, el principal conflicto oponía los defensores del proyecto socialista a los «realistas» que, en la práctica, por no decir en su retórica, daban prioridad absoluta a la «recuperación» por medio de la industrialización–modernización acelerada. Este conflicto era el producto inevitable de la contradicción objetiva a la cual se enfrentaba la revolución: le era necesario a la vez «recuperarse» (o por lo menos reducir el atraso), ya que la revolución heredaba un país «atrasado» (no me gusta el término, prefiero en su lugar el de «capitalismo periférico») y, simultáneamente, construir «otra cosa» (el socialismo). He insistido ya en esta contradicción, que he situado en el meollo de la problemática de la superación del capitalismo a escala mundial (la «larga transición del capitalismo al socialismo mundial»), y no volveré sobre ello aquí. Las víctimas de esa primera causa importante de recurso a la violencia han sido los militantes comunistas.

Un segundo tipo de violencias acompañó la industrialización acelerada. Estas, en algunos aspectos, son comparables a las que acompañaron en Occidente a la construcción del capitalismo, la migración masiva de los campos hacia las ciudades, la proletarización miserable (la superocupación de las viviendas, etc.). El hecho es que la URSS, sin embargo, procedió a esta construcción en un tiempo récord –varias décadas–, en comparación con el siglo entero con que contaron los países del capitalismo central. Estos, por añadidura, contaban con las ventajas de sus posiciones imperialistas dominantes y con la posibilidad de dejar que «el excedente» de su población emigrara hacia las Américas. La violencia de la acumulación primitiva en la URSS no parece ser, en esas condiciones, más trágica de lo que fue en otras partes. Todo lo contrario, sin duda. Porque en la URSS la industrialización

acelerada brindó a los niños de las clases populares el beneficio de una movilidad social gigantesca, desconocida en los sistemas de los países del capitalismo central dominados por la burguesía. Es esta «especificidad», herencia a pesar de todo de las intenciones socialistas de origen, lo que incorporó al sistema –aunque autocrático– a la mayoría de las clases obreras e incluso del campesinado «colectivizado».

Añadamos que no deben olvidarse las violencias ejercidas por el sistema capitalista mundial dominante: las intervenciones militares –siendo la agresión nazi su forma más salvaje–, y el bloqueo económico.

El sistema soviético, por muy contradictorio que haya sido, logró, pues, construir un orden social que podía estabilizarse, y de hecho se estabilizó en su período post stalinista. La paz social fue «comprada» por la moderación del ejercicio del poder –siempre autocrático, empero–, por el mejoramiento de las condiciones materiales y por su tolerancia con respecto a los desvíos «ilegales».

Es indudable que una estabilidad de este tipo no está llamada a ser «eterna». Pero ningún sistema cuenta con una ventaja de esta naturaleza, a pesar de las pretensiones de los discursos ideológicos (ya se trate del discurso del «socialismo» o del «liberalismo» capitalista). La estabilidad soviética ocultaba las contradicciones y las limitaciones del sistema que manifiesta su dificultad para pasar de formas extensivas de la acumulación a formas intensivas de esta, así como su dificultad para salir de la autocracia y permitir la democratización de su gestión política. Pero esta contradicción hubiese podido solucionarse en una «evolución» hacia lo que yo he calificado de «centro-izquierda»: la apertura de espacios mercantiles (sin cuestionar las formas dominantes de la propiedad colectiva) y la democratización. Esa era quizás la intención de Gorbachov, y fue el fracaso de su intento –ingenuo e incoherente en muchos aspectos– lo que hizo caer el régimen «a la derecha» a partir de 1990.

Cuatro: la desconexión del sistema soviético

El sistema productivo soviético estaba, de hecho, desvinculado en gran medida del sistema capitalista mundial dominante. Con ello me refiero a que las lógicas que regían las decisiones económicas del poder (inversiones y precios) no procedían de las exigencias de una adhesión «abierta» a la mundialización. Es gracias a esta desconexión que el sistema logró avanzar a los ritmos acelerados que sabemos.

Ese sistema, empero, no era «integralmente» independiente del «resto del mundo» (capitalista). Ningún sistema puede serlo y la desconexión, en mi definición del concepto, no es sinónimo «de autarquía». En su inserción en el sistema mundial, la URSS ocupa una posición de «periferia», principalmente exportadora de materias primas.

Cinco: una superpotencia militar y política

La URSS, gracias a los éxitos –y no a los fracasos– de su construcción, había logrado elevarse al rango de superpotencia militar. Fue su ejército el que derrotó a los nazis y después, tras la guerra, logró en un tiempo récord poner fin al monopolio nuclear y balístico de los Estados Unidos. Esos éxitos están en el origen de su presencia política en el escenario de la posguerra. El poder soviético, por añadidura, contaba con el prestigio de su victoria sobre el nazismo y con el del «socialismo» que pretendía encarnar, cualesquiera que hayan sido las ilusiones referentes a la realidad de ese «socialismo» (calificado a veces de «realmente existente»). Supo hacer de ello una utilización «moderada», en el sentido de que, contrariamente a las afirmaciones de la propaganda antisoviética, ese poder soviético no se proponía ni «exportar la revolución», ni «conquistar» la Europa occidental (el falso motivo invocado por Washington y por las burguesías europeas para hacer aceptar la OTAN). No obstante, aplicó su poderío político (y militar) para obligar al imperialismo dominante a recular en el Tercer Mundo, abriendo a las clases dominantes (y a los pueblos) de Asia y de África un margen de autonomía que perdieron con la caída de la URSS. No es un hecho fortuito que la ofensiva hegemónica militarizada de los Estados Unidos se haya desplegado con la violencia que sabemos a partir de 1990. La presencia soviética impuso –de 1945 a 1990– una organización «multipolar» del mundo.

Las nuevas formas del capitalismo en Rusia

Yo utilizo deliberadamente la expresión que aparece en el título de esta sección para evitar así emplear la de «neoliberalismo». Esta última formulación, que empleo como lo hace todo el mundo porque el discurso dominante lo impone, debería de hecho excluirse de toda reflexión seria, pues ello no es más que una retórica ideológica (de mala calidad). El

«neoliberalismo extremo» supone, más explícitamente, un retorno al «liberalismo moderado» desde el momento en que el fracaso del extremismo en este campo es reconocido tanto en Occidente como en el Este. Ahora bien, el «liberalismo» es al «capitalismo realmente existente» lo que el discurso del «socialismo» era para el «socialismo realmente existente»: un instrumento ideológico destinado a eliminar el examen de las cuestiones que realmente importan. El «liberalismo», pues, promete a la vez: «la eficacia» (sin definir sus términos), la «democracia», «la paz», ¡e incluso la justicia social! La puesta en práctica de las políticas aplicadas en su nombre produce otra cosa, casi lo contrario: el estancamiento (para algunos incluso el retroceso), la degradación de la democracia (o incluso el reforzamiento de las autocracias), la guerra permanente, una desigualdad cada vez mayor. Pero eso poco importa, se invita entonces a «esperar»...

El derrumbe del sistema soviético, reforzado por el de los populismos del Tercer Mundo y la erosión del compromiso socialdemócrata en Occidente, permitieron el triunfo de la ideología llamada liberal y de amplias adhesiones a su discurso. En Rusia, al igual que en otras partes. Yo he señalado además la ilusión alimentada según la cual, como Alemania y Japón habían «perdido la guerra, pero ganado la paz», Rusia, gracias al liberalismo, iría a emprender a la vez un desarrollo modernizador acelerado (por fin) eficaz y también la democracia. Se olvidaba –o se fingía olvidar– que el objetivo de Washington no es permitir el renacimiento de una Rusia fuerte (tampoco de una China fuerte), aunque capitalista, sino destruirla.

¿El resultado de quince años de «reformas» es la creación en Rusia de un sistema capitalista capaz de «estabilizarse» y, a partir de ahí, el encaminamiento efectivo del país en la vía de las promesas del liberalismo? La realidad obliga a responder negativamente a esta pregunta: la URSS se ha desintegrado y Rusia vive bajo la amenaza de serlo también, ninguna de las instituciones existentes (sus empresas privadas, su Estado) cuenta con los instrumentos necesarios destinados a efectuar las inversiones necesarias para mejorar la eficacia del sistema productivo (todo lo contrario, la falta de inversiones es masiva), y la destrucción sistemática de lo positivo que había logrado hacer el sistema soviético (en particular en el terreno de la educación) no augura un «futuro mejor». Es difícil entender cómo un sistema con esas características podría «estabilizarse», a no ser que se entienda su estabilización durante un tiempo y a un nivel de miseria y de impotencia

consumados.

De hecho, pues, las nuevas formas del capitalismo en Rusia han acentuado –y no reducido– las características del sistema soviético llegado a su estado extremo de decadencia.

Uno: la entrada de la nueva Rusia como periferia subalterna del sistema capitalista imperialista contemporáneo

La Rusia «abierta» no es solo una «exportadora de bienes primarios» (petróleo en primer lugar), pero tiende a no ser más que eso. Sus sistemas productivos industriales y agrícolas ya no reciben atención ninguna por parte de las autoridades, y no interesan ni al sector privado nacional, ni al capital extranjero. Ninguna inversión digna de ese nombre les ha permitido progresar, y solo sobreviven al precio de continuar con el deterioro de sus infraestructuras. La capacidad de renovación tecnológica –y la educación de calidad que constituía su base en el sistema soviético– es objeto de una destrucción sistemática.

¿En quién recae la responsabilidad de esos retrocesos gigantescos?

Ante todo, por supuesto, en la nueva clase dirigente. Salida en gran medida de la antigua clase dirigente soviética, no cabe duda de que esa nueva clase se ha enriquecido fabulosamente por medio de las privatizaciones/pillajes con los cuales se ha beneficiado. La concentración de esta nueva clase ha asumido además dimensiones poco comunes, de modo que el término «de oligarquía» le es perfectamente adecuado. En este punto, la semejanza con las oligarquías de América Latina es sin duda impresionante. Esta clase extrae su enriquecimiento de tres fuentes: el ingreso petrolero (que depende de la coyuntura mundial, es decir, de los precios elevados o bajos del petróleo bruto), la canibalización de las industrias (las firmas industriales privatizadas no están destinadas a constituir la base de una producción más importante y más eficaz, sino solamente a permitir a los oligarcas vivir de su decadencia), los corretajes asociados a la apertura de los mercados del país a las importaciones. Rentas y corretajes definen siempre a una burguesía *compradore*, no a una burguesía «nacional».

El imperialismo –que se beneficia de ello– apoya esa degradación del país al rango de periferia subalterna. Ese es sin duda el objetivo esencial del plan de los Estados Unidos en lo que concierne a Rusia (y a las demás repúblicas de la ex URSS): reducirlas al rango de periferias subalternas

desindustrializadas y, por tanto, impotentes; «latinoamericanizar» el antiguo Este soviético (ex URSS y Europa oriental). Las modalidades están concebidas en proporciones que varían según el caso, yendo desde la destrucción total de los países con un pasado revolucionario (Rusia y Yugoslavia), hasta la subalternización más suave en la Europa oriental «conservadora» (Polonia, Hungría...).

Desde luego, en el marco de este enfoque común, compartido por los poderes establecidos en los Estados Unidos y en Europa, una cierta competencia podría desplegarse entre los diversos asociados de la tríada imperialista. ¿Quién será el beneficiario principal de esta latinoamericanización? ¿Los Estados Unidos o la Europa (occidental)? El compromiso en marcha deja la Europa Oriental a Alemania como beneficiaria principal y Rusia, a los Estados Unidos. La OTAN (donde se despliega el hegemonismo de los Estados Unidos), la OMC y Bruselas (cuyas opciones liberales vienen a reforzar las de la OMC) están encargadas de «administrar» ese sistema asimétrico por naturaleza. En todo caso, la gestión de esas responsabilidades políticas del imperialismo colectivo sigue estando plagada de contradicciones que yo he analizado en otros sitios y las cuales no volveré a tratar aquí. La competencia Europa/Estados Unidos opera en el marco de esta gestión. Washington dispone de cartas que no deben subestimarse, entre otras, obviamente, la inquebrantable opción atlantista de Londres y también la de las clases políticas serviles de Europa oriental. También en este aspecto Europa ha dejado pasar la oportunidad de lograr un acercamiento con Rusia, lo cual hubiese reforzado su autonomía en sus relaciones con los Estados Unidos.

La explosión de riqueza de la oligarquía ha conllevado la formación de una nueva «clase media», calificada de «nuevos rusos». Los empleos que estos ocupan son completamente improductivos, un resultado de los pagos de los oligarcas. Por el contrario, la antigua clase media de profesionales y técnicos, por lo general mucho más cualificados y, sin duda, productivos, se encuentra junto a las clases populares entre las víctimas de ese desarrollo capitalista *compradore*. Por otra parte, los monopolios de la oligarquía, beneficiaria exclusiva de las generosidades del Estado, impiden la constitución eventual de una verdadera clase de emprendedores inventivos, que son perseguidos por el poder y las mafias de la oligarquía, imposibilitando así la formación de un capitalismo «por debajo».

El discurso liberal que pretende que los «ganadores» del sistema son los individuos mejor cualificados y los más inventivos, mientras que los «perdedores» se reclutarían entre los trabajadores «menos productivos», no resiste ningún análisis serio. Los «perdedores» agrupan en realidad al conjunto de los trabajadores productivos de la nueva Rusia. Los «ganadores», en cambio, no son más que una capa parasitaria, que obstaculiza la renovación del sistema productivo ruso.

Dos: un poder autocrático irresponsable

Las formas capitalistas de la nueva Rusia excluyen todo progreso democrático. La autocracia ya no es aquí un «vestigio del pasado», sino la forma necesaria de ejercicio del poder por la nueva oligarquía *compradore*. La constitución de 1993 establece, para servirla, un régimen presidencial que reduce a la nada los poderes de la Duma (el Parlamento elegido). Como se sabe, los gobiernos occidentales fingen ignorarlo, reservando sus reproches por el «déficit de democracia» solo a los regímenes que no ceden ante el liberalismo, ¡mientras que aprueban la dictadura de aquellos que lo sirven!

Lo que distingue a la nueva autocracia de la antigua reside en otra parte: en el carácter totalmente irresponsable del poder que ejerce. La autocracia está al servicio de la oligarquía, participa en las batallas campales que entablan los clanes, si bien sabe hacerse pagar por los servicios prestados. Por otro lado, esta autocracia se ha puesto al servicio del capital extranjero oligopolista mundializado, cuyos dictados, formulados por la OMC, el FMI, ¡e incluso la OTAN!, pone en práctica sin la menor resistencia. Los conflictos que recientemente han enfrentado a Putin con algunos oligarcas no han esbozado un cambio significativo en la organización del sistema. Los objetivos de Putin siguen siendo limitados: primero, reforzar las posiciones del clan de los oligarcas de San Petersburgo (base de la clientela del nuevo Presidente) en detrimento de los otros; después –tal vez– «racionalizar» el sistema separando con más nitidez la burocracia del Estado presidencial autocrático de la clase que ella no ha renunciado a servir –la oligarquía. A cada cual su papel, pero para jugar con la misma pieza.

¿Es el «pueblo ruso» responsable de ese desvío? En parte lo es, sin duda, por la confusión en que se ha sumido inmediatamente después del derrumbe brutal de las instituciones soviéticas (¡a veces destruidas a cañonazos, como ocurrió con el primer Parlamento elegido!). Los nuevos partidos políticos no

tenían ninguna base social ni ideológica que les hubiese permitido salir de la inexistencia. Los nuevos «derechos», reducidos en realidad a camarillas de individuos irresponsables salidos del antiguo sistema, han manipulado sin duda la retórica demagógica amplificada por los corruptos medios de comunicación a su servicio. Sus falacias en tal sentido se han utilizado con igual rapidez frente a una opinión general inteligente que demuestra la gran politización del pueblo ruso. De ese modo, nuevos derechos se han visto muy pronto privados del apoyo del poder burocrático de la nueva autocracia.

Sea como fuere, el Partido Comunista, a pesar de las esperanzas puestas en él por una gran minoría de electores (casi 50%), no ha sabido ni iniciar su renovación (y salir de su legado de gestión autocrática del poder) y ni siquiera resistir a las presiones de la nueva dictadura. El partido, por el contrario, ha facilitado la instalación de esta, adhiriéndose a la nueva constitución que el pueblo ruso rechazaba. Posteriormente ha intentado hacer olvidar su estúpida cobardía y los errores garrafales que ello ha provocado al dar inicio a un discurso «nacionalista» ambiguo. Pero los embriones de partidos políticos de una izquierda alternativa no han sabido tampoco trabajar las brechas que se hubiesen necesitado para hacer fracasar el proyecto de la nueva oligarquía, y se han replegado con rapidez en camarillas intelectuales aisladas de las clases populares.

Tres: un corporativismo deteriorado y debilitado

Frente al Partido Comunista obtuso y decadente, los sindicatos hubiesen podido constituir un polo de resistencia eficaz. Porque los sindicatos han conservado durante al menos doce años el respeto y el apoyo de sus partidarios, que se cuentan por millones.

El error principal de las direcciones sindicales ha sido creer que el antiguo corporativismo en el cual se habían encerrado podía garantizar su «supervivencia». Es cierto que la situación objetiva facilitaba este error de perspectiva. En la gran mayoría de los casos, los directores y los cuadros de las empresas excluidos del nuevo sistema de los poderes oligárquicos permanecían «al lado de sus obreros» en el combate cotidiano por la supervivencia de la producción. Por su parte, algunos ideólogos socialdemócratas han alimentado la ilusión de que la creación de una combinación tripartita que ellos preconizaban (patronato, sindicatos, Estado) permitía una especie de «compromiso histórico» positivo. Estos ideólogos

tenían una guerra de retraso –la socialdemocracia en Occidente ya había incluso iniciado su conversión al liberalismo– e ignoraban por añadidura que el modelo de capitalismo periférico en construcción en Rusia excluía toda forma «social» de su gestión.

La cobardía de las direcciones sindicales y las ilusiones que los habían saturado no impedían que las luchas sociales se desarrollaran aquí y allá – numerosas huelgas– y a veces hicieran recular al poder, como ocurrió con la amenaza de que se paralizara la vida del país por la resistencia de los ferroviarios. Pero esas luchas no llegaron a producir las revisiones necesarias en los modos de gestión sindical, y las tentativas de grupos restringidos de la «nueva izquierda» destinadas a reconstruir los fundamentos de la vida obrera sobre bases sindicales independientes y nuevas no lograron ir más allá de éxitos anecdóticos.

Esta combinación de factores desfavorables culminó con el comienzo de la decadencia de la organización sindical, visible en los últimos años. El derrumbe de los servicios sociales administrados por los sindicatos en el sistema soviético favoreció, por su parte, esa falta de interés.

Cuatro: un regionalismo descontrolado

El regionalismo acentuado del sovietismo en decadencia atravesó una etapa conducente a un desvío destructivo. El antiguo regionalismo era controlado, no necesariamente por medio de la violencia estatal, sino más bien por la preocupación responsable de la autocracia soviética en cuanto a aceptar los compromisos que se imponían.

Los clanes de la nueva autocracia irresponsable creen, por el contrario, que es útil explotar los regionalismos para servir a sus objetivos a corto plazo. En algunos casos, este desvío fue muy lejos, como prueba el drama checheno.

Que haya habido graves cuestiones pendientes en algunas regiones y, sin duda, sobre todo particularmente en los distritos «no rusos» de la Federación rusa, nadie podría ignorarlo. Que «fuerzas externas» hayan tratado de explotar esas dificultades –entre otras, por supuesto, los Estados Unidos y sus aliados islamistas en el caso de Chechenia–, tampoco nadie puede dudarlo. Pero Moscú carga con la responsabilidad del deterioro de la situación. Una gran mayoría del pueblo checheno rechazaba los llamamientos a la secesión de los «islamistas». El poder ruso renunció a apoyarse en esa mayoría y deliberadamente escogió la carta de la «intervención militar», sin preocuparse

por las consecuencias de esa opción. Es sabido que ello fue el resultado de los cálculos mediocres de clanes de la oligarquía (interesados, por ejemplo, en el trazado norte del oleoducto de salida del petróleo del Mar Caspio) y de la burocracia estatal (recomponer «la unidad del pueblo ruso» y obtener su apoyo «incondicional» frente al «enemigo exterior y terrorista»). Es sabido que los atentados terroristas en Moscú y en otras partes –los cuales no se ha probado que hayan sido obra de los chechenos– cumplieron funciones análogas al 11 de septiembre, explotado como se sabe por el gobierno de Bush.

En este recuento, tampoco el gobierno de Putin parece haber roto con las andanzas de Yeltsin. La segunda guerra de Chechenia, emprendida por Putin, acabó con el mismo fracaso que la primera, y fue «explotada» del mismo modo por los dos presidentes sucesivos.

Se le acredita a Putin una reforma de la organización territorial de los poderes cuyo objetivo sería apagar los focos de incendio regionalistas. De todos modos, esta reforma se sigue guiando por el principio de la autocracia (remplazando a los gobernadores elegidos por una especie de prefectos designados) y renuncia a apoyarse en las poblaciones concernidas (lo que haría correr el riesgo de reforzar su capacidad de resistencia a las presiones de los oligarcas). El carácter de la reforma emprendida, por tanto, no se muestra favorable para solucionar de forma correcta los conflictos abiertos o latentes.

Cinco: Rusia borrada del escenario internacional

Rusia ya ocupa un lugar secundario¹ en el G7, convertido en G8 (o más bien en 7 ½). Pero Rusia no es ahí un protagonista activo en la configuración de los equilibrios mundiales. Conserva en apariencia un poderío militar considerable, el segundo por su equipamiento nuclear y balístico, aunque el deterioro de su organización militar hace temer que sea incapaz de hacer de ello un uso eficaz si fuese necesario, o sea, en caso de una agresión de los Estados Unidos.

Es evidente que este debilitamiento plantea un problema para el futuro del sistema mundial. En qué «campo» eventual se alineará Rusia en caso de que las contradicciones políticas entre algunos países europeos (Francia y Alemania) por una parte, y los Estados Unidos, por otra, hagan estallar el atlantismo que aún ocupa una posición de mando en el imperialismo

colectivo de la tríada. O en caso de que los conflictos con algunos países del Sur (China, o inclusive la India, Irán o Corea del Norte) ganaran en amplitud. Es indudable que el final inmediato de la cuestión no está planteado: Europa sigue siendo atlantista a pesar de los chirridos de dientes de algunos. Aunque Rusia se haya alineado, como China, con Francia y Alemania para negarse a darle a Washington carta blanca en su agresión en Irak, el gesto no ha esbozado un «cambio rotundo de las alianzas». Moscú sigue enganchado al carro norteamericano, a pesar de algunas expresiones –moderadas– de resistencia. Washington no se ha equivocado en eso, reservando su discurso de condena violenta solo a los franceses.

Las presiones ejercidas por la presencia militar de los Estados Unidos en Asia central y en el Cáucaso, su reciente implantación en Georgia, su manipulación de las amenazas islamistas, han logrado hasta ahora mantener a Rusia fuera del gran juego internacional. Rusia podría hacer fracasar el proyecto de los Estados Unidos (que consiste en reducirla al estado de periferia subalterna en el nuevo orden mundial dominado por Washington) desempeñando un papel en la reconstrucción de un «frente del Sur antiimperialista » y, en primer lugar, en esta perspectiva, acercándose a China. Rusia no lo hace. Por el contrario, actúa con frecuencia en la dirección opuesta, alimentando la ilusión de que su alianza con los Estados Unidos la protege contra eventuales presiones expansionistas de Pekín en Asia central y en Siberia. Al hacerlo, Rusia refuerza la estrategia de Washington destinada a aislar a su «enemigo potencial principal» (China). Es evidente que Rusia, a cambio de ello, no recibirá pago alguno por este servicio que, por el contrario, la debilita a sí misma y acelera el proceso de su degradación al rango de periferia subalterna. De todos modos, esa serie de equilibrios (o desequilibrios) que benefician a los Estados Unidos siguen siendo frágiles y el fracaso seguro de su intervención en Irak acabará un día u otro por ponerlos en tela de juicio. ¿Encontrará entonces la diplomacia rusa su lugar en la redistribución de las cartas? Volveré sobre esta cuestión, que constituye una de las dimensiones principales de la construcción de una alternativa a la mundialización liberal y norteamericana.

Seis: el desvío ideológico

La ideología soviética, hasta el final, jamás renunció a alimentarse de una retórica supuestamente «socialista». El poder soviético, incluso degradado en

extremo, sabía que su legitimidad provenía de la Revolución de 1917. Ello puede causar irritación o inclusive ser objeto de burla. La distancia que separaba esta retórica de la realidad soviética no era además mayor que la que separa el discurso «liberal» del capitalismo realmente existente. Y al igual que un buen número de individuos, por cierto normales, brindan su adhesión al discurso liberal a pesar de la catástrofe social que acompaña su despliegue, no debe sorprender que el discurso «socialista» haya tenido sus creyentes hasta el último día.

La nueva autocracia oligárquica necesita, en cambio, lo opuesto del discurso soviético. Pero no sabe con qué reemplazarlo. Las falacias acerca de la eficacia económica y la democracia no son creíbles en Rusia, si es que acaso lo son tal vez en otras partes de la Europa oriental. El discurso «patriótico» constituye entonces la única tabla de salvación de ese poder finalmente acorralado. Esa retórica sirve para ignorar los verdaderos problemas (la desigualdad social, la destrucción de las conquistas de 1917, la ineficacia de la nueva gestión económica, el debilitamiento del papel internacional del país), pretendiendo «unir al país entero detrás de sus dirigentes», dejando entender que estos «ofrecen resistencia» al capital mundializado dominante. Todas las clases *compradore* dirigentes de las periferias contemporáneas tratan de dar de sí mismas una imagen «patriótica », cuando son en verdad responsables de la decadencia que victimiza a sus naciones y solo actúan, de hecho, como correas de transmisión de la dominación (extranjera) del capital internacional.

El patriotismo, tomado en sentido positivo, es sin duda necesario –más que nunca– en Rusia al igual que en todas partes ante los desafíos de la mundialización liberal y norteamericana, con la condición de que se le conciba como un elemento positivo en la construcción de un desarrollo autocentrado (a pesar de que sería abierto) al servicio del conjunto de las clases trabajadoras, y no como una retórica demagógica y engañosa, como ocurre con el discurso del nuevo poder ruso.

Sea como fuere, el discurso ideológico puesto en práctica por el nuevo poder ruso no tiene arraigo real en su pueblo. Una prueba ello es la obligación que enfrenta este poder de tener que recurrir cada vez más a elecciones abiertamente falseadas a gran escala. Es decir, que estamos hablando de un poder desprovisto de legitimidad y de credibilidad. O también de que ese nuevo capitalismo ruso es incapaz de encontrar un centro de

gravidad alrededor del cual podría estabilizar su poder.

La insuficiencia de la oposición se refleja igualmente en la de sus discursos ideológicos. Los comunistas (del PC) se han sumado al discurso «patriótico» del poder, sin darle apenas un contenido más preciso. Un poco como esos que, en los países musulmanes, «amenazados» por la oleada islamista, practican la demagogia en el mismo terreno escogido por el Islam político y creen así exorcizar su fuerza de atracción. Otros invocan «el eurasiatismo», es decir, un nacionalismo a la vez anti-norteamericano y anti-europeo que preconiza un acercamiento con Asia (China, India, Irán). Sin duda, ese acercamiento constituye una de las exigencias de la construcción de una mundialización alternativa. Pero para ello no es necesaria una legitimación para-ideológica dudosa que aleje de la adhesión al universalismo modernista, aunque de origen «occidental» y, por tanto, deformado hasta ahora por la realidad del sistema imperialista cuyo centro es el Occidente de que hablamos.

Es indudable que decisiones alternativas serias, emanadas a partir de la crítica de izquierda del sovietismo para avanzar en una perspectiva de reconstrucción socialista, gozan en Rusia de un campo favorable. Pero es necesario constatar que hasta ahora esos enfoques han salido de círculos intelectuales con arraigo en el pueblo.

¿Existe una alternativa cuyos rasgos sobresalientes se perfilarían en la Rusia de hoy?

El panorama de la Rusia que he esbozado en las páginas anteriores podría inspirar un gran pesimismo en cuanto al futuro del país. De hecho, el fracaso del nuevo capitalismo ruso, su incapacidad para construir las condiciones de su estabilización, deberían inspirar, por el contrario, un optimismo de la razón. Rusia, como en la víspera de 1917, está preñada con una nueva revolución, se dice a veces en Moscú. O con transformaciones radicales capaces de rectificar la dirección de su evolución. ¿En qué perspectivas locales y mundiales? ¿En qué condiciones?

Los principios básicos sobre los cuales debería fundarse la alternativa al sistema establecido actualmente en el mundo son simples, evidentes y, en suma, muy bien comprendidos cuando se les menciona. En los planos

internos («nacionales»): (i) una «economía mixta», que, por una parte, da al Estado los medios de orientar el desarrollo general y, por otra, brinda a la propiedad privada y al mercado el suficiente margen que permite la promoción de las iniciativas; (ii) la institucionalización de la negociación social trabajadores/empresas estatales; (iii) la profundización de la democracia representativa mediante la promoción de iniciativas de democracia participativa. En el plano mundial: (i) la organización de la negociación de formas de la gestión económica (intercambios comerciales, flujo de capitales, transferencias tecnológicas, gestión monetaria) sobre la base del reconocimiento de la diversidad de intereses y de la desigualdad de los socios; (ii) el reconocimiento del principio de la soberanía de los pueblos, reforzado por el apoyo al progreso de la democratización, fundamento de un mundo político multipolar. La aplicación del conjunto de estos principios permitiría iniciar una primera etapa en el camino de la «larga transición al socialismo mundial»

Claro está que esos principios muy generales, válidos para todos (China o Rusia, Alemania o el Congo) solo toman sentido al traducirse en términos concretos respetuosos de la diversidad de las situaciones objetivas.

Para Rusia, la puesta en práctica de todo ello implica: (i) la renacionalización de las grandes empresas, particularmente en las esferas del petróleo y de la energía, de las producciones mineras y de los bancos (por tanto, la expropiación de la oligarquía); (ii) la invención de nuevas formas de gestión paritaria (trabajadores y dirigentes) de las empresas de la industria y del comercio, ya sean estas formalmente de propiedad pública (Estado, colectividades, colectivos de trabajadores) o privadas; (iii) el restablecimiento y el reforzamiento de los servicios sociales públicos, de la educación (que en la URSS fue de calidad) y de la investigación científica y tecnológica; (iv) la abolición de la constitución de 1993, y la elaboración por una gran convención elegida, de una constitución auténticamente democrática; (v) el apoyo a las formas de intervención popular de democracia participativa; (vi) la apertura de una gran negociación entre las repúblicas de la ex URSS que permita la construcción de un espacio regional económico y político respetuoso de la autonomía de los socios y capaz de reconstruir las bases de las interdependencias en beneficio de todos; (vii) el restablecimiento de la potencia militar rusa (en espera de un desarme generalizado, cuando los Estados Unidos estén dispuestos a aceptarlo; (viii) la promoción de

intercambios comerciales, tecnológicos y financieros negociados que inicien la construcción de una «gran Europa» –del Atlántico al Pacífico; (ix) la promoción de una política extranjera activa e independiente (de la de los Estados Unidos en particular) con miras al fortalecimiento de las instituciones garantes de la construcción de un mundo multipolar.

En la perspectiva de la mundialización alternativa aquí enfocada, el lugar y el papel desempeñado por los socios nacionales seguirán siendo, debido a las circunstancias, específicos y diferentes unos de otros. Rusia ocupará, al mismo tiempo, el lugar de un gran productor/exportador de materias primas (petróleo y productos mineros) y de una potencia industrial renovada, sin estar necesariamente sometida a los riesgos de los incidentes desfavorables que implica la búsqueda de la «competitividad» en un mercado mundial llamado «abierto». El de China, en comparación, es el de una potencia industrial nueva cuya producción estaría principalmente regida por la expansión de su mercado interno y solo accesoriamente por la de sus exportaciones (el principio opuesto al que la OMC se empeña en imponer). Esta opción implicaría en China, como en otras partes de Asia y de África, soluciones apropiadas al problema agrario, basadas en el reconocimiento del derecho de acceso a la tierra de todos los campesinos (remito aquí a lo que he escrito en otra parte sobre este tema). Rusia, ciertamente, vive también aún (como la Europa oriental) un problema agrario que no puede ser resuelto por el desarrollo capitalista como lo fue en los centros desarrollados del sistema mundial. Pero aquí las interrogantes se plantean en términos concretos bastante diferentes de aquellos que caracterizaron a los países del «Tercer Mundo» (Asia, África y América Latina) y exigen soluciones apropiadas.

El gobierno de Yevgeni Primakov de hecho había comenzado una recuperación que iba en el sentido aquí descrito, al parecer con una buena determinación pero también con mucha prudencia en las primeras medidas que tomaba (lo cual se comprenderá sin dificultad). Como Gorbachov puede quizás haberlo deseado sin saber cómo hacerlo, Primakov enfocaba la construcción de un sistema económico y político de «centro-izquierda». Primakov fue víctima, ante todo, de la incapacidad del PC, entonces todavía poderoso, para comprender y apoyar la iniciativa. Pero fue igualmente víctima de la hostilidad internacional, en primer lugar de los Estados Unidos e infelizmente también de una Europa que no abandonó su enfoque de «latinoamericanización» de la ex URSS (e incluso de la Europa oriental en

vías de integración en la Unión Europea).

El resultado de este fracaso facilitó el primer éxito de la ofensiva de los Estados Unidos en el Medio Oriente, en Asia central y a escala mundial, y fortaleció la sumisión del régimen de Putin a sus exigencias inmediatas. De ese modo, en lo referente a Rusia y al conjunto del mundo, llegamos a una encrucijada: o el proyecto norteamericano será derrotado (y esto se ha convertido en la condición insoslayable de la construcción de una alternativa a cualquier escala, desde la nacional a la mundial), o este proyecto continuará (por un tiempo) su despliegue (con Obama y después con su sucesor), aniquilando el potencial de transformación orientado a la democratización y al progreso social de todas las sociedades.

En este combate, la responsabilidad de los pueblos es siempre lo primero, tanto en Rusia como en otras partes. El fortalecimiento de las luchas sociales y de las reivindicaciones democráticas, la disipación de las ilusiones y el inicio de la reconstrucción de izquierdas nuevas, abiertas, capaces de convencer a las clases populares de que el Partido Comunista y los Sindicatos intentan seguir tratándolas como «clientelas» al servicio de sus planes políticos a corto plazo, constituyen signos positivos de una posible recuperación rusa.

La responsabilidad de Europa no es menor. Europa hubiese podido extender la mano a Rusia y renunciado a su enfoque, que sigue siendo el de socio del imperialismo colectivo de la tríada, obligado entonces a adherirse a los planes del hegemonismo estadounidense. Para ello, hubiese tenido que salir de las «arenas movedizas» en las que se ha hundido, como ya he escrito en otra parte.

Putin tal vez ya haya comprendido que el objetivo de los Estados Unidos y de la Europa alineada es destruir a Rusia y no ayudarla a renovarse. Pero el sistema en que se basa su poder no le permite resistir con eficacia los asaltos destructores de la tríada imperialista, porque, para hacerlo, tendría que sacrificar su apoyo a la oligarquía que explota y oprime al pueblo ruso. A falta de ello, él dejará que se despliegue la estrategia de las potencias atlánticas sin oponerle una resistencia decidida.

Los ejemplos de Georgia y de Ucrania ilustran el drama. Por el apoyo que el poder ruso daba a esos autócratas locales que él consideraba como «sus amigos», ¡Moscú transformó en héroes a individuos que no son más que vulgares agentes del extranjero!

Desde hace treinta años, los Estados Unidos y Europa se aprovechan del desprecio que los poderes heredados del sovietismo sienten por la democracia y, de ese modo, obtienen lo que quieren sin correr riesgo alguno. Fue así como Walesa, el amigo de Washington y del Papa, se hizo pasar por dirigente de un movimiento de «renovación de la clase obrera» (así fue presentado *Solidarnosc*), cuando su verdadero proyecto era destruir la capacidad de esta para resistir los ataques del capitalismo (¡ya en el poder, *Solidarnosc* no dio las fábricas a los trabajadores, sino que las cerró o las entregó al capital extranjero!). Las aspiraciones democráticas legítimas de los pueblos del Este son así manipuladas y descarriladas con la misma facilidad con que las izquierdas mayoritarias de Europa se hacen cómplices del proyecto del imperialismo dominante. De ese modo, no ayudan a la reconstrucción necesaria de una izquierda pos soviética, sino todo lo contrario, contribuyen a perpetuar la confusión.

La geometría de la geopolítica de las representaciones de posibles alianzas entre los Estados Unidos, Europa y Rusia tendrá mucho peso en la determinación de la mundialización futura. En este punto hay diferentes representaciones posibles, entre ellas, la dirigida por un eventual y privilegiado partenariado de colaboración euro-ruso y la ilustrada por la consolidación de «la alianza ruso-norteamericana», cuya base está constituida por la opción de Rusia de convertirse en un exportador petrolero importante y nada más. La «lucha común contra el terrorismo», después del 11 de septiembre de 2001, vino a consolidar en apariencia esta alianza.

Los hechos demuestran ampliamente que ello constituye un partenariado disimétrico que no es otra cosa que la puesta en práctica del plan de Washington destinado a destruir a Rusia. Lejos de brindar a Rusia los medios de modernizar su sistema productivo, ese partenariado se asocia estrechamente a los intereses de la oligarquía rusa y a su sumisión al proyecto de transformar a Rusia en un proveedor exclusivo de materias primas. Asimismo, ha facilitado la penetración de los Estados Unidos en el Cáucaso y en Asia central, de lo cual Moscú está en vías de ser excluida. Esta representación, por tanto, no puede ser un elemento de la construcción de una mundialización alternativa.

La otra representación puede serlo. Un partenariado euro-ruso podría concebirse en una perspectiva muy diferente si no se limitase a favorecer la exportación de petróleo ruso hacia Europa y, sin embargo, contara con el

apoyo activo de Europa para la modernización del conjunto del sistema productivo ruso. Europa hubiese podido tomar esa iniciativa desde 1990 y proponer un partenariado capaz de fortalecer la autonomía de ambos socios frente a los Estados Unidos. Europa, pusilánime como siempre, no lo ha hecho, temerosa de chocar con Washington y abrir así la vía a la ofensiva de los Estados Unidos en dirección a Moscú. El petróleo ruso, por consiguiente, está destinado de forma prioritaria a satisfacer las necesidades norteamericanas y es vendido en dólares. Un partenariado que hubiese previsto su venta prioritaria a Europa y en euros, hubiese aliviado considerablemente la dependencia de los europeos con respecto a los proveedores, en gran medida controlados por Washington, ya se trate del Medio Oriente, del Mar Caspio o del Golfo de Guinea. Europa, pues, aceptó esta distribución tan desigual de los despojos del mundo ex soviético: ¡para los Estados Unidos, Rusia y el Asia central; para los europeos, Polonia y los Estados bálticos.

En la hipótesis de que Europa prosiga con su alineamiento atlantista, que parece ser lo más probable, Rusia cuenta con otras cartas. Un acercamiento de los grandes socios de Eurasia –Rusia, China, India– atrayendo al resto del viejo mundo (el mundo árabe y África) es necesario, posible y pondría un fin definitivo al proyecto de Washington de extender la doctrina Monroe al planeta entero. El proyecto «eurasiático» de Putin me parece sin duda inscribirse en esta perspectiva. Es indudable que en este sentido hay que actuar con paciencia, pero sobre todo con determinación. Por añadidura, las oportunidades de éxito del proyecto se verán reforzadas si se fortalece en Rusia la oposición al poder de la oligarquía.

¹. En el original, strapontin, que significa un silla plegable, secundaria, o sea, accesoria a los asientos de primera fila, considerados principales (N. del T.).

CAPÍTULO SEIS

La crisis ucraniana y el retorno del fascismo en el capitalismo contemporáneo

En los capítulos anteriores, he tratado de ubicar a la Unión Soviética y después a la Rusia actual en el sistema mundial dominado por las potencias imperialistas de la tríada (Estados Unidos, Europa, Japón). Estas potencias, hace poco en conflicto permanente, hoy asociadas en una forma de imperialismo colectivo (ref. Samir Amin, *L'implosion du capitalisme contemporain*), tratan al resto del mundo como un campo de expansión que pueden someter a sus deseos respectivos, en particular hoy, para acceder a los recursos naturales del planeta destinados a su uso prioritario, exclusivo si es necesario. La «desconexión», o incluso tan solo la voluntad de abrirse un margen de autonomía en el sistema les resultan insoportables, y para combatir esas aspiraciones de los pueblos, de las naciones y de los estados de las periferias, ponen en práctica todos los medios, incluida la agresión militar o el recurso a los servicios de movimientos fascistas. La Unión Soviética era, por ello, un enemigo que debía eliminarse, y yo sitúo en este marco la guerra fría permanente llevada a cabo contra ella de 1920 a 1990, así como las tentativas de instrumentar las ambiciones de la Alemania nazi, erigida contra el «judeo-bolchevismo». La nueva Rusia, a pesar de su opción capitalista, continúa siendo un enemigo potencial, en la medida en que rechaza el estatus de periferia colonizada que las potencias de la tríada quieren imponerle. En este marco, un retorno a la cuestión del fascismo, instrumentado por el imperialismo colectivo de la tríada, nos permitirá comprender mejor el alcance de lo que está en juego en el conflicto ucraniano en curso y del proyecto «euro-asiático».

El propio título de este aporte asocia, no por casualidad, el retorno del fascismo en el escenario político a la crisis del capitalismo contemporáneo. El fascismo no es sinónimo de régimen policial autoritario que rechaza la sumisión del poder a los riesgos de la democracia electoral parlamentaria, etc. El fascismo es una particular respuesta política a los desafíos que la gestión de la sociedad capitalista puede enfrentar en determinadas circunstancias.

Unidad y diversidad de los fascismos

Los poderes políticos que es posible calificar a ciencia cierta de fascistas han ocupado el primer plano de la escena y han ejercido el poder en varios países europeos, en particular durante la década de 1930 y hasta 1945 (Mussolini, Hitler, Franco, Salazar, Pétain, Horthy, Antonescu, Ante Pavelic y algunos más). La diversidad de las sociedades que han sido sus víctimas – una sociedad capitalista desarrollada aquí, una menos desarrollada y dominada allí; una asociada a una guerra victoriosa, otra producto de una derrota– nos impide confundirlas. Especificaré, por consiguiente, los diferentes efectos que esta diversidad de estructuras y de coyunturas ha tenido en las sociedades afectadas.

De todos modos, y más allá de esta diversidad, todos estos regímenes fascistas tienen en común dos características:

(I) En todos los casos aceptan inscribir su gestión de la política y de la sociedad en un marco que no cuestiona los principios fundamentales del capitalismo, a saber, la propiedad capitalista privada, incluida la –moderna– de los monopolios. Es por ello que califico a estos fascismos de modos particulares de gestión del capitalismo y no de formas políticas que cuestionan su legitimidad, pese a que en las retóricas de los discursos fascistas el “capitalismo” o la “plutocracia” sean objeto de largas diatribas. La mentira que oculta la verdadera naturaleza de tales discursos se pone de manifiesto en cuanto se examina la “alternativa” propuesta por estos fascismos, que siempre callan por lo que respecta a lo esencial: la propiedad capitalista privada.

Es cierto que la opción fascista no constituye la única respuesta a los desafíos a los que se ve confrontada la gestión política de una sociedad capitalista. Es solo en determinadas coyunturas de crisis violenta y profunda cuando la solución fascista parece ser, para el capital dominante, la mejor, o incluso tal vez la única posible. El análisis tiene, por tanto, que centrar su atención en la de estas crisis.

(II) La opción fascista de gestión de la sociedad capitalista en cuestión se basa siempre –por definición– en el rechazo categórico de la “democracia”. Los principios generales sobre los cuales se basan las teorías y las prácticas

de las democracias modernas –el reconocimiento de la diversidad de opiniones, el recurso a procedimientos electorales para extraer de ellos una mayoría, la garantía de los derechos de la minoría, etc.– se sustituyen siempre por los valores opuestos de la sumisión a las exigencias de la disciplina colectiva, de la autoridad del jefe supremo y de los jefes ejecutantes. Esta inversión de valores se acompaña siempre de un retorno a temas nostálgicos capaces de dar a los procedimientos de sumisión de la sociedad puestos en práctica una legitimidad aparente. En este sentido, la proclamación de un retorno supuestamente necesario al pasado (“medieval”), a la sumisión a la religión de Estado, o a cualquier supuesta apelación específica a la “raza” o a la “nación” (étnica), constituye la panoplia de los discursos ideológicos desplegados por los poderes fascistas implicados.

Los fascismos históricos de la historia europea moderna a la que nos referimos y que comparten estas dos características, no por ello son menos diversos, y entran en una u otra de las cuatro categorías siguientes:

1) El fascismo de las mayores potencias capitalistas desarrolladas, que aspiran a convertirse en potencias hegemónicas dominantes a escala del sistema capitalista mundial, o como mínimo regional.

El nazismo constituye el modelo de esta categoría de fascismo. Alemania, convertida en una gran potencia industrial a partir de 1870, competidora de las potencias hegemónicas de la época (Gran Bretaña, y en segundo lugar Francia) y de la que aspiraba a convertirse en una de ellas (Estados Unidos), topa con las consecuencias del fracaso de su proyecto, marcado por la derrota de 1918. Hitler formula claramente su proyecto: establecer en Europa, Rusia incluida, y tal vez más allá, la dominación hegemónica de “Alemania”, es decir, del capitalismo de los monopolios de este país que han mantenido el ascenso del fascismo. Está dispuesto a aceptar un compromiso con sus principales adversarios: para él Europa y Rusia; para Japón la China; para Gran Bretaña el resto de Asia y África, y para Estados Unidos las Américas. Su error fue pensar que ese compromiso era posible: Gran Bretaña y Estados Unidos no lo aceptaron; Japón, en cambio, sí lo hizo.

El fascismo nipón pertenece a la misma categoría. Desde 1895, el Japón capitalista moderno aspira a imponer su dominio a toda el Asia del Este. En este caso el deslizamiento se produce “suavemente” desde la forma “imperial” de gestión de este capitalismo nacional ascendente –basado en unas instituciones de apariencia “liberal” (una “Dieta” elegida), pero

íntegramente controladas, de hecho, por el emperador y la clase aristocrática transformada por la modernización— a una forma brutal, directamente gestionada por el Alto Mando militar. La Alemania nazi contrae una alianza con el Japón imperial/fascista, mientras que Gran Bretaña y Estados Unidos (después de Pearl Harbour, 1941) entran en conflicto con Tokio, igual que la resistencia de China, siendo las deficiencias del Kuomintang compensadas por el relevo de los comunistas maoístas.

2) Los fascismos de las potencias capitalistas de segundo rango.

La Italia de Mussolini constituye el ejemplo por excelencia de esta categoría. El mussolinismo —el inventor del fascismo, incluido su nombre— fue la respuesta que la derecha italiana (antiguas aristocracias, nuevas burguesías, clases medias) dio a la crisis de los años veinte del siglo XX y al peligro comunista naciente. Pero ni el capitalismo italiano, ni su instrumento político, el fascismo mussoliniano, tenían la ambición de dominar Europa, y mucho menos el mundo. Y pese a las baladronadas del Duce respecto al tema de la reconstrucción del imperio romano (!), Mussolini sabía que la estabilidad de su sistema se basaba en su alianza —en calidad de segundo subalterno— bien respecto de la Gran Bretaña —dueña del Mediterráneo—, bien respecto de la Alemania nazi; y esta vacilación la mantuvo hasta la víspera de la Segunda Guerra Mundial.

Podemos considerar que los fascismos de Salazar y de Franco pertenecen a esta misma familia. Dos dictadores elevados al cargo por la derecha y la Iglesia católica en respuesta a los peligros liberales republicanos o republicanos socializantes. Que nunca, por este motivo, han sido condenados al ostracismo por sus violencias antidemocráticas (con el pretexto anticomunista) por las principales potencias imperialistas. Recuperados desde 1945 por Washington (Salazar miembro fundador de la OTAN, y España aceptando la instalación de bases norteamericanas) y después por la Comunidad Europea —garante por naturaleza del orden capitalista reaccionario—, después de la revolución de los claveles (1974) y de la muerte de Franco (1975), estos dos sistemas se unieron al campo de las nuevas “democracias” de baja intensidad de nuestra época.

3) Los fascismos de las potencias vencidas, como Vichy en Francia (e igualmente Degrelle en Bélgica, el seudopoder “flamenco” apoyado por los nazis, y otros) son los ejemplos de esta categoría. En Francia, la gran burguesía eligió “a Hitler antes que al Frente Popular” (véanse a este respecto

los libros de Annie Lacroix-Riz). Por ello, estos fascismos, asociados a la derrota y a la sumisión ante el despliegue de la “Europa alemana”, se vieron obligados a abandonar el primer plano de la escena política el día siguiente de la derrota de los nazis, y ceder el lugar a los Consejos de la Resistencia, asociándose durante un tiempo a los comunistas y a otros resistentes (De Gaulle en particular), a la espera de que –con el inicio de la construcción europea, la adhesión al plan Marshall y a la OTAN, es decir, la sumisión consentida a la hegemonía de Estados Unidos– las derechas conservadoras y la socialdemocracia anticomunista rompieran definitivamente con la izquierda radical salida de la Resistencia antifascista y potencialmente anticapitalista.

4) Los fascismos en las sociedades dependientes de la Europa del Este.

Descendemos unos cuantos grados más cuando consideramos las sociedades capitalistas de la Europa del Este (Polonia, Estados Bálticos, Rumanía, Hungría, Yugoslavia, Grecia, Ucrania occidental, por aquel entonces polaca). Hemos de hablar aquí de capitalismo atrasados y por ello dependientes. En el período de entre- guerras, las clases dirigentes reaccionarias de estos países se apuntan al despliegue de la Alemania nazi. Debemos, sin embargo, examinar aquí caso por caso el modo de su articulación política en el proyecto hitleriano.

En Polonia, la vieja hostilidad a la dominación rusa (la de la Rusia de los zares), convertida en hostilidad a la Unión Soviética comunista, favorecida por la popularidad del Papado católico, habría tenido que hacer normalmente de este país un vasallo de Alemania, a la manera de Vichy. Pero Hitler no lo entendió así: los polacos, como los rusos, los ucranianos y los serbios constituían para él pueblos destinados al exterminio, junto con los judíos, los gitanos y algunos más. No quedaba, pues, lugar para un fascismo polaco aliado de Berlín.

La Hungría de Horthy y la Rumanía de Antonescu fueron, en cambio, tratadas como aliados subalternos de la Alemania nazi. Los fascismos de estos dos países fueron ellos mismos el producto de unas crisis sociales particulares de cada uno de ellos: el miedo al “comunismo” después de la experiencia de Bela Kun en Hungría, la movilización nacional chauvinista contra los húngaros y los rutenos en Rumanía.

En Yugoslavia, la Alemania hitleriana (y tras ella la Italia mussoliniana) jugaron la carta de una Croacia “independiente”, confiada a la gestión de los

ustachis antiserbios, con el apoyo determinante de la Iglesia católica, mientras que los serbios eran destinados al exterminio.

La revolución rusa había evidentemente cambiado la situación respecto a las perspectivas de las luchas de las clases populares y a las reacciones de las clases poseedoras reaccionarias ante estas luchas, no solamente en todo el territorio de la Unión Soviética de antes de 1939, sino también en los territorios perdidos –los Estados Bálticos y Polonia, a la que se había anexado, por el tratado de Riga de 1921, la parte occidental de Bielorrusia (Volhinia) y de Ucrania (la Galitzia meridional, la Bukovina y la Ucrania subcarpática antiguamente austríacas o húngaras, y la Galitzia del Norte, antigua provincia del imperio de los zares que se había convertido en polaca).

En toda esta región se habían dibujado dos campos a partir de 1917 (e incluso a partir de 1905, con la primera revolución rusa): por un lado, los pro-socialistas (convertidos en pro-bolcheviques), populares entre grandes segmentos del campesinado (que aspiraban a una reforma agraria radical en beneficio suyo) y entre los medios intelectuales (y judíos en particular); y por el otro, los anti-socialistas (y por ello complacientes con respecto a los poderes antidemocráticos que se movían en la esfera de influencia fascista) en todas las clases poseedoras. La reintegración de los Estados Bálticos, de la Bielorrusia y la Ucrania occidentales en la Unión Soviética en 1939, iba a acusar la violencia de este contraste.

El mapa político de los conflictos entre “pro-fascistas” y “anti-fascistas” de esta parte de la Europa del Este se complicó debido, por una parte, al conflicto entre el chauvinismo polaco (que se obstinaba en su proyecto de “polonizar” mediante la colonización de población las regiones bielorrusa y ucraniana anexionadas) y los pueblos víctimas; y, por otra parte, el conflicto entre los “nacionalistas” ucranianos, a la vez anti-polacos y anti-rusos (por anti-socialistas), y el proyecto hitleriano, que no contemplaba ningún estado ucraniano en calidad de aliado subalterno, y condenaba simplemente a su pueblo al exterminio.

Remito aquí al lector a la obra decisiva de Olha Ostriitchouk (*L’Ukraine face à son passé*, 2013), cuyo riguroso análisis de la historia contemporánea de esta región (la Galitzia austríaca, la Ucrania polaca, la Pequeña Rusia, y después la Ucrania soviética) permitirá al lector comprender la raíz de unos conflictos que todavía se arrastran, así como el lugar que los fascismos locales ocupan en ellos.

La mirada complaciente de las derechas occidentales respecto a los fascismos pasados y presentes

Las derechas parlamentarias europeas de entreguerras siempre han tenido una actitud complaciente respecto a los fascismos de la época, e incluso respecto del más repugnante nazismo. El propio Churchill, un personaje por lo demás terriblemente British, nunca ocultó la simpatía que sentía por Mussolini. Los presidentes de Estados Unidos y los partidos del *establishment* –republicanos y demócratas– solo tardíamente descubrieron el peligro que podían representar la Alemania hitleriana y sobre todo el Japón imperial/fascista. Con todo el cinismo que caracteriza al *establishment* estadounidense, Truman confesaba en voz alta lo que los demás decían en voz baja: dejemos que la guerra agote a sus protagonistas –Alemania, la Rusia soviética, los vencidos europeos– para intervenir lo más tarde posible y sacar las castañas del fuego. ¡Esta no es precisamente la expresión de una posición antifascista de principio! Y ninguna vacilación respecto a la recuperación de Salazar y de Franco en 1945. Por otro lado, la connivencia con los fascismos europeos ha sido una constante en la política de la Iglesia Católica. Para calificar a Pío XII de colaborador de Mussolini y de Hitler no hay que forzar en absoluto la realidad.

El propio antisemitismo hitleriano solo suscitó el oprobio muy tardíamente, una vez que alcanzó el estadio supremo de su locura asesina. La prioridad dada al odio al “judeobolchevismo” fomentado por el discurso hitleriano convenía a muchos políticos. Solamente al final, después de la derrota del nazismo, se volvió obligatorio condenar al antisemitismo por principio. La tarea se vio facilitada por el hecho de que los herederos autoproclamados con el título de víctimas de la *Shoah* se habían convertido en los sionistas de Israel, aliados del imperialismo occidental contra los palestinos y los pueblos árabes que, sin embargo, nunca habían ejercido un papel protagonista en los horrores del antisemitismo europeo.

Evidentemente, el derrumbamiento de los nazis y de la Italia mussoliniana obligaba a las fuerzas políticas de derechas de la Europa occidental (al oeste del “telón de acero”) a desmarcarse de quienes –entre ellos– habían sido cómplices y aliados del fascismo. De todos modos, los movimientos fascistas

solo se vieron obligados a abandonar el primer plano de la escena y a ocultarse entre bastidores, pero no a desaparecer.

En la Alemania occidental, en nombre de la “reconciliación”, el poder local y sus patronos (Estados Unidos y, de manera accesoria, Gran Bretaña y Francia) dejaron tranquilos a casi todos los autores de crímenes de guerra y de crímenes contra la humanidad. En Francia, los *vichistas* hicieron su reaparición en la escena política con Pinay e iniciaron el proceso de las “liquidaciones abusivas” por colaboracionismo atribuidas a la Resistencia. En Italia el fascismo guardó silencio, pero siempre ha estado presente en las filas de la democracia cristiana y de la Iglesia católica. En España, el compromiso de la “reconciliación” impuesta en 1980 por la Comunidad Europea (convertida a continuación en la Unión Europea) prohibió pura y simplemente el recuerdo de los crímenes franquistas.

La adhesión de los partidos socialistas y socialdemócratas de la Europa occidental y central a las campañas anticomunistas emprendidas por las derechas conservadoras tiene su parte de responsabilidad en la vuelta a escena ulterior del fascismo. Estos partidos de la izquierda “moderada”, sin embargo, habían sido auténtica y decididamente antifascistas. Pero a partir de ese momento habrá que olvidarlo. Con la conversión de estos partidos al social-liberalismo, su adhesión incondicional a la construcción europea concebida sistemáticamente para garantizar el orden capitalista reaccionario y su sumisión no menos incondicional a la hegemonía ejercida por Estados Unidos, entre otros a través de la OTAN, se consolida el bloque reaccionario que reúne a las derechas clásicas y a los social-liberales y que podría integrar si fuese necesario a las nuevas extremas derechas. Después de esto, la rehabilitación de los fascismos de la Europa del Este se ha llevado a cabo a buen paso a partir de 1990.

Todos los movimientos fascistas de los países implicados habían sido fieles aliados o colaboradores en grados diversos del hitlerismo. Ante la proximidad de la derrota, muchos de sus dirigentes activos habían sido desplegados de nuevo en Occidente y de este modo habían podido “rendirse” a los ejércitos de Estados Unidos. Ninguno de ellos fue entregado a las autoridades soviéticas, yugoslavas o a ninguna de las nuevas democracias populares para que fuesen juzgados por sus crímenes (y ello en flagrante violación de los acuerdos entre los Aliados). Todos ellos encontraron refugio en Estados Unidos y en Canadá. ¡Y todos ellos fueron mimados por las

autoridades debido a su feroz anticomunismo!

Olha Ostriitchouk proporciona en su libro sobre Ucrania todo lo necesario para establecer sin réplica posible la colusión entre los objetivos de la política de Estados Unidos (y de Europa tras ellos) y los de los fascistas locales de la Europa del Este (en ese caso de Ucrania). Por ejemplo, cuenta que el “profesor” Dontsov publicó en Canadá, hasta su muerte (en 1975), toda su obra no solo violentamente anticomunista (el calificativo de judeo-bolchevismo es de cajón en su caso), sino también fundamentalmente antidemocrática. La “revolución naranja” (es decir, la contrarrevolución fascista) estuvo también apoyada (y no solo eso, sino también financiada y organizada) por los poderes de los Estados llamados democráticos de Occidente. Y todo esto continúa... Poco antes, en Yugoslavia, Canadá había sido el precursor de los *ustachis* croatas.

El truco al que recurren los medios de comunicación “moderados” (que no pueden reconocer abiertamente que apoyan a unos fascistas confesos) para ocultar su adhesión a esta aventura es muy sencillo: sustituyen el calificativo de “fascista” por el de “nacionalista”. Así, el profesor Dontsov ya no es un fascista, sino un “nacionalista” ucraniano, ¡del mismo modo que Marine Le Pen ya no es una fascista sino una nacionalista! (como escribe *Le Monde*, por ejemplo).

Ahora bien, estos auténticos fascistas ¿son verdaderamente “nacionalistas” simplemente porque se autocalifican de tales? Es dudoso. Pues una opción nacionalista, hoy en día, solo merece este calificativo si cuestiona el poder de las fuerzas realmente dominantes en el mundo actual, es decir, el de los monopolios de Estados Unidos y Europa. Ahora bien, estos supuestos “nacionalistas” son amigos de Washington, de Bruselas y de la OTAN. Su “nacionalismo” se reduce entonces al odio chovinista contra otros pueblos vecinos, muchas veces inocentes y que nunca han sido responsables de sus desgracias: son, pues, los rusos (y no el zar) para los ucranianos, los serbios para los croatas, o los “inmigrantes” para la nueva extrema derecha de Francia, de Austria, de Suiza, de Grecia y de otras partes.

La colusión que vincula hoy a las principales fuerzas políticas en Estados Unidos (los dos grandes partidos, republicanos y demócratas), y en Europa (las derechas parlamentarias y los social-liberales) con los fascistas del Este constituye un peligro que no hay que subestimar. Hilary Clinton se ha erigido en portavoz de vanguardia de esta colusión y lleva a su extremo la histeria

guerrera. Más incluso que Bush (si esto es posible), ella opta por la guerra preventiva a ultranza (y no solamente por la reedición de la guerra fría) contra Rusia (mediante un intervencionismo todavía más abierto en Ucrania, Georgia y Moldavia, entre otros), contra China, contra los pueblos en revuelta en Asia, África y América Latina. Desgraciadamente, esta huida hacia adelante de Estados Unidos en respuesta a su ocaso corre el riesgo de encontrar suficientes apoyos para permitir que Hilary Clinton se convierta en “la primera mujer presidente de Estados Unidos.” Procuremos no olvidar lo que se oculta detrás de esta falsa feminista.

Sin duda el peligro fascista puede parecer todavía hoy incapaz de amenazar el orden “democrático” en Estados Unidos y en Europa al oeste del antiguo “telón de acero”. La colusión entre las derechas parlamentarias clásicas y los social-liberales hace innecesario para la dominación del capital el recurso a los servicios de las derechas extremas que se inscriben en estos movimientos históricos fascistas. Pero entonces, ¿qué conclusión podemos sacar de los éxitos electorales de estas derechas extremas en esta última década? Los pueblos europeos son de forma clara igualmente víctimas del despliegue del capitalismo de los monopolios generalizados (remito aquí a mi libro *L'implosion du capitalisme contemporain*). Se comprende entonces que, confrontados a la colusión derecha/izquierda llamada socialista, se refugien en la abstención electoral o en el voto de extrema derecha. La responsabilidad de la izquierda potencialmente radical es aquí mayor, pues si esta izquierda tuviese la audacia de proponer avances reales más allá del capitalismo actualmente existente, ganaría la credibilidad de la que carece. Se necesita una izquierda radical audaz para dar a los movimientos de protesta y a las luchas defensivas en curso, siempre dispersas, la coherencia que les falta. El “movimiento” podría entonces invertir las relaciones de fuerza sociales a favor de las clases populares y hacer posibles avances realmente progresistas. Los éxitos conseguidos por los movimientos populares de América del Sur son un buen testimonio de ello.

En el estado actual de las cosas, los éxitos electorales de la extrema derecha le van muy bien al capitalismo existente. Permiten a los medios de comunicación confundir en un mismo oprobio a los “populistas de la extrema derecha y a los de la extrema izquierda”, y olvidarse de que los primeros son pro-capitalistas (como pone de manifiesto la calificación que ellos mismos se dan de extrema *derecha*) y por consiguiente posibles aliados, mientras que

los segundos son los únicos adversarios potenciales peligrosos del sistema de poder del capital.

Se observan, *mutatis mutandis*, coyunturas análogas en Estados Unidos, pese a que su extrema derecha no se ha calificado nunca de fascista. El maccarthismo ayer, los fanáticos del Tea Party y los belicistas (como Hilary Clinton) defienden hoy abiertamente las “libertades”, entendidas exclusivamente como las de los propietarios y los gestores del capital de los monopolios, contra “el Estado”, sospechoso de ceder a las exigencias de las víctimas del sistema.

Una última observación relativa a los movimientos fascistas: su inclinación a no saber contenerse en sus exigencias. El culto al jefe y a la obediencia ciega, la valoración acrítica y suprema de construcciones mitológicas pseudo-éticas o pseudo-religiosas que vehiculan el fanatismo, el reclutamiento de milicias de acción violenta erigen al fascismo en una fuerza difícil de controlar. Los errores, incluso más allá de las derivas irracionales desde el punto de vista de los intereses sociales al servicio de los cuales se alinean los fascistas, son inevitables. Hitler, un auténtico enfermo mental, pudo así obligar al gran capital, que lo había puesto en el lugar que ocupaba, a seguirle hasta el fin en su locura, y ganar incluso el apoyo amplio de todo un pueblo. Aunque este no sea más que un caso extremo, y aunque Mussolini, Franco, Salazar y Pétain no fuesen deficientes mentales, un buen número de sus acólitos y de sus esbirros no vacilaron en sus derivas criminales.

Los fascismos del Sur contemporáneo

La integración de América Latina en el capitalismo mundializado del siglo XIX se basaba en la explotación de sus campesinos reducidos al estatus de “peones” y en su sumisión mediante el ejercicio de las prácticas salvajes de los poderes directos de los grandes propietarios, un buen ejemplo de lo cual es el sistema de Porfirio Díaz en México. La profundización de esta integración en el siglo XX ha producido la “modernización de la pobreza”. El éxodo rural acelerado, más marcado y más precoz en América Latina que en Asia y en África, sustituyó las antiguas formas de la pobreza rural por las del mundo contemporáneo de las favelas urbanas. Paralelamente, las formas del control político de las masas han sido “modernizadas” mediante la instalación

de dictaduras, la abolición de la democracia electoral, la prohibición de partidos y sindicatos, la creación de unos servicios secretos “modernos” por sus técnicas de información, detención, tortura, etc. Se descubre entonces que estas formas de gestión de la política son visiblemente análogas a las de los fascismos en los países del capitalismo dependiente de la Europa del Este. Las dictaduras de la América Latina del siglo XX están al servicio del bloque reaccionario local: latifundistas, burguesías *compradore* (cómplices del capital foráneo en detrimento del propio país) y a veces clases medias beneficiarias de este modo de lumpen desarrollo –y sobre todo, del capital extranjero dominante, en este caso el de Estados Unidos, que por este motivo ha apoyado a estas dictaduras hasta su derrocamiento por la explosión reciente de movimientos populares. La fuerza de estos movimientos y los avances sociales y democráticos que los han impuesto excluye –por lo menos a corto plazo– el retorno de formas dictatoriales parafascistas. Pero el futuro sigue siendo incierto: el conflicto entre el movimiento de las clases populares y el capitalismo local y mundial no ha hecho más que comenzar. Como todos los fascismos, las dictaduras de América Latina tampoco han podido evitar determinadas derivas, algunas de las cuales han sido fatales. Pensemos en Videla tomando la iniciativa de la guerra de las Malvinas para capitalizar en su beneficio el sentimiento nacional argentino.

El lumpen-desarrollo propio del despliegue del capitalismo de los monopolios generalizados a partir de los años ochenta del siglo XX (remito aquí de nuevo a mi libro *L'implosion du capitalisme contemporain*), que recogió el testigo de los sistemas nacionales populares de la era de Bandung (1955-1980), en Asia y en África produjo igualmente formas vecinas a la vez de modernización de la pobreza y de modernización de la violencia represiva. Las derivas de los sistemas post-nasserista y post-baasista en el mundo árabe son dos buenos ejemplos. Pues no hay que meter en el mismo saco a los regímenes populares de la era de Bandung y a los de sus herederos adheridos al neoliberalismo mundializado, por el hecho de que ni unos ni otros fuesen “democráticos”. Los regímenes de Bandung, pese a su praxis política autocrática se beneficiaban de una auténtica legitimidad popular debido a la vez a sus realizaciones efectivas en beneficio de la mayoría de los trabajadores y a sus posiciones anti-imperialistas. Las dictaduras policiales que vinieron después perdieron esta legitimidad en la medida en que aceptaban someterse al despliegue del modelo neoliberal mundializado y del

lumpen desarrollo que lo acompaña. El poder popular y nacional, aunque no democrático, cedió entonces su lugar a la violencia policial al servicio simplemente del proyecto neoliberal, antipopular y antinacional.

Los levantamientos populares de los últimos años, a partir de 2011, han puesto en cuestión a las dictaduras implicadas. Pero solo las han puesto en cuestión. Una alternativa no encuentra la forma de estabilizarse si no consigue combinar los tres objetivos en torno a los cuales se han movilizado las revueltas: el compromiso con la vía de una democratización de la sociedad y de la política, los avances sociales progresistas y la afirmación de la soberanía nacional.

Estamos aún lejos de ello, porque las alternativas posibles en el corto horizonte visible siguen siendo múltiples. ¿Un posible retorno al modelo nacional popular de la era de Bandung, tal vez con una apariencia externa de democracia? ¿Una cristalización más marcada de un frente democrático, popular y nacional? ¿Una zambullida en la ilusión nostálgica que en este caso adopta la forma de una “islamización” de la política y de la sociedad?

En el conflicto que opone –en medio de una gran confusión– estas tres respuestas tendenciales posibles al desafío, las potencias occidentales (Estados Unidos y sus aliados subalternos europeos) han hecho su elección: el apoyo preferencial a los Hermanos Musulmanes y/o a las demás organizaciones “salafistas” del Islam político. La razón de ello es simple y evidente: estas fuerzas políticas reaccionarias aceptan inscribir el ejercicio de su poder en el neoliberalismo mundializado (y por consiguiente abandonan toda perspectiva de justicia social y de independencia nacional); y este es el único objetivo perseguido por las potencias imperialistas.

Por lo tanto, el proyecto del Islam político pertenece a la familia de los fascismos de sociedades dependientes. Comparte, en efecto, con todos estos fascismos, sus dos características fundamentales: (i) el no cuestionamiento del orden capitalista en lo que tiene de esencial (que en este caso equivale al no cuestionamiento del modelo de lumpen-desarrollo asociado al despliegue del capitalismo neoliberal mundializado); (ii) la opción por formas de gestión política policiales y antidemocráticas (prohibición de partidos y de las organizaciones, islamización forzosa de las costumbres, etc.).

La opción antidemocrática de las potencias imperialistas (que desmiente la retórica prodemocrática con que nos invade su propaganda) acepta, por consiguiente, las “derivadas” posibles de los regímenes islámicos en cuestión.

Pues, igual que los otros fascismos y por las mismas razones, estas derivas están inscritas en los “genes” de su forma de pensar: la sumisión indiscutida a los jefes, la valorización fanática de la adhesión a la religión de Estado, la constitución de grupos de choque utilizados para imponer la sumisión. En la práctica, como ya podemos ver, el proyecto “islamista” solamente avanza en el marco de la guerra civil (entre suníes y chiítas, entre otros) y no produce otra cosa que el caos permanente. Este modo de poder islamista es, por tanto, el garante de que las sociedades en cuestión sigan atrapadas en la incapacidad absoluta de afirmarse en la escena mundial. Forzoso es constatar que unos Estados Unidos en decadencia han renunciado a obtener algo mejor –un poder local estabilizado y sumiso– en favor de este “*second best*”.

Encontramos evoluciones y opciones análogas en otros lugares, no solo en el mundo árabe musulmán; en la India hinduista, por ejemplo. El BJP [Bharatiya Janata Party], que ganó las elecciones en la India, es un partido religioso hinduista reaccionario que acepta inscribir su poder en el neoliberalismo mundializado. Es el garante de que la India, bajo su gobierno, retrocederá en su proyecto de emergencia. Calificarlo de fascista, por consiguiente, no es forzar mucho la realidad.

En conclusión

El fascismo está de vuelta en el Oeste, en el Este y en el Sur; y su retorno está asociado naturalmente al despliegue de la crisis sistémica del capitalismo contemporáneo de los monopolios generalizados, financiarizados y mundializados. El recurso a los servicios del movimiento fascista por parte de los centros dominantes de este sistema acorralado, que ya están en marcha o que podrían ser invitados a estarlo muy pronto, nos obliga a estar muy vigilantes. Pues esta crisis está llamada a hacerse más profunda y, en consecuencia, la amenaza de un recurso a las soluciones fascistas se convierte en una amenaza real. La adhesión de Hilary Clinton a las tesis de los políticos más belicistas de Washington no augura nada bueno para el futuro inmediato.

La crisis ucraniana, el proyecto euroasiático y el paso *grand écart*¹ de Putin

La crisis ucraniana en curso funciona como un indicador del balance actual de la historia de Rusia (y de Ucrania, por supuesto). Arroja plena luz sobre la índole de las oligarquías que se han adueñado de los poderes establecidos, el lugar de la nomenklatura de los países de la ex Unión Soviética y sobre sus salvajes opciones capitalistas (que Alexandre Buzgalin califica como «capitalismo de Jurassik Park»). Revela sus ambiciones y las limitaciones de lo que dichas opciones pudieran hacer en ese sentido, su aceptado sometimiento al estatus de correa de transmisión de la dominación mundializada del capital financiero del imperialismo colectivo de la tríada, pero también –en lo que respecta a Rusia– la posibilidad que ellas tienen de emprender otra vía acercándose a países emergentes (Rusia pertenece al grupo de los BRICS). La crisis ucraniana, por tanto, revela que las condiciones necesarias para garantizar su eventual éxito en esta vía están lejos de reunirse. Pero también revela –como es obvio– las verdaderas ambiciones de los poderes dominantes de la tríada imperialista, tales como los medios poco escrupulosos que emplean para lograr sus objetivos, que van desde la manipulación de pueblos ociosos hasta la práctica del terror a cargo de milicias fascistas. El conflicto ucraniano, por consiguiente, se inscribe en el marco más amplio de ese que opone, por un lado, la estrategia desplegada por Washington y sus aliados europeos subalternos y, por otro, las aspiraciones –aunque confusas– de los pueblos, de las naciones, y con certeza de los Estados de las periferias contemporáneas –Rusia y los demás países de la ex Unión Soviética, al igual que todos esos países de Asia, de África y de la América Latina. En mis conclusiones volveré a tocar esta apertura mundializada de las interrogantes planteadas por las crisis actuales en Rusia y en Ucrania.

Es un hecho que los Estados Unidos y Europa organizaron en Kiev, en marzo de 2014, un verdadero putsch «euro-nazi ». La retórica del coro mediático occidental que se regodea con promesas de democracia es pura y simplemente una falsedad. Las potencias de la tríada no han promovido la democracia en ninguna parte. Por el contrario, han apoyado siempre a los adversarios más encarnizados de la democracia, fascistas incluidos, rebautizados como «nacionalistas». En la ex Yugoslavia, los europeos han apoyado a los nostálgicos del fascismo croata, reexpedidos de su exilio canadiense; en Kosovo dieron el poder a las mafias de la droga y de la

prostitución; en los países árabes siguen apoyando el Islam político más reaccionario, financiado este por las nuevas repúblicas democráticas en que se habrían convertido la Arabia Saudita y Qatar, si se cree en las falacias de los medios de comunicación occidentales. La intervención militar en Irak y en Libia ha destruido estos países, sin promover en ellos la menor promesa de democracia. En Siria, el apoyo militar de las potencias de la tríada a a los «islamistas», directamente o por intermedio de la Arabia Saudita y Qatar, no promete nada mejor.

El poder autoproclamado de Kiev tomó la precaución de darse una apariencia de legitimidad por medio de elecciones. Los candidatos a esas elecciones incluso tomaron la precaución de no asumir los nombres de las milicias fascistas que les llevaron al poder. Ello permitió a los medios de comunicación occidentales presentarlos como ¡«nacionalistas demócratas»! De hecho se trataba de una farsa electoral, aquí como en otras partes (en el mundo árabe, por ejemplo). La represión brutal de todas las resistencias al proyecto de la junta –prohibición de los partidos calificados de «pro-rusos», control sobre los medios de comunicación, masacre de los opositores, como en Odesa (¡la justicia controlada por las milicias absteniéndose de perseguir a los criminales para ensañarse con las familias de las víctimas!)- no ha sido objeto de ningún comentario por el coro mediático de la tríada. Estos medios de comunicación atribuyen la responsabilidad del drama ucraniano solo a las desmesuradas ambiciones expansionistas de Putin, acusado de haber violado la independencia de las naciones (mediante la anexión de Crimea y el apoyo a los separatistas del Estado ucraniano). Curiosa acusación proveniente de los que han violado sin titubear la independencia de Serbia, de Irak, de Siria y persisten en extender ese intento a otros.

El obstáculo con que choca el poder de Kiev no es solo de una naturaleza «étnica» que opondría a los rusoparlantes y a los de habla ucraniana. Ciertamente las fronteras de las repúblicas de la ex URSS habían sido voluntariamente diseñadas por el poder soviético, dando la mejor parte a los nacionalistas no rusos en un espíritu de ruptura con el chovinismo de la Gran Rusia. El ejemplo de Crimea, que nunca había sido ucraniana, es prueba de ello. Donetsk y Odesa tampoco habían sido nunca «étnicamente» ucranianas. Al igual que las fronteras de las repúblicas yugoslavas, estas jamás fueron diseñadas para convertirse en las fronteras de Estados secesionistas. Putin no es probablemente un héroe de las causas democráticas, pero aquí no hace más

que apoyar a todos los que rechazan en Ucrania la colonización euro-alemana que Bruselas quiere imponer tal como lo ha hecho en Europa oriental, en Grecia y en Chipre. Y no son solo los «rusoparlantes» de Ucrania quienes podrían rechazar el proyecto de los europeos, a pesar de que los poderes despóticos ejercidos por la junta de Kiev no permitan expresar esta oposición al proyecto euro-alemán.

Rusia está en busca de un lugar en el sistema mundial de nuestros días y del mañana. Rusia está ya cercada por las fuerzas de la OTAN. La amenaza no es un resultado de las alucinaciones de Putin. Es real y ha surgido a causa de la violación por los Estados Unidos y Europa de su compromiso de no integrar en la OTAN a la Europa oriental, en particular a los Estados bálticos. En la actualidad la amenaza consiste en integrar a su vez a Ucrania en esta organización bélica. ¡No obstante, debería saberse que las promesas no cumplidas constituyen el pan diario de las políticas del imperialismo (desde 1492)! Era preciso, pues, ser muy ingenuo para creer en la palabra de Washington y de Bruselas. Esta ingenuidad se manifestó de nuevo cuando Rusia y China se abstuvieron de utilizar su derecho al veto en el Consejo de Seguridad para quitar toda legitimidad a la agresión contra Libia. Pero parece que Moscú y Beijing por fin han aprendido la lección de sus meteduras de pata. En respuesta al proyecto expansionista de los Estados Unidos y de la Europa alemana, Putin parece haber apoyado el proyecto de construcción de una vasta alianza de los pueblos de la ex URSS. Este proyecto es ya conocido con el nombre de alianza de los pueblos «euroasiáticos». No se trata de un invento artificial reciente. En el capítulo primero de este libro yo señalaba que esta idea respondía, desde hace siglos, a la búsqueda por Rusia de la definición de su lugar en el mundo. Y no veo por qué se le negaría ese derecho a los rusos y a los demás pueblos de la ex URSS.

El combate emprendido por Moscú contra el orden imperialista, en Ucrania y en otras partes, solo podrá triunfar si cuenta con el firme apoyo de los pueblos involucrados. Este apoyo solo será posible si Rusia se libera del yugo neoliberal que, aquí, como en otras partes, está en el origen del desastre social. Putin lleva a cabo hasta ahora el peligroso ejercicio de abrise de piernas, asociando, por un lado, la continuación de su desastrosa política interna y, por otro, la defensa de los legítimos intereses de una Rusia independiente. Abandonar el neoliberalismo y salir de la mundialización financiera son en adelante necesarios y posibles. Esta exigencia no se refiere

solo a la Rusia de hoy, es también válida para los BRICS y para todos los países del gran Sur, tal como diré en mis conclusiones. Sin embargo, actualmente hay segmentos de la clase política que gobierna a Moscú que están dispuestos a adherirse a un capitalismo de Estado, capaz, a su vez, de abrir la vía para un eventual avance hacia la socialización democrática de su gestión. Pero si la fracción *compradore* de las clases dirigentes rusas – beneficiarias exclusivas del neoliberalismo– es la que prevalece, entonces las «sanciones» con que Europa amenaza a Rusia podrían dar sus frutos; los *compradore* están siempre dispuestos a capitular para preservar su parte en el producto del saqueo de sus países. Rusia no podría entonces rechazar su colonización por el imperialismo de la tríada. Y perderá, mientras espera, la batalla en Ucrania.

¹. *Grand écart*, se refiere en el ballet a un movimiento en que las piernas quedan abiertas, de atrás hacia adelante, en posición horizontal, en contacto con el suelo. En el piano, hace referencia a una extensión determinada de la mano sobre las teclas. Tomado del Diccionario *Le Robert Électronique*. (N. del T.).

Balance y perspectivas

La historia global es una sola. Esta, vista a lo largo del tiempo, es la de una región del Planeta (en este caso, para este libro, Rusia) y solo adquiere su sentido cuando se la reubica en el enfoque de la historia global del autor de que se trata. Porque hay, como es obvio, diferentes enfoques de la historia global. Yo explico el mío en mi obra titulada *L'Histoire globale, une perspective afro-asiatique* (Les Indes Savantes, 2013): (i) un enfoque inspirado en el materialismo histórico de Marx, pero que toma su distancia con respecto a los marxismos históricos de las Internacionales, y (ii) un enfoque inseparable de mi toma de posición como militante de la liberación de los pueblos de las periferias del sistema capitalista mundializado, internacionalista y universalista, que sitúa, pues, esta liberación en la perspectiva de la superación socialista del capitalismo.

La historia global tiende trampas peligrosas a sus defensores

La primera de ellas es la de caer en una filosofía de la historia que, lejos de deducirse de la historia propuesta, de hecho constituye su punto de partida, concebido a priori. Ya he dado un ejemplo de ello, el de Pirenne, que, en toda la historia de la humanidad, desde los tiempos más antiguos, opone los mundos marítimos, abiertos, democráticos, calificados de capitalistas, a los mundos continentales, cerrados, despóticos, calificados de feudales. Este a priori sin valor científico, a pesar de la erudición más que respetable del autor, se ha convertido en el de la ideología que circula en estos momentos. El mundo del Atlántico y del Pacífico –prácticamente la tríada Estados Unidos, Europa, Japón– sería actualmente el de la economía eficaz (llamada del mercado), de la democracia y de la paz, que choca con las ambiciones desmesuradas de los mundos continentales –Rusia, China, el mundo árabe y musulmán– indudablemente despóticos y agresivos.

La segunda trampa, siempre asociada a la primera, es la de sucumbir ante las tentativas de un enfoque ahistórico, que insiste en la repetición de ciclos análogos que no toman en cuenta la diferencia cualitativa que separa las

grandes etapas de la historia. Yo, por mi parte, me he negado a confundir la historia global precapitalista, que es la de las sociedades basadas en lo que yo he calificado de familia de los modos de producción tributaria, con la de los tiempos modernos, basada desde 1800 en el modo de producción del capitalismo histórico. En este libro yo he recordado mi crítica de la teoría ahistórica de la expansión y de la decadencia de los Imperios propuesta por Paul Kennedy.

La tercera trampa es la del diletantismo. La historia global exige el conocimiento de los sabios, cuya erudición no es un ornato académico, sino la traducción de las exigencias de la profesión. Pero yo no soy un historiador profesional, sino solo un lector –atento, creo yo– de las obras de los historiadores profesionales. Corresponde al lector la responsabilidad de juzgar la calidad de lo que yo les ofrezco: ¿un estudio cuyo sentido no destruyen los historiadores de Rusia, o el ensayo rápido de un aficionado?

Ahora llego a las conclusiones extraídas de mi lectura de la historia de Rusia a lo largo del tiempo. Por un lado, estas se refieren, al pasado y, por otro, al presente y al futuro posible.

En lo referente al pasado menos cercano, ya lo dije, la formación del estado ruso no me parece distinta a las de los reinos de Francia o de Gran Bretaña, por ejemplo. Estamos, pues, en una época anterior a la modernidad capitalista. Desde luego, las historias nacionales populares sienten preferencia por la pintura en rosa de la formación de sus naciones modernas, sin que, empero, pinten necesariamente de negro la de los otros. También se puede, situándonos en la actualidad, juzgar ese pasado con más rigor. El francés honesto no ignora los horrores de la Cruzada de los Albigenses sin la cual la fusión ulterior –y lenta– de Francia y de Occitania hubiese sido imposible; el británico honesto no ignora los horrores de la colonización de Irlanda; el ruso honesto, los del despotismo de los Zares (y los bolcheviques, por buenas razones de clase, han dado de ello la imagen más negra que se pueda imaginar). Por mi parte, yo he puesto énfasis en el parecido y en la analogía de esas tres construcciones, que se pueden pintar de color rosa o de negro, según sea la conveniencia. Y si la construcción de Francia y la de Gran Bretaña se atribuyen a la acción de sus Reyes, y la de Rusia a su Emperador (Zar), la distinción de los títulos no tiene un alcance importante. Reyes son los monarcas de espacios geográficos limitados, en Emperador se convierte el Rey del espacio ruso, gigantesco.

Acerca del pasado menos lejano, por el contrario, hice hincapié en la diferencia que separa la construcción de los Imperios coloniales de la del Imperio de los Zares; las primeras siendo indisociables del despliegue del capitalismo; la segunda, siendo en gran medida extranjera (excepto quizás de modo gradual desde finales del siglo XIX). En ese sentido, la construcción rusa merecería compararse con la del Imperio Otomano o la del Imperio chino.

Mis conclusiones acerca del presente y el futuro visible se sitúan en el marco de otra problemática distinta, nueva

Mi lectura de la historia global de la era capitalista es la de la construcción sistemática de la polarización centros-periferias, seguida de la terminación de la conquista del planeta por los centros de los imperialismos históricos (europeos, estadounidenses y japonés) en el siglo XIX, y por último, en el siglo XX, de la primera oleada de luchas victoriosas de las periferias al liberarse –parcialmente– de la dominación imperialista (o más exactamente obligándola a adaptarse a los avances de las periferias en el camino de su liberación). La historia de la Unión Soviética se ubica en ese marco. Una vez vuelta la página de este primer «Despertar del Sur» (título de una de mis obras) entre 1980 y 1990, se inaugura entonces el momento actual, caracterizado, por una parte, por la ofensiva del nuevo imperialismo colectivo de la tríada con miras a restablecer su dominación del mundo y, por otra, por el desarrollo de resistencias que dan inicio a una segunda oleada de «Despertar de las periferias».

El momento es trágico. El despliegue del nuevo imperialismo sigue estando a la ofensiva, a pesar de que pierda el aliento y se hunda en conflictos que no logra controlar, como lo demuestra Michel Raimbaud (*Tempête sur le Grand Moyen Orient*; 2015). La ofensiva contra Rusia, llevada a cabo a partir del intento de colonizar a Ucrania, está en plena actividad. No es la única. El conflicto con el principal país emergente, China, está latente. La ofensiva de los Estados Unidos y de sus aliados subalternos europeos pasa por la destrucción sistemática del mundo árabe, de Irán y, más allá, del mundo musulmán de Asia y del África subsahariana. El instrumento utilizado para ese fin es el Islam político arcaico y reaccionario inspirado por los países del

Golfo (¡los aliados privilegiados de Occidente!). El caos asociado a la regresión de las sociedades involucradas garantiza en efecto su incapacidad para convertirse en actores positivos en la transformación del mundo.

Lo que está en juego en esta batalla son cuestiones gigantescas: ¿quién ganará? ¿El imperialismo colectivo, sumiendo al Planeta entero en la autodestrucción (ecológica, entre otras) mediante la creación de un sistema de apartheid a escala mundial (que incluya el genocidio cuando se considere necesario)? ¿O bien el segundo «despertar del Sur» obligará al Norte imperialista a retroceder, abriendo así la puerta a un acercamiento entre las luchas de los pueblos de las periferias involucradas y en las cuales los trabajadores del Norte podrían a su vez integrarse (el comienzo de esas luchas ya está en marcha en Grecia y en España)?

¿En cuál de estos dos campos se integrará Rusia? En los años 1990, Rusia vivió con la ilusión de ser aceptada por la tríada, en particular por la acción de su socio europeo. El ingenuo proyecto de Gorbachov referente a «la casa común europea» se basaba en esta ilusión. Europa (es decir, Alemania, Gran Bretaña y Francia) no han querido eso y no lo quieren. Europa se ha buscado su «América Latina» en la Europa oriental reconquistada. Ambiciosa, con los Estados Unidos detrás de ellos, colonizar a Rusia, comenzando por Ucrania.

La Rusia de Putin parece haber tomado conciencia de los objetivos reales de Washington y de Bruselas. Sin embargo, Putin no (¿o todavía no?) ha salido de la confusión propia de la era pos soviética. Sigue siendo un partidario de «la economía de mercado», entendida como sinónimo de la gestión del sistema productivo local por los monopolios financiarizados, cuya oligarquía local (en Rusia como en Europa y en los Estados Unidos) constituye el vector político dirigente. Sigue siendo un conservador imbuido por un pensamiento de derecha confusa como lo demuestra Michel Eltchaninoff (*Dans la tête de Vladimir Poutine*, 2015). Ya he expresado mi punto de vista sobre esta contradicción; sin soltar las amarras con ese modo de gestión de la economía y de la sociedad no es posible hacer avanzar el proyecto de un desarrollo soberano, al amparo de la agresión occidental. Ese punto de vista se refiere, además de Rusia, a todos los países emergentes, excepto quizás y hasta cierto punto, China.

El balance de la historia de Rusia a lo largo del tiempo es, por todo ello, difícil de realizar en nuestros días. Porque su larga historia no es la del flujo apacible de un largo río tranquilo; esa historia está constituida por momentos

diferentes, separados por rápidos tumultuosos. La coyuntura actual, abierta sobre todos los futuros posibles, de lo mejor a lo peor, encandila la vista y la encierra en el corto plazo que está a la vista.

Table of Contents

[Página de título](#)

[Portadilla](#)

[Copyright](#)

[Sumario](#)

[Presentación](#)

[Capítulo uno: Rusia en el sistema mundial, ¿Geografía o Historia?](#)

[Capítulo dos: En los orígenes: la índole del Imperio de los Zares](#)

[Capítulo tres: Treinta años de crítica al sovietismo \(1960-1990\)](#)

[Capítulo cuatro: Las respuestas de Lenin y Stalin al desafío del siglo](#)

[Capítulo cinco: ¿La salida del túnel?](#)

[Capítulo seis: La crisis ucraniana y el retorno del fascismo en el capitalismo contemporáneo](#)

[Balance y perspectivas](#)